

Boletín del Instituto Duarteano



Santo Domingo, República Dominicana • Enero – Junio 2010 • No. 26

¡Visita!
Nuestra

Biblioteca
Duartiana
Enrique Patín Veloz

Isabel La Católica 309
Tel.: 809. 682-3761



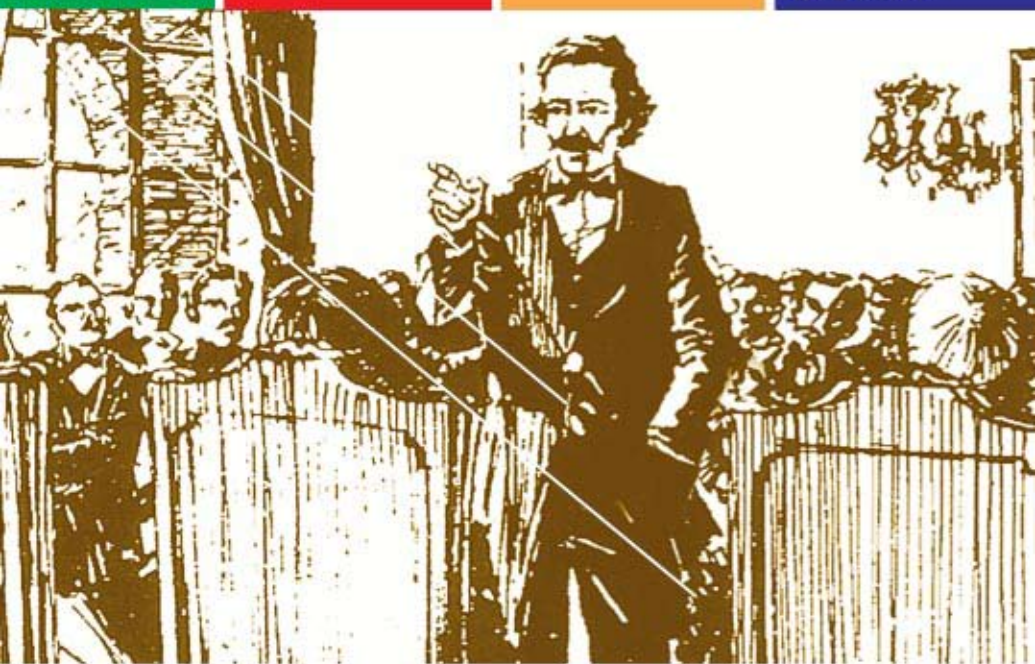
**Panegírico
a Duarte**



Canto a Duarte



**Ideología
Revolucionaria
de Duarte**



Ante la Junta Central Gubernativa se opone al proyecto de protectorado Francés.

Duarte el 9 de junio de 1844

BOLETÍN DEL INSTITUTO DUARTIANO



Consejo Editorial

- Prof. José Joaquín Pérez Saviñón
- Dr. Wilson Gómez Ramírez
- Sr. Daniel Nicanor Pichardo Cruz
- Dr. Abelardo Jiménez Lambertus
- Dr. Antonio Thomén
Coordinador

INSTITUTO DUARTIANO
Isabel La Católica No.308
Santo Domingo, Rep. Dominicana
Tel.:809.687-1436
809.687-1475 • 809.687-5288
Fax: 809.689-0326
E-mail:
institutoduartiano@gmail.com

BIBLIOTECA DUARTIANA
"Enrique Patín Veloz"
Tel.:809.682-3761
E-mail:
bibliotecduarte@gmail.com

— Edición: No. 26 —

Enero-Junio 2010

Diagramación y diseño de portada:
Harold M. Frías Maggiolo

Impresión:
Gráfica William, C. por A.
c/Arzobispo Meriño No.261
Ciudad Colonial, Sto. Dgo. R.D.
Tel.:(809)682-1532
Fax:(809)686-7749
Impreso en República Dominicana

**Los trabajos reproducidos
en el presente boletín
no representan
necesariamente el criterio
del Instituto Duarteano.**

INDICE

Liminar	3
Duarte –Necesidad histórica <i>José J. Pérez Saviñón</i>	5
La formación patriótica del pueblo dominicano en la democracia <i>Wilson Gómez Ramírez</i>	7
Juan Pablo Duarte visto por Benjamín Sumner Welles	16
La sonrisa de Duarte <i>Ramón Colombo</i>	34
El testamento político de Duarte y los orígenes de nuestra efectiva idea nacional de Independencia <i>Alcides García Lluberes</i>	37
El otro Duarte <i>Pedro Conde Sturla</i>	55
Panegírico pronunciado durante la desvelización de la estatua del patricio Juan Pablo Duarte en Santiago de los Caballeros <i>Joaquín Balaguer</i>	61
La ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte <i>Juan Isidro Jimenes Grullón</i>	79
Canto a Duarte <i>José Ángel Buesa</i>	124
Un ser humano inimitable <i>Fabio R. Herrera Miniño</i>	142
El 9 de junio <i>José J. Pérez Saviñón</i>	145
Instituto Duarteano Miembros Activos	148
Centros Duarteanos	151
Filiales Duarteanas	153
Duarteanos Fallecidos	154

INSTITUTO DUARTIANO

Directiva 2010-2013

Dr. Mariano Lebrón Saviñón

Miembro Emeritus Ad Vitam

Orden del Mérito Duartiano

PRESIDENTE DE HONOR

Prof. José Joaquín Pérez Saviñón

Orden del Mérito Duartiano

PRESIDENTE

Dr. Wilson Gómez Ramírez

Miembro Emeritus Ad Vitam

PRIMER VICEPRESIDENTE

Don Daniel Nicanor Pichardo Cruz

Miembro Emeritus Ad Vitam

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Prof. Carlos Acosta Piña

Miembro Emeritus Ad Vitam

TESORERO

Lic. Víctor C. Zabala Sánchez

GOBERNADOR

VOCALES

Gral. Dr. Rafael L. Pérez Pérez

Miembro Emeritus Ad Vitam

Dr. Abelardo Jiménez Lambertus

Miembro Emeritus Ad Vitam

Doña Miriam Brea de Miniño

Dr. Julio Manuel Rodríguez Grullón

Miembro Emeritus Ad Vitam

Lic. Nelly García

Arq. Jacinto Pichardo Vicioso

Liminar

La labor de divulgación, reconstrucción exaltación de nuestro paradigma por excelencia, Juan Pablo Duarte, nunca cesa.

Los traidores, los senpitenos orcopolitas, son des-
enmascarados por los seguidores del pensamiento y
la acción de nuestro héroe máximo.

Esa labor nos corresponde aglutinando en el *Boletín del Instituto Duarte* todo lo que se sabe de su
agitada existencia y también por los que descubren
nuevas facetas de su vertical existencia.

El presente número recoge trabajos de autores de
las más variadas ideologías. Todos coinciden en estar
de acuerdo de que DUARTE ES LA PATRIA.

Como bien dijera don Emilio Rodríguez Demorizi
en su discurso de ingreso al Instituto Duarte:

*Que en cada uno de nosotros, los duartianos, haya,
pues, el ardiente afán de descubrir en Duarte alguna
virtud nueva; que cada uno de nosotros aspire a la glo-
ria inefable del hallazgo de algún aspecto desconocido
del Patricio; que en cada uno de nosotros haya algo
del romanticismo del Padre de la Patria.*

COMITÉ EDITORIAL



Dibujo de A. Ramara. Litografía Fernández Feijóo 3, Madrid, Reproducida en Santo Domingo por el *Boletín del Comercio*, el 27 de febrero de 1892 (Archivo General de la Nación, AGN).

Duarte – Necesidad histórica

JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ SAVIÑÓN*

Desde los albores mismos de su nacimiento, la Nación dominicana tuvo que soportar las pesadas cargas que el destino le había fijado. Palpando las páginas de la historia vemos a un pueblo primitivo maltratado brutalmente por los colonizadores europeos.

Andando el tiempo, los descendientes de esa unión de aborigen-español, español-africano, y otras, tuvieron que enfrentar las peores vicisitudes para sobrevivir; invasión inglesa, invasiones francesas, invasiones y crueles atropellos de los haitianos, la injusta sesión de la parte española a Francia «Como si fuera un hato de bestias», todo esto sin tener la suerte de que apareciera alguien que les ayudara a defenderse. La ilusión de la llamada «Reconquista», donde la sangre dominicana venció a los franceses en Palo Hincado, solo para entregar otra vez la nación a España.

Y por fin, cuando se le ocurre a Núñez de Cáceres que debíamos ser libres, aunque sin pabellón ni nombre, vuelven otra vez los haitianos y se quedaron 22 años tratando de borrar el idioma, la cultura, la historia, la religión y las costumbres de la Nación dominicana.

* Presidente del Instituto Duarteano.

«Ayer español nací, en la tarde fui francés, en la noche Etíope fui y hoy dicen que soy inglés, no sé que será de mí». Recogen estos versos de la época la realidad imperante en la tierra de Quisqueya.

Pero había un joven que a los 16 años, ante una ofensa responde con orgullo ¡yo soy dominicano! Un joven que jura dedicar su persona, su vida entera a darnos una patria libre, orgullosa de su nombre e independiente de toda dominación extranjera.

Ahora bien, el sabía que no podía fallar, no podía ser otra independencia efímera. Por eso no escatimó esfuerzos, tocó todas las puertas; iglesia católica, masonería, la escuela de la Atarazana, las cátedras con el Padre Gaspar Hernández, el ejército secreto de La Trinitaria, La Filantropía, La Dramática, la Guardia Nacional y hasta los revolucionarios haitianos de la Reforma. Toda una labor ciclópica armando pieza a pieza con trabajo constante, esa República cuya epopeya empezó el 27 de febrero y que ya sería para siempre.

Con apenas 20 años comenzó su magna labor, se dedica a enseñar todo lo que sabe a la juventud de su época, pero mas que nada sus caros ideales de libertad y, andando el tiempo logra crear la verdadera **conciencia** nacional, el **orgullo** patrio, despertar el **heroísmo** del dominicano y ya no habría fuerza humana que impidiera el nacimiento de la gloria en su Nación, ya había patria libre para siempre, con el lienzo tricolor y el nombre que él nos dio República Dominicana, y todo se lo debemos a Juan Pablo Duarte, el dominicano de gloria más pura.

La formación patriótica del pueblo dominicano en la democracia

WILSON GÓMEZ RAMÍREZ*

El origen del término formación proviene del latín *formatio*, el cual deriva de *formaire* que significa formar.

El diccionario de la Lengua Española aporta la siguiente acepción de la palabra formación: «acción y efecto de formar o formarse».

La expresión patriótica es definida por este mismo diccionario como lo «Perteneiente o relativo al patriota o a la patria».

La palabra patriota encuentra la definición siguiente, en el diccionario Larousse: «El que tiene amor a la patria y procura serle útil».

Patria es una voz latina y el diccionario que publica la Real Academia Española la define como «Tierra natal o adoptiva ordenada como nación, a la que se siente ligado el ser humano por vínculos jurídicos, históricos y afectivos».

El diccionario Larousse define patria: «Conjunto de personas que están asociadas entre sí de corazón y voluntad en una nación». En otra acepción de patria apunta: «lugar donde se ha nacido».

* Vicepresidente del Instituto Duarteano.

Formar patrióticamente a las personas es enseñarles a amar a la patria y trabajar por ella, para serle útil. Es decir, es despertar el sentimiento de amor en quienes viven en un territorio donde han nacido o vivido, enseñarles a quererlo y ofrecer su concurso para su progreso y bienestar; es trabajar por el bien común.

Es imprescindible recurrir al ideario duartiano, y extraer de allí aquel pensamiento del Fundador de la República que reza: «Trabajemos por y para la patria, que es trabajar para nuestros hijos y para nosotros mismos».

Este se constituye en una genuina manifestación del más puro sentimiento patrio, es una viva exhortación para consagrar los esfuerzos para construir y sostener la Patria.

El Patricio Juan Pablo Duarte y Díez encarna el ideal de Patria, tuvo una clara visión del contenido y los alcances de este concepto, por eso proclama que: «Vivir sin Patria, es lo mismo que vivir sin honor».

El doctor Enrique Patín Veloz, distinguido duartiano, profesor universitario y tratadista de la vida, ejemplo y obra de Duarte, define el patriotismo, diciendo:

Es la máxima fuerza nacional, se relaciona con todas las demás fuerzas sociales, y brota de las entrañas mismas de los pueblos. Ningún hombre lo crea. Lo más que puede hacer es encarnarlo, representarlo o dirigirlo, como lo han hecho las grandes figuras de la historia nacional.

En la vida democrática de nuestro pueblo no se ha puesto en práctica un esfuerzo nacional integrador, coherente, planificado y sistemático orientado a formar a las personas con respecto al sentimiento patrio.

Esto no se ha hecho ni en la educación formal ni en el ámbito informal, aunque hay que reconocer esfuerzos aislados, incluyendo la materia Moral y Cívica que se impartió en las escuelas y que fue excluida del currículo educativo durante varios años y reincorporada el 28 de mayo del 1999, mediante la Ordenanza 3-99,



Juan Pablo Duarte por Rotellini, Universidad Autónoma de Santo Domingo.

aunque evidentemente por un mero cumplimiento, toda vez que no hacen evaluaciones al estudiantado, por tanto no existe la posibilidad de repetir la materia, dicho de otra forma, el estudiante no es sometido a examen con respecto a esta materia, no hay manera de asegurarse del aprovechamiento que se hecho tras cursar la misma.

No se explica que una asignatura tan valiosa, de tanta incidencia en la vida ciudadana, que persigue moldear la conducta de los individuos, no contemple exámenes y abandone al educador del siguiente grado la «continuación» del trabajo formativo con los educandos que no aprovecharon los conocimientos de la materia. ¿Cómo establecer esto sin una prueba, sin una exigencia u obligación de estudio?

Trabajar los valores patrióticos, cívicos y morales supone un extraordinario esfuerzo; no puede limitarse a una materia, aún asumiéndola como tal, con todas sus consecuencias. Se precisa de una serie de actividades de formación, investigaciones y difusiones que permitan la consecución de objetivos.

En un seminario sub-regional celebrado hace algún tiempo en La Habana, Cuba, la delegación dominicana apuntaba:

La educación dominicana se fundamenta en los valores cristianos, éticos, estéticos, comunitarios, patrióticos, participativos y democráticos, en la perspectiva de armonizar las necesidades colectivas con las individuales.

Si retenemos como verdaderos los propios datos que suministran la autoridades oficiales, en el sentido de de cada 100 niños que ingresan al primer curso solo 47 alcanzan el octavo nivel de la educación primaria, por tanto el 53 % de la población escolar que fuera del sistema educativo nacional; y, que de cada 100 de niños que ingresan a primer curso solo 24 llegan al bachillerato, el 24 % llega a la educación superior, es decir que el 24 % de la población queda excluida de la formación universitaria.

Esto pone de manifiesto que a la hora de pensar en la formación patriótica, cívica y moral de las personas, hay que tomar en cuenta esa masa poblacional que no está integrada a la educación formal, por tanto la acción estratégica con el objetivo de reincorporar esta materia en la vida de nuestra gente, tiene que impulsar acciones

inter-institucionales en las que participen los ministerios de Educación, Cultura e Interior y Policía, así como los organismos Instituto Duarteano, Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Junta Central Electoral y Academia Dominicana de la Historia.

Se requiere a hacer un trabajo profundo con los educadores, sembrar en ellos hondas raíces de conciencia cívica, patriótica y social, ponerlos en condiciones de ejercer pleno dominio de los hechos históricos que han acaecido en el país, incluyendo los acontecimientos de esta categoría que se han escenificado en los tiempos recientes.

Si a los maestros se les prepara debidamente, entonces ellos estarían en mejores condiciones de producir el efecto multiplicativo, así estaría garantizada la formación de niños y jóvenes, por tanto la consecución de un mejor ciudadano.

Es preciso hacer el mejor uso de los medios de comunicación social, hay que difundir espacios, programas, cápsulas, spots, jingles, etc. Con el uso intensivo de la radio y televisión. Es menester, además, insertar en la prensa escrita y virtual mensajes de atractivo contenido.

Hay que reconocer importantes esfuerzos que se han hecho a lo largo de la vida democrática de nuestro pueblo, tales como la institucionalización en la década de los 70s del «Mes de la Canción Escolar», época en que se aprovechaba el mes de octubre de cada año para resaltar la música y el contenido de estas piezas de tanto valor.

Otro hecho relevante, el de más incidencia en lo patriótico, es la creación de la Comisión Permanente de

Efemérides Patrias (CPEP) y la instauración del Mes de la Patria, período en el que se resalta la obra de Duarte, los Trinitarios y los Febreristas, la dominicanidad, la identidad nacional y los símbolos patrios.

La activación de Instituto Duarteño y su inserción en la vida nacional como entidad cívica de carácter oficial encargada de promover el pensamiento, vida y obra de Juan Pablo Duarte y de los demás próceres, es otro acontecimiento relevante.

La Feria Internacional del Libro se ha constituido en un espacio que, si bien tiene como objetivo esencial incentivar la lectura y promover las diferentes manifestaciones literarias, también la historia, pues esta es también parte esencial de la fiesta cultural, y las entidades patrióticas han encontrado en su marco un magnífico aliado



La casa de Duarte. Sede del Instituto Duarteño, Calle Isabel La Católica 308, Santo Domingo, D. N., República Dominicana.

para resaltar los acontecimientos patrios, y para proyectar los mejores valores de la vida histórica del país.

La programación de Radio Educativa Dominicana (Radio RED), estación dependiente del Ministerio de Educación, es un valioso aporte que permite que a los ciudadanos lleguen valiosos contenidos. Igual mención merece La Voz de las Fuerzas Armadas, entidad que labora bajo la dirección del Ministerio de las Fuerzas Armadas, aunque hay que acotar que en los últimos tiempos su programación ha seguido un creciente proceso de comercialización, en desmedro de su naturaleza cultural y educativa.

El nuevo texto constitucional, promulgado el pasado 26 de enero del 2010, reservó el artículo 63 al Derecho a la Educación, y en su numeral 13, expresa:

Con la finalidad de formar ciudadanas y ciudadanos conscientes de sus derechos y deberes, en todas las instituciones de educación pública y privada, serán obligatorias la instrucción en la formación social y cívica, la enseñanza de la Constitución, de los derechos y garantías fundamentales, de las valores patrios y de los principios de la convivencia pacífica.



Prof. José J. Pérez Saviñón
Presidente Instituto Duarte

No obstante, tenemos que forzosamente convenir en que hemos vivido en los últimos tiempos bajo un injustificable descuido en la formación, cívica, patriótica y moral de nuestros ciudadanos, lo que ha permitido como producto un hombre colmado de derechos, empero sin más mínimo criterio del deber, que entiende que la vía pública es suya y puede desplazarse por ella sin respetar las reglas, que la ley no es para cumplirse y solo se invoca si le favorece, que no tiene consecuencia arrojar basura a la vía pública o improvisar un vertedero, que puede tocar bocina del vehículo o de un equipo de música en la vía pública con tanta insistencia y a tan elevado volumen como crea, no importa la hora ni el lugar. Ni que hablar de las reglas de cortesía o de comportamiento social, o del deber de respeto a los símbolos de la Patria.

En estas condiciones se llega a la vida profesional y de ahí provienen las mayores desaprensiones, y hasta los comportamientos antisociales, ya este individuo entiende que le basta un título profesional como patente o licencia para atropellar a cualquiera, con frecuencia, títulos obtenidos merced a la marcada complacencia universitaria que hoy predomina en el país, para incursionar en la vida pública y ocupar espacios reservados a quienes se han preparado debidamente para servir con auténtica y genuina humildad.

También se evidencia la falta de formación patriótica cuando hacemos uso impropio de los símbolos de la Patria, generalmente por desconocimiento, otras veces por dejadez, y eso cotidianamente se ve en una parte importante de las instituciones públicas, y hasta en muchas entidades privadas.

Una gran confusión reina en las cabezas de nuestros hombres de la vida pública y privada a la hora de colocar la Bandera Nacional o seleccionar el Escudo Nacional, lo que pone en relieve una deficiencia que solo se explica por ese descuido en la formación patriótica.

Hechos de relevancia como colocar la Bandera Nacional para rendir tributo póstumo, disponer de los colores patrios o situar en el Escudo Nacional en la Banda Presidencial, conectan casi siempre con un inexplicable desatino.

Es un imperativo impostergable accionar en la dirección de formar un mejor ciudadano, que haga de la disciplina un hábito, que vea en el orden su propia seguridad, será lo que contribuirá a elevar el nivel de vida de nuestro país y lo que contribuirá a mejorar definitivamente nuestra vida nacional y la deteriorada imagen ciudadana internacional.

LA FE EN EL PUEBLO. *Debemos tener fe absoluta en nuestro pueblo y poseer la convicción, de que a pesar de sus defectos, tiene cualidades que pueden convertirlo en un gran pueblo, que gobernándose con acierto, puede llegar a ser el dueño de su propio destino.*

Enseñanzas cívicas de Duarte. Enrique Patín Veloz.



Juan Pablo Duarte visto por Benjamín Sumner Welles¹

SUMNER WELLES*

Fue en 1838 cuando Juan Pablo Duarte retornó de Europa a su país natal, que despertó de su largo letargo la esperanza del pueblo dominicano, Duarte, un joven cuyo padre había tomado parte prominente en la vida pública de la colonia durante los primeros años del siglo, y a quien la fortuna había favorecido entonces, fue enviado a Europa a completar su educación en medios alejados del efecto asfixiante de la dominación haitiana, llegó al país, su pecho henchido de patriotismo y ardiendo en el propósito de librar a sus compatriotas de tal ignominia, creando una nación digna de ocupar un puesto en el concierto de las naciones civilizadas.

Puede uno imaginarse cuáles fueron las impresiones que recibió Duarte, si se tiene en cuenta que gran parte de su vida la había pasado en los centros más adelantados de la civilización europea. Las calles de la ciudad, que él recordaba haber visto en su niñez llenas de gentes de

1. Tomado de la Introducción y el Capítulo I de la Obra *La viña de Naboth*.

* Diplomático en el servicio extranjero y oficial del gobierno norteamericano, graduado en Harvard, fue el asesor más importante en política exterior del presidente Franklin D. Roosevelt y sirvió durante su gobierno como Subsecretario de Estado.

su propia raza en un hormigueo continuo, con un alegre bullicio, que ni el letargo de la España Boba había podido destruir, ahora se veían desiertas, colmadas de basura, con solo unos negros harapientos holgazaneando por plazas y esquinas.

La Casa Consistorial y el Palacio de Gobierno, que antes resplandecían con las garridas figuras de la oficialidad española y de los miembros del cuerpo de ayudantes del gobernador, estaban ocupados ahora por una caterva de haitianos ensoberbecidos. En las puertas de la ciudad, en donde antes montaban guardia tropas españolas, ahora unos mugrientos soldados negros se agachaban en la sombra, o andaban desgarrados con los pies descalzos.

Pero si la ruina material del país era chocante, cuánto más descorazonante debía ser para Duarte la contemplación de la supina indiferencia en que la mayoría arrastraba su mísera existencia.

Duarte poseía una personalidad magnética; su determinación era irresistible, y su credo de «Dios Patria y Libertad» insufló vida a las almas de la generación más joven al menos, ya que algunos de los hombres mayores en edad habían estado demasiado tiempo postrados en el suelo por debajo de los talones de los haitianos para sentir respuesta alguna.

Después de meses de esfuerzos, por fin el 16 de julio de 1838, fundó Duarte la sociedad revolucionaria conocida como La Trinitaria con nueve miembros, que se reunieron de manera subrepticia en la residencia de don Juan Isidro Pérez. Esta casa aun sigue estando en pie enfrente de la Iglesia del Carmen.

Ahí prestaron el juramento solemne de firme adhesión al credo de su líder, y prometieron no desfallecer en la obra de conquistar prosélitos al patriotismo, en todo el país, hasta que la bandera de los cuarteles rojos y azules y la cruz blanca de la redención, diseñada por Duarte como símbolo de la nueva nación, ondeara al viento sobre la República Dominicana independiente.

Lanzado el movimiento, no tardó en recibir acogida general. El plan de procedimiento fue ingeniado de modo que los nuevos iniciados permanecían ignorantes de los nombres de todos los miembros originales, excepto el del que los indujo a afiliarse. De esta manera el peligro de la denuncia, por la posible infidencia de algún afiliado, se reducía a afectar a uno solo de los nueve miembros fundadores.

La propaganda no se limitó a la prédica oral, el espíritu de sublevación fue fomentado por el sacerdote en el confesionario, por el maestro de la escuela clandestina, y hasta en las funciones teatrales de aficionados en las que tomaban parte los conspiradores, para proclamar ideas que despertaban los sentimientos patrióticos de los auditorios.

Durante cinco años Duarte y sus compañeros trabajaron con asiduidad que no flaqueó, y finalmente llegó el momento propicio para la realización de sus esperanzas. El despotismo de Boyer, tan absoluto como se hizo sentir en la parte oriental de la isla, también se hizo intolerable en el mismo Haití.

En 1843 estalló un movimiento revolucionario en su contra en la ciudad haitiana de Jérémie. Instigados por

Duarte, los conspiradores dominicanos dieron su apoyo a los haitianos comprometidos en la tentativa de derrocar a Boyer; así la revolución se extendió por toda la isla hasta que al fin, Boyer, cediendo a lo inevitable, se fugó de Haití y fue sucedido como déspota por Charles Hérard.

Ahora, los miembros de La Trinitaria creyeron oportuno el momento para trabajar abiertamente sobre la senda que se habían trazado. El 24 de marzo de 1843, Duarte, acompañado por Francisco del Rosario Sánchez, Ramón Mella, numerosos otros dominicanos de significación, y también por algunos haitianos del partido liberal, desfilaron por las calles de la ciudad capital para demandar del gobernador Carrié la reforma de la Constitución y de los métodos de administración pública.

Este movimiento fue reprimido primeramente y sus jefes se vieron constreñidos a temer por sus vidas, pero siguió el descontento hasta que por fin el Gobierno cedió, y las reformas deseadas fueron proclamadas oficialmente. Un paso de avance había sido dado por Duarte, pero surgió la discordia entre los dominicanos y los liberales haitianos que hasta entonces les habían apoyado, y la llegada del general Charles Hérard a Santo Domingo, resuelto a acallar, a toda costa, en los dominicanos el grito por la Independencia, pusieron un freno abrupto a los planes de los conspiradores.

Tan pronto llegó Hérard a la ciudad, dictó órdenes de prisión contra los jefes de la conspiración, que ya eran generalmente conocidos. Duarte, Pina y Juan Isidro Pérez lograron embarcarse sigilosamente para el extranjero. Sánchez, quien estaba demasiado enfermo para poder hacer el viaje en ese momento, fue ocultado por su

familia, y gracias a la ingenuidad del general haitiano, quien dio crédito al rumor puesto a circular adrede de que Sánchez había muerto, abandonó intentos ulteriores por establecer su paradero.

Los hermanos Pedro y Ramón Santana, hijos del adversario de Ferrand, se escurrieron hasta el Seibo en donde pudieron ocultarse. Temporalmente quedaron frustrados los planes revolucionarlos; pero por fortuna fue breve el cese de las actividades de los patriotas. Duarte llegó a Curazao con la intención de seguir viaje a Venezuela. Tenía la vana esperanza de obtener ayuda extranjera para la ejecución de sus planes. Pero antes de que pudiera regresar a su país, se realizó el ideal por el que tanto había él luchado.

El 27 de febrero de 1844, a las diez de la noche, un grupo de cerca de cien conspiradores se apoderaron del bastión de la Puerta del Conde, después de haber sobornado al oficial que comandaba el puesto... Aquí se escuchó el grito de «Separación, Dios, Patria y Libertad». Los sublevados dejaron un número suficiente de hombres en el baluarte y, dividiéndose en pequeños grupos, lograron con estratagemas apoderarse de toda la ciudad, y al día siguiente obligaron al jefe haitiano, general Desgrotte, a firmar su capitulación.

La declaración hecha por la Junta Revolucionaria en sus negociaciones con Desgrotte, expresa la inspiración que Duarte había infundido en sus compatriotas. Decía:

La conculcación de sus derechos y la administración malsana del Gobierno haitiano han creado entre los dominicanos la resolución firme e imperecedera de ser libres e independientes, aún a costa de sus vidas y de sus

propiedades, y ninguna amenaza será capaz de debilitar esta resolución.

Dos días después, se retiró Desgrotte con las fuerzas haitianas del territorio de la nueva República. Se había iniciado la historia de la República Dominicana independiente.

El 29 de febrero de 1844, los últimos oficiales haitianos dejaron la ciudad de Santo Domingo. La Junta Provincial despachó a los señores Tomás Bobadilla, Manuel Jiménez y Vicente Celestino Duarte a diferentes puntos del país con el fin de animar a los habitantes de las provincias distantes a levantarse en apoyo de la Revolución y para concertar los planes para la inmediata formación de una milicia que debía repeler el inminente ataque de parte de Haití.

Se constituyó un grupo en «Junta Central» y asumió la dirección de los destinos de la nueva nación hasta que el pueblo pudiera resolver la formación de un Gobierno Constitucional. Componían esta Junta, los ciudadanos Francisco del Rosario Sánchez, [Matías] Ramón Mella, José Joaquín Puello, Remigio del Castillo, Wenceslao de la Concha, Mariano Echavarría y Pedro de Castro y Castro, y envió a Juan Nepomuceno Ravelo a Curazao para que trajera a Juan Pablo Duarte a la República. Duarte llegó el 14 de marzo y fue recibido en la capital como un ídolo de la nación.

La Revolución obtuvo el apoyo de las provincias del este debido en gran parte al prestigio popular de que gozaban en el Seibo Pedro y Ramón Santana. Azua correspondió más tardíamente. La renuencia inicial de sus habitantes se debió a la desinclinación de su líder local, Buenaventura Báez, a apoyar a la Junta Central en su

determinación de proclamar la independencia de las provincias dominicanas en vez de seguir el curso preferido por Báez, quien se inclinaba por un Protectorado francés. Así pues, la divergencia sobre políticas llegó a ser muy notable entre los hombres prominentes del país.

La falta de muchos hombres de influencia que no tomaron parte en el movimiento iniciado por los patriotas en la Puerta del Conde se debió a su creencia sincera de que no se podría mantener la independencia del país. Estaban convencidos de que la separación de Haití podía ser permanente sólo mediante la protección de alguna potencia extranjera. Por esta razón Pedro Ramón de Mena, enviado por la Junta Central al Cibao a solicitar la adhesión del norte del país, encontró al principio una oposición considerable; pero al fin, Cotuí, La Vega y Moca, y luego San Francisco de Macorís entraron en línea, y el entusiasmo del pueblo de Santiago llegó a tal punto de excitación que las autoridades haitianas capitularon prudentemente y se retiraron de la ciudad.

Más tarde Puerto Plata y los demás pueblos norteros se adhirieron, de manera que a mediados de marzo la Junta Central había obtenido el apoyo declarado de todo el país, con excepción de algunos pequeños pueblos fronterizos. A fin de darles representación en su seno a todas las regiones del país, la Junta Central fue reformada antes del primero de abril, y Juan Pablo Duarte, ya de regreso en la capital, fue nombrado miembro, aunque Tomás Bobadilla fue electo su presidente y el general Manuel Jiménez, vicepresidente.

La prontitud con que las provincias apoyaron la proclamación de la separación de Haití fue venturosa

para la suerte de la República, pues tan pronto llegó a conocimiento de Charles Hérard, presidente de Haití, la noticia del levantamiento de la parte del este, movilizó todas las fuerzas que pudo reunir, formó dos ejércitos, envió uno por el norte bajo el mando del general Pierrrot, y tomando él mismo el mando inmediato del otro ejército de igual fuerza, invadió la República por el sur, sin encontrar ninguna resistencia seria hasta llegar a la ciudad de Azua.

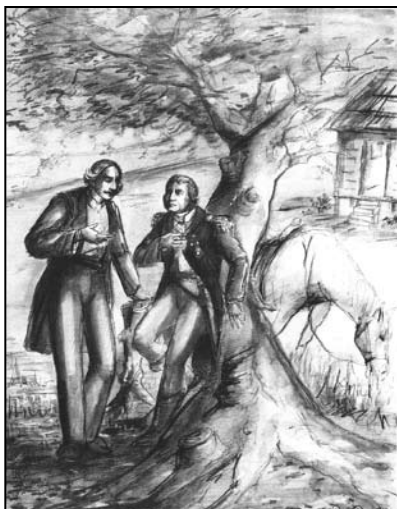
El ejército reunido en Azua para oponerse a la invasión estaba compuesto en su mayoría por agricultores de la provincia del Seibo, bajo el mando del general Pedro Santana, a quien la Junta Central, había despachado con apresuramiento. Estos dominicanos, faltos de preparación y de disciplina, pelearon con valor espartano y lograron infligir una derrota completa a las hordas haitianas, de gran superioridad numérica. Pero Santana, por razones no explicadas entonces, las cuales dieron lugar pocos años después a graves recriminaciones entre Santana y Buena-ventura Báez —entonces uno de los oficiales que estaban bajo sus órdenes—, dejó de aprovechar la victoria y se retiró a Baní. Permitió así, que los haitianos, a pesar de su derrota, ocuparan la ciudad de Azua sin más oposición.

Cuando se supo de la retirada de Santana, la Junta Central ordenó al general Juan Pablo Duarte que pasara a Baní a cooperar con Santana. Duarte llegó a Baní el 21 de marzo, pero después de dos semanas, durante las cuales no pudo persuadir a Santana sobre la necesidad de que tomara la ofensiva. Bajo el pretexto de que su presencia era necesaria en el seno de la Junta Gubernativa, Duarte fue llamado de nuevo a la capital por la Junta, que muy

poco le había apoyado en su misión. Mientras tanto, los dominicanos en el norte, bajo las órdenes del general José María Imbert, pudieron repeler de manera exitosa el ataque del ejército haitiano mandado por el general Pierrot.

Después de la llamada de Duarte a Santo Domingo, Santana advirtió a la Junta Central que consideraba imposible tomar la ofensiva contra los haitianos mientras no se le suministrara refuerzos de hombres y municiones. Se produjeron, sin embargo, algunos pequeños encuentros de tiempo en tiempo, en los que llevaron la peor parte los haitianos; pero las fuerzas principales de los dos ejércitos permanecieron estacionarias durante varias semanas, hasta que la suerte favoreció a los dominicanos, hacia fines de abril, cuando estalló en Haití una revolución encabezada por el general Pierrot contra el Gobierno de Charles Hérard.

Para hacer frente al movimiento revolucionario dentro de sus propias fronteras, Hérard abandonó Azua el 9 de mayo; embarcó una parte de sus fuerzas y se retiró con las restantes tropas por la vía terrestre. Saqueó y quemó los pueblos dominicanos que había en el trayecto, fiel a la tradición dejada por sus predecesores. Entonces, por fin, Santana se dispuso a moverse, persiguió hasta



Encuentro de Duarte con Santana en Baní.
Dibujo por Juan Medina.

la frontera, al frente de una columna considerable, a los haitianos en derrota, y destacó fuerzas de guarnición en los pueblos de importancia.

Las divergencias fundamentales que existían entre los caudillos dominicanos antes de la revolución separatista, llegaron a ser más acentuadas con el retiro de los ejércitos haitianos del suelo dominicano. De una parte estaba el pequeño grupo de patriotas liberales, guiados por Duarte, Sánchez y Mella, cuyo grito de Libertad e Independencia repite el eco a través de los años, los que solos con su heroica decisión y con inquebrantable fe en la capacidad del pueblo dominicano de ser una nación libre y soberana, habían convertido la aspiración en viviente realidad. A ellos se sumaron los que para crear una patria digna habían arriesgado sus vidas, sus familias y sus propiedades.

De otra parte estaban los proteccionistas: un puñado de timoratos, sin confianza en sus propias fuerzas, que buscaban la protección extranjera para librarse de la temida amenaza haitiana; la mayoría, entre éstos los más prominentes, buscaban la seguridad para sus propiedades, o querían granjearse para sí ventajas más definidas que los agentes franceses y las autoridades españolas de Cuba y Puerto Rico, y los representantes del comercio europeos habían por largo tiempo afirmado serían aseguradas bajo un protectorado extranjero, o mediante la anexión a alguna potencia europea.

El principal agitador del sentimiento proteccionista, desde su incubación, parece haber sido Buenaventura Báez quien «a lo largo de toda su vida»*, según lo describió más tarde el senador estadounidense Charles

* Discurso del senador de Massachuset Charles Sumner en el Senado de los EE.UU., 27 de marzo de 1871.

Sumner, fue un «aventurero, conspirador y embaucador, de opiniones inciertas, sin carácter, sin patriotismo, sin verdad, siempre al acecho de su interés personal en modo supremo, dispuesto a estar en cualquier parte donde imaginaba que residía su interés personal...»

Báez nació por el año 1810. Era nieto del sacerdote español don Antonio Sánchez Valverde e hijo de una mulata esclava. Fue legitimado como hijo de una familia establecida en Azua por largos años, dueña de extensas propiedades e influencia en los asuntos internos de la Provincia. En su adolescencia había sido enviado a Europa para recibir una educación imposible para la juventud de su país bajo la dominación haitiana. Después de su regreso a este territorio, ocupó varios puestos bajo el Gobierno haitiano, y en 1843 fue enviado como delegado por Azua a la Asamblea Nacional en Puerto Príncipe.

Fue en esa ocasión cuando contrajo amistad con Adolphe Barrot, en ese entonces comisionado especial de Francia en Haití, de quien obtuvo la promesa superficial del apoyo de Francia para un movimiento revolucionario que fuese concertado con el propósito de colocar a las Provincias dominicanas bajo un protectorado francés. Báez concibió esta política que la actitud vigilante de los Trinitarios hizo abortar al inicio.

No fue sino mucho tiempo después cuando llegó a saberse que Báez, en un acceso de cólera al ver contrariado su plan de protectorado por el levantamiento del 27 de febrero, había despachado en secreto a un emisario a Puerto Príncipe para advertir al presidente de Haití de la sublevación y avisarle de los movimientos de las tropas revolucionarias. Báez, quien era un hábil juez del carácter, pudo reunir a su alrededor para apoyar sus estratagemas

a muchos líderes de la República cuya fe firme en las promesas hechas por los agentes franceses era digna de mejor suerte. Pero era innegable que el Gobierno de Francia estaba al menos interesado en los sucesos.

Inmediatamente después del golpe de la Puerta del Conde, dos barcos de guerra franceses llegaron a las aguas dominicanas bajo el mando del Contralmirante de Moges. El vicecónsul en Santo Domingo, Juchereau de Saint Denis, en cooperación con el almirante de Moges, influyó no poco en la decisión de Santana de abstenerse de tomar la ofensiva contra lo haitianos, a despecho de las urgentes peticiones de Duarte, cuando este último fue enviado por la Junta a Baní para tomar la ofensiva en contra de los ejércitos enemigos; pues los representantes de Francia calculaban que mientras más cerca de la capital penetrasen los haitianos, menos sería la resistencia de los miembros liberales de la Junta a la idea del protectorado francés.

Una carta confidencial escrita desde Baní por Santana —que ya había sido atraído por Báez a favor del plan de protectorado— a Tomás Bobadilla, presidente de la Junta Central y principal cabecilla de los reaccionarios, pone al descubierto los motivos de Santana. Él escribió:

Estoy seguro de que en las tropas que persiguen a los haitianos hay un gran número de españoles (dominicanos); y como tienen en su poder seis poblaciones españolas, pelearán contra nosotros con nuestra propia gente y a costa nuestra, al mismo tiempo que nosotros nos arruinamos, nuestros esfuerzos paralizados y nosotros agotados en esta tarea difícil de la guerra, más aún cuando no estamos acostumbrados a ella; y esa es la razón a mi entender,

que mientras más larga sea la lucha más incierta se hará la victoria... si, como hemos discutido y convenido, no logramos ayuda del otro lado del océano...

Usted podrá juzgar la verdad de lo que le quiero decir y usted es bastante hábil para no dejarse engañar, y comprender que debemos apresurar esas negociaciones que en opinión de toda mente sana pueden solamente hacer segura nuestra victoria. Le agradeceré que me conteste dándome información precisa acerca del estado de esas *negociaciones*, y si por casualidad están suspendidas, reanúdelas por todos los medios a su alcance, puesto que es nuestro deber en semejantes momentos críticos hacer todos los esfuerzos *en beneficio del bienestar público y conducentes a asegurar el triunfo de nuestra política*.

Tan pronto como comenzaron a circular rumores en la Capital acerca de la política reaccionaria favorecida por los miembros de la Junta Central que actuaban en concierto con Santana y Báez, los liberales exigieron la expulsión de Bobadilla de la Junta y del doctor José María Caminero y sus seguidores. En consecuencia, se celebró en la fortaleza el 9 de junio una reunión de los prohombres del ataque a la Puerta del Conde.

Ahí se tomó una resolución unánime de exigir la eliminación de los reaccionarios del seno de la Junta Central, y se lanzaron órdenes, con el apoyo de las tropas presentes, para el arresto de Tomás Bobadilla, el doctor Caminero y de Buenaventura Báez, quien se hallaba en ese momento en la ciudad. Los designados en la orden de arresto, lograron escapar, debido —se supone— a un aviso que les fuera dado por el general Francisco del Rosario

Sánchez, electo presidente de la Junta Central en sustitución de Bobadilla. Ya vacilaba Sánchez en su adhesión a los ideales de Duarte.

La Junta Central así reorganizada empezó a tomar medidas para mantenerse en el poder; Duarte fue despachado al Cibao para prevenir la promoción de cualquier trama en contra de su control en las provincias del norte, el general Sánchez se autonombró para tomar el mando del ejército del sur, relevando del mando a Santana «a causa de

su mala salud». El general Duarte llegó a Santiago el 30 de junio, en donde fue aclamado por el pueblo como el héroe popular de la revolución. El 4 de julio, una Comisión encabezada por el general [Matías] Ramón Mella lo proclamó presidente de la República. Duarte, aunque expresó su disposición a aceptar la Presidencia, se negó a asumir dicha función hasta tanto no fuese elegido por el voto mayoritario de sus conciudadanos.

El Cibao entero apoyaba a Duarte cuando, para consternación de todos, llegó la noticia de que las tropas bajo el mando de Santana habían rehusado la remoción de su comandante, y que el mismo Santana al frente del ejército había ido a San Cristóbal, desde donde marchó sobre la Capital el 12 de julio. Allí había sido proclamado jefe supremo de la República con poderes dictatoriales, por sus propias tropas «en el nombre del pueblo dominicano y del ejército».

—◆—
Es a través del espíritu inmortal del hombre, en último análisis, que debe juzgarse su grandeza. Los ideales de Duarte son imperecederos.
—◆—

Inmediatamente después de su entrada en la Capital, Santana redujo a prisión a los líderes liberales, el general Francisco del Rosario Sánchez inclusive. Duarte y Mella, que habían ido a Puerto Plata en la creencia de que por medio de la correspondencia con Santana podrían lograr que el pueblo tuviese oportunidad de expresar su voluntad en unas primeras elecciones libres, fueron detenidos por agentes de Santana y remitidos con sus principales seguidores a la capital, abordo del barco *Separación Dominicana*, desde donde fueron sacados encadenados para compartir en la Torre del Homenaje con los otros líderes liberales la prisión como criminales comunes.

El 22 de agosto, una nueva Junta Central, compuesta de reaccionarios, partidarios de Santana, lanzó un decreto que declaraba que

«para la seguridad y tranquilidad del país, era de primordial necesidad el severo castigo de los conspiradores y sediciosos capitaneados por el general Juan Pablo Duarte, que habían intentado derrocar el Gobierno Supremo establecido...; que los generales Juan Pablo Duarte, [Matías] Ramón Mella, Francisco del Rosario Sánchez y sus principales seguidores eran traidores a la Patria e indignos de ocupar las posiciones que ostentaban, por cuya razón quedaban destituidos y condenados a destierro perpetuo, y en caso de que volviera alguno de ellos a pisar las playas de la República, se le aplicase la pena de muerte».

En consecuencia Sánchez y Mella fueron embarcados para Inglaterra junto con otros líderes del partido liberal, y el 10 de septiembre Duarte y algunos de sus compañeros fueron puestos abordo de un barco que salía para

Alemania. Así, durante el primer año de la Independencia, triunfó la política reaccionaria, y los proponentes de la Independencia absoluta de la República, los únicos que habían sido responsables de levantar el espíritu nacional del pueblo dominicano del letargo, en que veintidós años de sumisión a la dominación haitiana lo había hundido, fueron alejados del escenario político.

A penas puede considerarse como cosa sujeta a conjetura la gran diferencia que había presentado la historia de la República, si en los primeros años de su existencia independiente hubiese sido gobernada por un patriota poseído de los ideales y de la pureza de propósitos que caracterizaron a Duarte durante toda su vida. Completamente desilusionado por la ingratitud más grosera, desanimado por la rapidez que vio los ideales por los que él se había desvivido sumergido bajo las olas de la corrupción y ambición de poder, se esfuma, con su figura erguida y admirable, del escenario dominicano, al cual habría de volver en vida por sólo unos breves días.

Es a través del espíritu inmortal del hombre, en último análisis, que debe juzgarse su grandeza. Los ideales de Duarte son imperecederos. La voz espiritual de Duarte no se ha acallado; en años posteriores, en los momentos de calma al aminorarse el fragor de las luchas fraticidas o asomar la hosca faz del peligro exterior, la lucidez dominicana ha oído la voz de Duarte que señala la senda de la salvación. La doctrina inspirada por Duarte ha guiado a su pueblo hacia un porvenir mejor.

En la larga fila de patriotas de las Américas que vivieron y, a menudo, murieron para que el credo de la

libertad no pereciera del Nuevo Mundo, Duarte siempre ocupará un lugar prominente. La brevedad de su carrera pública, en la que se puso de manifiesto su carencia de ambición personal y su firme creencia en el intrínseco valor de sus compatriotas, lo incapacitaba, tal vez, para ser el gobernante que aquellos tiempos exigían. Es cierto, sin embargo, que jamás tuvo oportunidad de demostrar si poseía habilidad ejecutiva. Es posible asumir que le faltaba el don de dirección práctica requerido en los años largos que habían de transcurrir

antes de que un régimen de verdadera constitucionalidad llegara a ser un hecho realizado. Pero su amor desbordante por su patria y su deseo ardiente por el bienestar de su pueblo no puede ser puesto en duda.

Durante los últimos días que Duarte pasó en el Cibao, se le acercó una tarde un nutrido grupo de ciudadanos de Puerto Plata para decirle, a una sola voz, que Puerto Plata lo apoyaba y proclamaba su candidatura a la Presidencia. Rodeado por un grupo de amigos en una calle polvorienta, el jefe de la delegación leía laboriosamente las páginas escritas a la luz desfalleciente de la tarde tropical. Duarte permanecía de pie, erguido, sus ojos hundidos debajo de su ancha frente que brillaba de ardiente emoción. Su mano nerviosa tiraba de las guías del bigote tupido

En la larga fila de patriotas de las Américas que vivieron y, a menudo, murieron para que el credo de la libertad no pereciera del Nuevo Mundo, Duarte siempre ocupará un lugar prominente.

que ocultaba a medias la sonrisa de sus labios ascéticos, mientras escuchaba la lectura monótona. Y cuando ésta se hubo terminado, el gran patriota expresó su gratitud por el apoyo ofrecido, y con estas frases conmovedoras, que encerraban la esencia de la fe del hombre, los invitó a seguir su camino:

Sed felices, ciudadanos de Puerto Plata. Mi corazón rebozará de satisfacción, ocupe yo o no ese puesto que vosotros me ofrecéis y deseáis que alcance; mas, ante todo, sed justos si queréis ser felices, puesto que ese es el primer deber del hombre; permaneced unidos, y así apagaréis el fuego de la discordia y venceréis a vuestros enemigos y la Patria será libre y segura y serán colmados vuestros anhelos; y yo alcanzaré así mi mayor recompensa, la única a que aspiro: la de veros gozando de la paz, felices, libres e independientes.

A través de los años que transcurrieron después, años de exilio y de miseria, a los que fue reducido por largo tiempo en un país lejano, la mayor tristeza que pudo haberlo agobiado fue la de no haber nunca alcanzado a ver el pueblo dominicano unido y feliz o en paz, ni tan siquiera seguro en su libertad e independencia.

— Fuente —

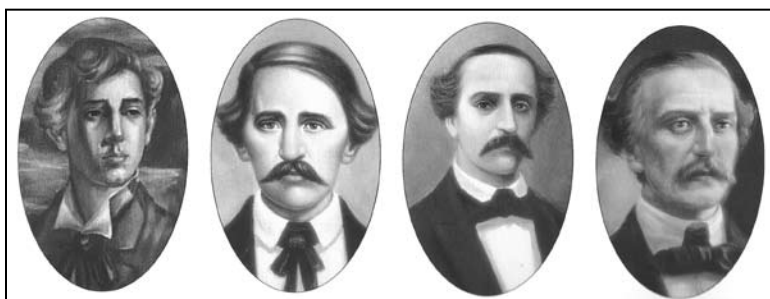
✱ *La Viña de Naboth, La República Dominicana 1844-1924.* Tomo I. Sumner Welles, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2006.



La sonrisa de Duarte

RAMÓN COLOMBO*

No hay una sonrisa en ninguno de sus retratos. En todos se ve como imagen viva del dolor sin solución. Vivió para portar pensamientos e intenciones y reclamar una grande dignidad no mutilada: libertad consecuente y para todos, justicia material sin promesas engañosas, soberanía para marcar el rumbo del futuro hacia todos los puntos cardinales, ley por igual para los justos. Representó en él las ideas más nuevas de su tiempo y, al cabo de una vida llevada día a día intensamente, murió cargando la diatriba de los dueños centenarios de esta especie de



La Faz de Duarte. Iconografía. Julio Portillo, Caracas, Editorial Arte, 2002.

* Periodista fundador en República Dominicana del Nuevo Periodismo.

patria a diario negada. Se le recuerda hoy, con su rostro triste y severo, como algo irreal, un pretexto a la mano para decir huecamente que «somos» y «tenemos». Su nombre, sin embargo, sigue siendo sonoro para los que reclamen un mejor futuro. Ojalá que algún día aparezca en cualquier recodo insospechado de la historia por ver, su sonrisa, que hasta hoy desconocemos.

— Fuente —

✱ Periódico El Caribe «La Sonrisa de Duarte», 26 de enero 2009. Santo Domingo, D. N., República Dominicana.

LA UNIÓN DE CLASES. Todas las clases sociales deben convivir en armonía y nunca debe existir una clase que tenga privilegios políticos o económicos, porque eso va en contra de la fraternidad racial y la justicia social.

Enseñanzas cívicas de Duarte. Enrique Patín Veloz.



Juan Pablo Duarte.

El testamento político de Duarte y los orígenes de nuestra efectiva idea nacional de Independencia

ALCIDES GARCÍA LLUBERES*

El testamento político de Juan Pablo Duarte está en el luminoso fragmento que ha llegado hasta nosotros, de puño y letra del autor, del proyecto de Constitución que estaba escribiendo a raíz del 27 de Febrero de 1844, cuando el Padre de la Patria pensó que el pueblo por el cual había hecho tantos sacrificios para redimirlo, era más avisado y noble, y que por tanto lo mantendría en la dirección de los asuntos públicos mientras no se organizara definitiva y legalmente el nuevo Estado; y en su monumental Carta de fecha 7 de marzo de 1865, que le escribió desde Caracas al Gobierno Provisional restaurador de Santiago de los Caballeros sentidísima y profunda exposición de hechos trascendentales de nuestra accidentada vida histórica, que algunos no querrían leer, y si la leyeron no pusieron aprovecharla, porque el sabor acedo de la verdad pura y limpia dicha sin ambages por el rígido genio de la virtud hecha hombre, no suele ser del

* Prolífico historiador hijo del Padre de la Historiografía Nacional, José Gabriel García.

agrado de los espíritus superficiales, que sólo se pagan de las vanas apariencias, o de las hipócritas imposturas.

Dice Pedro Henríquez Ureña en Carta a Federico García Godoy, desde México, de fecha 5 de mayo de 1909, La Cuna de América, de Santo Domingo, de 6 de junio del Año III, núm. 127:

Esa es para mí la verdadera significación del 25 de noviembre: la obra de ese movimiento anónimo, juvenil, fue fijar la conciencia de la nacionalidad,

y agrega más adelante en la mencionada epístola:

El año 1873 significa para los dominicanos lo que significa en México el año 1867: el momento en que llega a término el proceso de intelección de la idea nacional,

Empero no nos adherimos a este parecer de nuestro afamado crítico literario, después de la Revolución del 25 de noviembre de 1873, cuyos prohombres fueron en su mayor parte elementos podridos del gastado y expirante régimen anterior, Buenaventura Báez, el promotor de las actividades afrancesadas de 1843 y 1844, el Mariscal de Campo español de 1864, luego constante e invariable partidario, convicto y confeso, como su ministro Manuel María Gautier, de la Anexión a los Estados Unidos de la América del Norte, volvió a ser Presidente de la República, y nada menos que con el asentimiento de conocidos buenos servidores de su pueblo, como Francisco Gregorio Billini y Federico Henríquez y Carvajal, quienes no estaban aún en aquellos días definitivamente ganados para la gran causa del fanático amor a la Patria y del culto sublime por su libertad. El subjetivo y lírico autor de la

inimitable *Vuelta al Hogar*, dió de nuevo a torcer, en esa otra lastimosa ocasión, su diestro brazo dominador del plectro. El torpe e inconstante Héroe de Santomé y de la Canela, quien pasó los seis años íntegros acaudillando un ejército nacionalista numeroso y combativo, en las cálidas y desoladas campañas del



Buenaventura Báez.

Sur de la República —a las cuales llamaban la Siberia, por antífrasis, los soldados cibaños enviados a ellas, según se lee en una carta de M. A. Cáceres al Presidente Báez—, con el cual dizque combatía Cabral, en unas campañas que rivalizaron por su heroísmo y significado con las epopeyas de la Independencia y de la Restauración, las negociaciones antinacionales con Washington, termina los días de su abigarrada e irresponsable carrera política, aceptándole un Ministerio en su Último Año de Gobierno a Báez, el afrancesado, el españolizado, el ayanquizado, como acaba de verse, el... todo, menos nativo enorgullecido de su envidiable y gloriosa condición o ciudadanía de dominicano libre.

Realidad desconcertante que permitió al incorregible Presidente Báez hacer, después del 25 de noviembre de 1873, lo que él no imaginó nunca que fuera posible. Por conducto de su Agente en Washington, Joaquín Montolio, político eminentemente antinacional, en la Era de la

Anexión a España y en la Era de la Anexión a los Estados Unidos o Era del Gobierno de los Seis Años de Báez; lo mismo que por órgano del Agente Comercial Americano en nuestro país, se dio a la doble tarea de reclamar del Gobierno Estadounidense dizque algunas anualidades atrasadas que le debía el Estado Dominicano por concepto del rescindido Contrato sobre Arrendamiento de la Bahía y Península de Samaná; así como a la de tantear el terreno en la esperanza de que podría poner de nuevo sobre el tapete todos sus viejos, fracasados y aborrecibles proyectos contrarios al interés y a la dignidad de la Nación.

«El proceso de intelección de la idea nacional llegó a término», «la conciencia Nacional quedó fijada» definitivamente en el año 1884, y gracias a estos benéficos y eficientes tres hechos.

Pero antes de especificar cuáles fueron éstos, haremos algunos reparos más a la mencionada Carta de Pedro Henríquez Ureña. En ésta leemos:

La independencia de la República como hecho, como origen, creo que debe contarse desde 1821, aunque como en realidad efectiva no exista hasta 1844 ni como realidad moral hasta 1873».

De una levísima plumada, Henríquez Ureña hizo desaparecer de nuestra Historia dos fechas inmortales, y conjuntamente con ellas, a los dos más grandes sembradores de la idea de la **independencia absoluta** en nuestro suelo: aquéllas son el 16 de julio de 1838 y el 16 de agosto de 1863; y éstos, nada menos que el supereminente Juan Pablo Duarte y su fiel discípulo Gregorio Luperón.

El 1º. de Diciembre de 1821 fue algo visiblemente improvisado. No hubo previa e insistente propaganda

doctrinaria; se prescindió totalmente del indispensable proselitismo. Así fue que el pueblo que como español combatió a los haitianos en Guayubín y Mao, y en Ñagá, en 1801, y cuando esguazaban temerarios los dos Yaques, en 1805, en 1821 no quemó una ceiba, y cayó anonadado debajo de las audaces acometidas del numeroso ejército que por fin consumó el exclusivista e irracional sueño afro-antillano de Santos Louverture: la indivisibilidad política de la antigua Española, de la panamericana y privilegiada Isla predilecta del Inventor de América, poseedora providencialmente hasta de sus restos mortales. Después de tan doloroso fracaso, Núñez de Cáceres desestimó totalmente a su pueblo, renunció definitivamente a hacer nuevos esfuerzos por redimirlo —dejamiento que no se justifica, porque el nuevo yugo era más ignominioso—, levantó otra vez su tienda y se fue a fijar su residencia para siempre en el lejano Valle del Anáhuac. Allí murieron en el alma del Precursor su idea nacional de independencia, que no nos dejó más que recuerdos amargos y desalentadores, y hasta su gran dominicanidad, pues ni los trascendentales acontecimientos de Febrero de 1844 lo hicieron volver al país; aunque quizás tan avisado compatriota echó de ver que el «redentor pero grito trinitario de Dios, Patria y Libertad, vivan la República Dominicana y Juan Pablo Duarte», que era el de los más, en la famosa Puerta del Conde, había sido bastardeado por la intromisión avasalladora, y hasta violenta, de los conservadores de la época, y de su incondicional y truculento hombre de acción, Pedro Santana, hatero falto de fe en los destinos nacionales, extranjerizado, sobre todo hispanófilo, y por tanto campeón de la reacción

colonialista, que por ley natural no se detendría hasta que no hubiera logrado la reincorporación del país a España, y no se hubiera admitido como dogma infalible que la Independencia de 1821 había sido una de las mayores calamidades porque habíamos pasado, cosa que declaró por fin solemnemente en su proditoria proclama del 18 de marzo de 1861.

La efectiva idea nacional de independencia nació en nuestro país el 16 de julio de 1838. Este es indubitadamente el día de su Américo Lugo, antes de que desbarrara tanto al relatar ciertos puntos de nuestra Historia, por haberse dejado influir respecto de éstos por parciales e interesadas informaciones familiares, falsas y censurables, escribió con alguna justicia en El Estado Dominicano ante el Derecho Público. Tesis para el Doctorado:

*Santana creyó enterrar con la hermana (este error; así como varios otros de dicha Tesis, se los enmendamos nosotros, y Lugo, al publicarla de nuevo, le hizo las correcciones necesarias de conformidad con nuestras enseñanzas) del **Libertador** (para Sánchez, el **Libertador** era Pedro Santana, elogio y perifrasis que autorizó varias veces con su firma) la idea de la independencia, flor de la solitaria mente de Núñez de Cáceres, recogida y cultivada por Juan Pablo Duarte.*

Duarte hizo, pues, de esta idea, una planta sativa: ¡lo necesario para que se desarrollara, fructificase y se extendiese del modo más espléndido y fecundo!

El 27 de Febrero, en cambio, tuvo por consecuencia la adulteración de esta idea. Tomás Bobadilla logró atraer

para aquella convocación de guerra a todos los elementos utilizables y dispersos: a los trinitarios o duartistas, los fundadores o primeros, la flor y la nata de la conspiración, y los que estaban en mayor número, como hemos dicho; a los conservadores, entre los cuales predominaban los afrancesados; a los franceses mismos o propiamente dichos («Desengáñate, Narciso: todos fuimos a la Puerta del Conde contando con los franchutes», le



Tomás Bobadilla. Fuente: Tobogán.

decía Juan Alejandro Acosta a Narciso Alberti); escribe la proteccionista Manifestación del 16 de enero (que Vicente Celestino Duarte y su hijo Enrique no firman); y asume, por fin, la dirección real y oficial del movimiento separatista como Presidente de la Junta Central Gubernativa. Hace votar y firmar por ésta –de la cual Sánchez no era más que un simple vocal corroborante– la resolución del 8 de marzo. en que la Junta hace suyo el Plan Levasseur, con sus desconcertantes y temerarios artículos sobre Protectorado Francés.

El bienintencionado Ramón Mella, haciendo uso del más legítimo de los derechos, quiso arrebatarse de manos impuras la República Ideal del 16 de Julio de 1838, que Duarte sintetizó así en el Artículo 6º del Título 1º (de la Ley), de su notabilísimo *Proyecto de Ley Fundamental*, que debió ser escrito entre abril, mayo y junio de 1844:

Art. 6º Siendo la Independencia Nacional la fuente y garantía de las libertades patrias, la Ley Suprema del Pueblo Dominicano es y será siempre su existencia política como «Nación libre e independiente de toda dominación e influencia extranjera», cual la concibieron los Fundadores de nuestra asociación política al decir (el 16 de julio de 1838), «Dios, Patria y Libertad, República Dominicana», y fue proclamada el 27 de febrero de 1844, siendo, desde luego, así entendida por todos los pueblos cuyos pronunciamientos confirmamos y ratificamos hoy; declarando además que todo gobernante o gobernado que la contrarie, de cualquier modo que sea, se coloca ipso facto y por sí mismo fuera de ley.

Las consecuencias de aquel hermoso y plausible rasgo casi ápice de Mella, las conocemos todos, para dolor y mengua nuestros: la República vaciada en la recia turquesa trinitaria fue detentada por la fuerza bruta y amoral de Pedro Santana, a quien repaldaban sus áulicos los corrompidos conservadores –entre éstos Buenaventura Báez–, alianza funesta que arrastraría el país a los antros pestilenciales de la Anexión a España y de la Anexión a los Estados Unidos, consumadas ambas, a toda cabalidad, y con la mayor impudencia, nuestra parte, Juan Pablo Duarte, el Padre de la Patria, El fundador de la República, el genial delineador del libre Estado Dominicano, fue proscrito a perpetuidad, como reo de alta traición; con tal motivo lo invadió la más negra cuita; se sepultó vivo entre las obscuras e inextricables selvas del Apure (su familia misma lo tuvo por muerto); hasta que la conturbadora noticia del crimen nefando del 18 de marzo de 1861 lo hizo retornar al mundo en 1862, y ya en 1864 lo volvemos a ver con asombro, todavía

viviente, y sacando fuerzas de debilidad, en el corazón del país resueltamente alzado en armas contra Santana y sus sórdidos secuaces; reafirmando en tan histórica porción de nuestro territorio, de modo conmovedor y admirable, su constante e inmarcesible fe nacionalista. Enfermo del cuerpo y del alma se vio forzado a salir nueva vez de la Patria; aunque ya para librarse de padecimientos con la muerte; y por fin en 1884 resurgió triunfante de ésta y del olvido, sin peligro de ningún nuevo extrañamiento, ni de más retardo en el reconocimiento de su gloria primiceria; refigurado por el Arte y la Historia: a acabar de perfeccionar y enlustrecer, por virtud misma de la Resurrección, el alma dominicana. Los grandes juicios de la Historia Nacional no fueron hechos por García, ni por Meriño, ni por E. Tejera, ni por Luperón ni por nadie; sino por Duarte: aquellos los aceptaron convencidos y los repitieron reverentes. «La efectiva idea nacional de independencia» no nació el 1º de Diciembre de 1821; sino cuando Duarte advino a la vida de la gloria el 16 julio de 1838, y quedó consagrada como Artículo de la Fe patriótica, imperioso e inviolable, no el 25 de noviembre de 1873, sino para la Novena Década de ese gran Siglo próximo pasado, cuando fueron restituidas a la tierra de su nacimiento y de su amor, y para aun no se apartaran nunca más de ella, las reliquias deleznable del cadáver del Héroe, y las reliquias indestructibles, inmortales, de su rico Espíritu, de su Archivo edificador, de todo el precioso material necesario para escribir su biografía, a la manera de Carlyle, tal como lo hizo García, dándole el número uno, en sus *Rasgos Biográficos de Dominicanos Célebres*, utilísimos y muy leídos ensayos que

hasta le sugirieron al Libertador Máximo Gómez, según su propia declaración, la feliz idea de escribir su Autobiografía. Y eran a la misma sazón los Presidentes de la República –demos de barato los errores en que ya habían incurrido– Gregorio Luperón, Fernando Arturo de Meriño, Ulises Heureaux, Francisco Gregorio Billini. Y se esforzaban por ser los buenos oficiales del Cuarto Poder del Estado, y de la todopoderosa disciplina de Clío, José Gabriel García, Gregorio Luperón –dueño además, como premio de su proceridad, de una autorizada hegemonía política, Fernando Arturo de Meriño, Emiliano Tejera, Carlos Nouel –nuestro Eusebio de Cesárea–, Casimiro N. de Moya, Federico Henríquez y Carvajal: nuestros hombres más señalados, por la ilustración y el buen juicio, y que sabedores de que estaban contribuyendo a la definitiva edificación política y nacionalista del país, al poder apreciar, a nueva y convencedora luz, los orígenes de la República, y los auténticos hechos causales de sus grandes reivindicaciones y posible engrandecimiento, de consumo, y llenos del más grande optimismo y alborozo, resolvieron imitar a Constantino el Grande y rendir a nuestro Redentor, tan inicualemente perseguido como el bethlemita, los honores insignes de la más singular de las Apoteosis.

Asimismo, cuando examinamos maduramente las causas que más ayudaron al desenvolvimiento e intensificación de la idea de independencia entre nosotros, no podemos pretermitir tampoco el 13 de agosto de 1863, ni a sus próceres no mancillados por los viejos partidarios proteccionistas, como a Luperón y a Espaillat: esa respetable data y tan gallardos paladines anulan totalmente en

la «Historia de la Idea de la Independencia», el 25 de noviembre de 1873 y a sus dos principales y desacreditadísimos promotores: Ignacio María González y Manuel Altagracia Cáceres.

Indisputablemente que el Grito de Capotillo ahondó en las entrañas de los dominicanos buenos, las raíces de la **Idea de la Independencia**, pues fue un enérgico y elocuente mentís a la falsa y afrentosa especie de que éramos impotentes ante el occidental y ya nada temible cuervo haitiano (en eso se había trocado la rapaz águila negra de los enfurecidos libertos de Louverture, Dessalines y Cristóbal), y que por tal razón solicitábamos el amparo extranjero. Después de la Guerra Restauradora, nuestra Independencia quedó consagrada hasta por el doble respeto de Haití, que no volvió a acometernos, no porque temiera que nos precipitáramos otra vez, dizque por buscar la salvación, en una nueva barrumbada anexionista; sino porque se convenció hasta la saciedad de que las tropas cada vez más intrépidas que lo forzaron a retroceder en Cambronal, Santomé y Sabana Larga, no serían más nunca vencidas por él, ya que habían tenido la potencia necesaria para hacer frente al famoso ejército hispano, y sostener contra tan formidable enemigo, una cruenta y tesonera guerra de dos años. Llor a la gran Revolución de Agosto, que se



General Gregorio Luperón.

quiso fuera restauradora, no de la República extranjerizada, proteccionista, descabal, men-
guada, medrosa, de Santana y de Báez, sino de la primitiva, sana, libre, arrogante e ideal fundada el 16 de julio de 1838, fiel a las ideas patrióticas y políticas más adelantadas y radicales, al Renacimiento de la cual volvió para dar fe de



General Pedro Santana Familias.

su noble origen, y hacerla mas perfecta y sagrada, su abnegado Fundador, su Padre amantísimo, el inculcador por excelencia entre nosotros, y en todos los tiempos, de las edificativas ideas de Independencia, y de Soberanía, esto es, de Estado Libre en hecho de verdad: Juan Pablo Duarte.

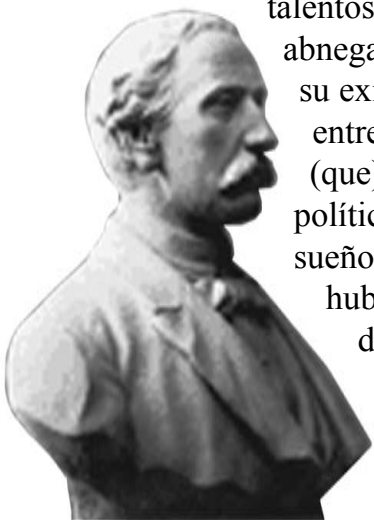
Ahora volvamos a la consideración de los tres trascendentes hechos a que nos hemos referido, que en 1884 aseguraron un desenvolvimiento suficiente de la idea nacional de independencia, y su abrazamiento definitivo e indisoluble por la ya culta alma dominicana. Primero. El de la eterna desaparición del último de esos dos hermanos gemelos en punto de antinacionalismo que se llamaron Pedro Santana y Buenaventura Báez, pues ninguno de los dos tenía fe en que su pueblo pudiera sostenerse, y perdurar como Estado Independiente, y así se entregaron a conspirar contra el hermoso empeño de su fundación, que era fruto selectísimo de un entendimiento infinitamente más grande y más noble que el de ellos —del de Juan Pablo Duarte—, desde antes de ser proclamada la República el

27 de febrero 1844. Es increíble la aversión que Santana y Báez les tenían al nacionalismo y a la libertad de los dominicanos, y sin embargo –¡oh! aberración también inexplicable–, estos primigenios ciudadanos del Nuevo Mundo, descendientes de sus colonos más antiguos e ilustres, se dejaron guiar siempre y por entero de tan detestables y odiosos inductores; sumisión al mal que habría de empujarlos desdichada e inevitablemente, de caída en caída, hasta hacerlos hundir en estos tres escalofriantes abismos: el 18 de marzo de 1861, el 16 de febrero de 1870 y el 16 de marzo de este mismo último calamitoso año. Vistas, pues, las antecedentes e invertebradas lacras, tanto políticas como antinacionales, de esos dos desesperados casos patológicos, no se podía esperar de ellos a la postre más que la traición y sus consecuencias más desastrosas y necíparas. Males que llevaron sobre nuestra sociedad incipiente e insipiente, y la mancillaron, y por poco la desorganizan y destruyen para siempre. Y no concebimos tampoco que nadie con claro, honesto y firme conocimiento interior de sus altos deberes cívicos; que ningún ciudadano de buena ley pudiera ser secuaz de esas fracciones o facciones miserables de Santana y de Báez –como las llamó a las dos por igual el Fundador de la República– y merecer al mismo tiempo la corona radial con que el agradecimiento de los pueblos galardona a sus escasos y auténticos dioses del patriotismo.

Muerto, pues, Buenaventura Báez, en 1884, y habiendo ya caído para siempre un sexenio antes su más visible e inaceptable sucesor en la dirección del partido rojo, Manuel Altagracia Cáceres (Memé), el partidario número uno, en la importante región del Cibao, de la Anexión

a los Estados Unidos; el que enarboló en San Francisco de Macorís la bandera de las fajas y de las estrellas el 15 de mayo de 1870, caída en mal caso que acompañó de la indispensable solidaria proclama, publicada en el Nº 118 del Boletín Oficial, Periódico del Gobierno Dominicano, correspondiente al 28 de ese mismo mes, y año (mayo de 1870), la República quedó ya libre –después de tan importantes decesos, que llevaron la parcialidad de que hablamos a la acefalía–, del morbo del anexionismo, así como de la ruinosa posibilidad de que los corifeos de éste, con la máscara del arrepentimiento o sin ella, pudieran volver a poner en peligro, desde el cargo supremo de la Primera Magistratura del Estado, nuestras instituciones nacionales y nuestra libertad.

En 1884 fue también cuando entró en «la segunda existencia que inicia la apoteosis», decimos haciendo nuestra una frase brillante, aunque incorrecta, del ilustre poeta y orador colombiano Guillermo Valencia, el que fue desde entonces nuestro prócer máximo: el patriota, idealista, ilustrado, fundador, íntegro, desinteresado, radical, intransigente, irreducible, celoso en extremo de su buena fama, orgulloso, primero, supereminente cabeza siempre, el meritísimo y venerando Juan Pablo Duarte; Honores Extraordinarios que se materializaron en la repatriación de sus restos mortales, y en la de su inapreciable y elocuentísimo Archivo, acervo instrumental que permitió a nuestros investigadores ahondar en la historia de la Era de la Independencia, y ver con claridad meridiana por primera vez quien había sido, como dijo en ocasión solemne, desde su retraimiento, el arrepentido y

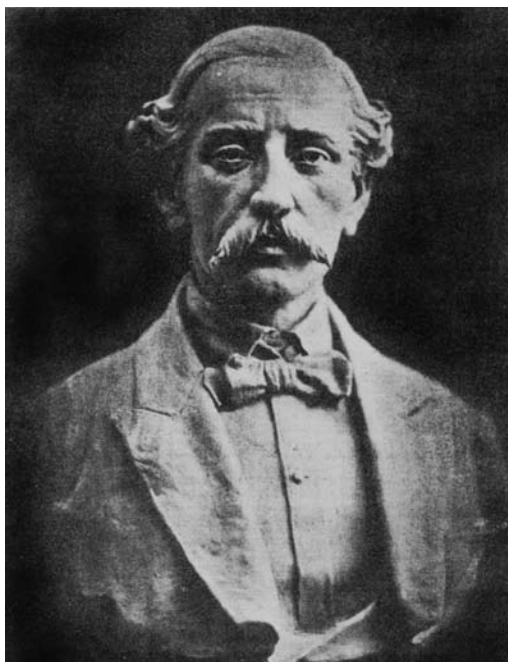


Juan Pablo Duarte.

talentoso Félix Ma. Del Monte, «el hombre de abnegación y sacrificio a quien la Patria debe su existencia política y el puesto que ocupa entre los pueblos libres de América». «El (que) llevaba en su mente aquella creación política, encarnación feliz de sus largos ensueños, y (que) sólo él por aquel entonces hubiera podido imprimir a la Revolución de Febrero el sello de su magnífica concepción, e impedido sus primeros desvíos y sus posteriores claudicaciones». Afirmaciones certísimas y categóricas fundadas en la verdad que

su autor publicó en 1876, con motivo del fallecimiento del ilustre prócer, y de las cuales se hizo entonces poco caudal. Fue necesario, para que éstas merecieran el asenso del «grupo más capaz de librar a conciencia y saber un juicio sobre la materia», como dijo el inmortal Rafael Alfredo Deligne; para que gozaran del asentimiento de la mayoría de los dominicanos, que se conocieran bien las magistrales y nobilísimas predicaciones del Apóstol, y su prosa fluida, castiza y brillante; así como los varios y fehacientes testimonios de adhesión y admiración irrestrictas que le rindió la ilustrada y sana generación joven de su época, pruebas todas decisivas en favor de la grandeza y supremacía de Duarte, que abonan y abrillantan los preciosos textos de ese su genuinamente nacionalista, trascendental y fecundísimo archivo. En 1884 fue también cuando se cumplió por fin el ardiente voto, hecho con fe y pasión extraordinarias, por el intrépido y glorioso trinitario Matías Ramón Mella y Castillo

en julio de 1844, con fulguraciones y estampido como de trabucazo, en el todavía virgen corazón del Cibao «iniciado por él en los secretos de la revolución separatista»: de que Duarte debía presidir los destinos de su gran obra política dominicana, como los ha presidido desde 1884 hasta lo presente; y en un ideal Estado histórico que, *mutatis mutandis*, tendrá que identificarse con el de la efectiva realidad. A partir de 1884 fue, pues, cuando nuestro pueblo conoció a fondo, y pudo vivir intensamente, los tres simbólicos y fundamentales conceptos de **Patria, Libertad y Honor Nacional** (el Honor Nacional en vez de **Dios** del antiguo lema trinitario), que Duarte expresó, genial y majestuosísimamente, con estos bien escogidos,



Busto de Juan Pablo Duarte por Abelardo Rodríguez Urdaneta.

propios y puros términos castellanos, en su inmortal carta del 7 de marzo de 1865, a un Gobierno Restaurador, y que Pedro Henríquez Ureña quiso significar después con esta no muy castiza locución: conciencia de la nacionalidad.

Ya para 1889 estos vitales y salvadores principios trinitarios

se hallaban acendrados y operantes en el alma de nuestro pueblo, que los profesaba con ardor en la esperanza de que lo conducirían sobre seguro al ennoblecimiento y grandeza de la Patria. Prueba evidente de esto fue la tremenda derrota que le pudo infligir el duartista José Gabriel García al santanista Manuel de Jesús Galván, en una célebre controversia histórica que ha hecho época en nuestros anales, por haber el segundo cometido la torpeza de querer convertirse en paladín de una mala causa: la de la reacción anexionista, como si se hubiera estado todavía entonces en los tiempos de Santana y de Báez, y Duarte y su evangelio redentor no hubieran vuelto a regir, y ya para siempre, los destinos del país; resonante triunfo que pudo coronar García cuando publicó, con el beneplácito de la mayoría de la Nación, en 1894 el 2º Tomo de su fundamental *Compendio de la Historia de Santo Domingo*.

Y por último, cimienta asimismo nuestra tesis la atendible circunstancia de que el año 1884 pertenece a un lapso de nuestra Historia en que el General Gregorio Luperón, eminente prócer de la Guerra Restauradora, y de la otra también larga y cruenta empeñada contra el despotismo antinacional de los Seis Años, tuvo mucha influencia. El mismo Presidente de la República, en aquel primer semestre de 1884, se había formado en lo más rudo de los gloriosos combates de aquellas dos magnas guerras, guiado con preferencia por los famosos capitanes Gaspar Polanco, Gregorio Luperón y José María Cabral, haciendo magníficos sus galones en ambas. En la primera derramó la sangre de sus venas en Maluis,

frente a la sitiada y heroica Puerto Plata, y en la segunda cayó en el Alpargatar de Neiba, al ser herida su fogosa caballería, sobre un espeso y agrio manchón de hirientes y consagradores cactus.

Así es que la época a que nos referimos era propicia, a pesar de los vicios de su origen, y de presumibles peores peligros, al desenvolvimiento de ideas nacionalistas fundamentales. El bienio que antecede al primer período presidencial del General Heureaux, el de Fernando Arturo de Meriño, y el que lo subsigue, el de Francisco Gregorio Billini, por el patriotismo y autoridad de los mandatarios electos para ellos, son otras dos significativas circunstancias que contribuyen a sacarnos verdaderos.

— Fuente —

✻ *Clío*, Nº 97, Septiembre 1953. Santo Domingo, D. N., República Dominicana.

LA INTEGRIDAD NACIONAL. *Jamás debemos permitir que ninguna porción de nuestro territorio sea cedida a ninguna nación extranjera ni debemos aceptar gobiernos que no sean nuestros o que sean de imposición extraña.*

Enseñanzas cívicas de Duarte. Enrique Patín Veloz.



El otro Duarte

PEDRO CONDE STURLA*

En el año 1099, después de un asedio de varias semanas, los Cruzados tomaron por asalto la ciudad de Jerusalén y derramaron «torrentes de sangre en nombre del Dios del amor y de la paz, del cual se estaba conquistando la tumba», como dice Henry Perenne en su «Historia de Europa». Algo parecido ocurre hoy día en Santo Domingo, donde el llamado Año de Duarte está siendo celebrado a ritmo de despilfarro, mientras el entreguismo campea, por sus fueros. El hecho contraproducente porque Duarte ha sido la figura más desinteresada y honesta de nuestra historia, y mal podría glorificársele enajenando la patria y malgastando millones de pesos en obras no productivas sobre todo cuando la economía atraviesa por una de las peores crisis de que se tenga memoria.

En ambos casos resulta evidente el contraste entre los motivos ideales del proyecto y los medios que se ponen en práctica para llevarlo a cabo. En ambos casos se trata de un contrasentido. Pero sólo de un contrasentido aparente, porque si observamos los hechos desde otra óptica, dejando aparte sus motivos ideales, descubriremos en-

*. Profesor de Historia Moderna en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) y catedrático de Historia y Literatura de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

seguida las verdaderas intenciones que se ocultan detrás de la retórica y el palabrerío oficiales. En primer caso se trataba de conquistar un mercado (no simplemente de «rescatar la Tierra Santa de manos infieles», sino de ocuparla militarmente, conquistarla, sojuzgarla). En el segundo caso se trata de exilar a Duarte de todo concepto humano, social e histórico, encerrándolo, acorralándolo en una especie de zona sagrada, inaccesible a limpiabotas y paleteros y otros seres inferiores.

En efecto, colocar la estatua y los restos de Duarte en aquel horrible mausoleo del mutilado Parque Independencia (en el mismo lugar ocupado anteriormente por la graciosa y espigada glorieta, importada de Europa), significa proponerlo desde arriba como figura sacra a la atención del pueblo. Es decir, como figura venerable pero a la vez inalcanzable a que no puede y no debe ser imitada so pena de sacrilegio. En definitiva, se lo propone como ídolo



Mausoleo en el Parque Independencia de Santo Domingo, donde están depositados los restos de Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez y Matías Ramón Mella.

alienante y no como modelo a seguir (pura idolatría), porque de lo contrario podría resultar peligroso.

En realidad, sucede un fenómeno interesante en el sentido de que el pensamiento duartiano –a pesar de toda la patriotería de moda– sólo puede ser asimilado superficialmente por el sistema. A causarle ello, la imagen de Duarte que propone el gobierno y, en general, la clase dirigente, es una imagen tendencial y tendenciosamente cultural. Es decir, objeto de culto, no de reflexión, de manera que no ofrezca posibilidad de aprendizaje histórico, revolucionario. En estas circunstancias no resulta extraño que hasta la Gulf and Western y la Falconbridge, dos compañías multinacionales, se hayan «patrióticamente» asociado a las festividades del año en curso (1976).

Aislando a Duarte de ese modo, encumbrándolo en pedestales millonarios, su pensamiento se deposita muerto (al menos esa es la intención) y difícilmente constituye motivo de inspiración revolucionaria para las masas. El modelo de Duarte que sirve a la clase dirigente es de ese tipo. Un Duarte de inalcanzable e inimitable estatura heroica, fenómeno irrepetible, único, ante al cual sólo cabe una actitud acrítica y ahistórica de humilde reverencia (arrodillados si es posible). No es casual que toda la propaganda oficial tienda implícitamente y mañosamente a acentuar la diferencia entre Él y los comunes mortales.

Neutralizar el pensamiento político de o por lo menos la parte más subversiva de su mensaje (principalmente aquella relativa a traidores y vendepatrias) es el único modo de asimilarlo sin correr riesgos. De otra manera alguien podría darse cuenta de que cualquier semejanza o parecido con un Manolo y un Caamaño no es pura

coincidencia. Es claro que no se trata únicamente de los monumentos que se erigen a la memoria del ilustre patricio y combatiente, sino de la idea particular que se nos quiere inculcar al respecto (véanse las obras de Balaguer y Troncoso, por ejemplo). Por lo demás, sería ingenuo esperar que las cosas sucedieran de otra manera. El culto de Martí, en Cuba, cobra vigor en el seno de un proceso revolucionario en el cual se aspiraba a realizar sus sueños, y que fue inspirado en gran parte en su mismo legado histórico. En Santo Domingo, por el contrario, el culto de Duarte prospera en un período en el que la clase dirigente se encuentra más alejada que nunca de sus ideales.

Para rescatar a Duarte del destierro a que lo ha condenado la clase dirigente —en todas las épocas— es necesario estudiar y dar a conocer su pensamiento vivo a partir de las fuentes originales: su propia obra. Lo importante es subvertir la idea que se nos quiere imponer del Padre de la Patria en los discursos oficiales. Es necesario cancelar la imagen estática y anémica del Duarte oficial: un Duarte que aparentemente no tiene contradicciones con los explotadores ni con las compañías extranjeras que saquean, nuestras riquezas, ni con los grupos criollos de poder que han entregado el país y mantienen sumergido al pueblo en la miseria y en la ignorancia. El Duarte de carne y hueso —el creador de nuestra nacionalidad— fue un hombre de pluma y espada, hombre de valor, de intransigente e inquebrantable moral revolucionaria. Y fue, sin lugar a dudas, una personalidad extraordinaria, más no por eso única e irrepetible. Su espíritu no vive en las casas de los ricos ni en la de los funcionarios del gobierno, pero ha vivido siempre en las luchas de

nuestros mejores combatientes por la independencia y la soberanía. Seguramente estuvo presente en las luchas del 1916-1924 contra los yanquis. Seguramente vivió y convivió con los combatientes de abril de 1965, durante todo el proceso insurreccional y aún después.

No se engañe nadie: ése es el verdadero Duarte, hombre de carne y hueso. En cambio, el Duarte místico, insustancial, apagado (tal como, por ejemplo, lo ha representado en teatro el inefable Iván García) ha sido construido y diseñado para consumo de turistas y patriotas de salón. Este Duarte divino, inmaterial y casto (casi una especie de Espíritu Santo) es un producto de biografías edulcorantes y vive sólo en la imaginación pobrísima de nuestra clase dirigente. El Duarte verdadero, el otro Duarte, cumple diariamente, heroicamente y anónimamente su itinerario histórico en el corazón del pueblo.

— Fuente —

✱ Periódico *El Caribe*, «El otro Duarte», 24 de enero de 2009. Santo Domingo, D. N. República Dominicana. Fue originalmente publicado en mayo de 1976.



El Apóstol Juan Pablo Duarte. Dibujo por Gonzalo Briones, Tomado de *Episodios Duartianos* por Pedro Troncoso Sánchez.

Panegírico pronunciado durante la
desvelización de la estatua al patricio
Juan Pablo Duarte en la ciudad
de Santiago de los Caballeros,
el 26 de enero de 1975

JOAQUÍN BALAGUER*

Es la segunda vez que los dominicanos honramos con la erección de una estatua la esclarecida memoria del Padre de la Patria. La primera se inauguró en la capital de la República el día 16 de julio de 1930, gracias al patrocinio del ilustre repúblico doctor Federico Henríquez y Carvajal, el dominicano que mayor semejanza guarda moralmente con el Fundador de nuestra nacionalidad por su alta temperatura patriótica y por sus largos años de lucha en favor de la educación cívica de sus conciudadanos.

* Político, diplomático, escritor y poeta. Accedió a la presidencia de la República en siete ocasiones.

El prócer civil

Nada se puede añadir a la semblanza de Juan Pablo Duarte que no sea ya conocido por la población que aún frecuenta las aulas escolares y que se ha nutrido, en los últimos tiempos, con la divulgación que se ha hecho de su figura y de su obra sin paralelos en la historia dominicana. Otros próceres hemos tenido que hieren más vivamente nuestra imaginación con sus acciones de guerra y su participación descollante en nuestras epopeyas pasadas. Varios personajes, con intervención más activa en los destinos de la República a raíz de la proclamación de nuestra independencia en la Puerta del Conde, impidieron que Duarte se revelara como militar y diera demostración de su genio como hombre de acción frente a las fuerzas de Haití ya en retirada. Su figura civil se había ofrecido con relieves tan puros, ante la contemplación de sus conciudadanos, que se consideró necesario cerrarle la posibilidad de que se consagrara también como hombre de armas en las horas iniciales de nuestra gesta libertadora. Por eso se le despojó del mando de las tropas acantonadas en el Sur y se pusieron éstas bajo la exclusiva dirección del general Pedro Santana. Sus presillas como General de Brigada quedaron prácticamente vírgenes, porque la ambición propia de los caudillos militares se ingenió para impedir que Duarte actuara como soldado y añadiera a sus laureles como repúblico la prestancia que en un país como el nuestro rodea siempre la figura de cualquier hombre de acción o de cualquier militar victorioso.

El apóstol

Contemplemos, empero, a Duarte, como simple repúblico y como oráculo supremo de la patria en los días en que ésta empezó a forjarse, y limitémonos a juzgarlo como caudillo exclusivamente civil. Su caso, como el de José Martí, es el de un apóstol que desea ofrecer su vida por el ideal de la independencia pero que no tiene aptitudes innatas para lograr con la espada lo que le es dable obtener con el ejemplo y con la palabra

ardida en fuego patrio y en proceridad redentora. Todos los demás libertadores de América han pasado a la historia como caudillos esencialmente militares. El poder con que cada uno de ellos deslumbra nuestra mente y se apodera de nuestra sensibilidad, emana en gran parte del prestigio que acompaña a los hombres cuyas ejecutorias militares han tenido en los destinos públicos una gravitación decisiva. Nadie podría separar el nombre de Bolívar de Junín o de Boyacá, ni el de San Martín de sus granaderos a caballo. Sería inconcebible imaginarse a Páez sin sus lanzas, a Sucre sin sus atuendos militares, reducido sólo a su blancura de nieve, y a nuestro Luperón sin su coraza de gladiador homérico.

Hemos vivido,
en realidad,
de espaldas al
ideario del Pa-
dre de la Patria
y a todo...

Su estatura histórica

La figura de Duarte, sin embargo, crece en veneración y en estatura apostólica a medida que el país se desarrolla y que, juntamente con ese crecimiento físico, se deterioran sus estructuras morales. Su figura se halla cada vez más distante de nosotros, como esos astros que se alejan de nuestra vista en el horizonte a medida que tratamos de acercarnos a ellos y a medida que su luz nos deslumbra con sus resplandores. No hay ya en nuestro país quien no lo considere como nuestro primer patriota, como el más limpio de nuestros apóstoles y como el más austero, moralmente, de nuestros libertadores. Más allá de las fronteras patrias aún en los países vecinos, su nombre no se repite con la admiración con que se menciona el de otros próceres americanos. Ha faltado a Duarte un plinto más alto para ofrecerse desde él a la contemplación del mundo. Es necesario que el país que le sirve de pedestal crezca a su vez para que su estatura se agigante en la sucesión de los tiempos. Cuando llegue ese momento histórico, tal vez menos lejano de lo que hoy creemos, se verá que la historia de América no ofrece otro ejemplo de abnegación y de modestia comparable al del prócer dominicano.

El culto al héroe

Martí, aludiendo a los prohombres que redactaron la Constitución de los Estados Unidos de América, afirmaba que le agradaría esculpir en pórfido las estatuas de esos ciudadanos maravillosos. Pero no llegaba sólo hasta ahí el deseo del apóstol cubano de honrar a aquellos héroes. Cada cierto número de años —decía el último de los libertadores de América— debería establecerse una semana de peregrinación nacional, en otoño que es la estación de la madurez y de la hermosura, para que, envueltas las cabezas reverentes en las nubes del humo oloroso de las hojas secas, los hombres, las mujeres y los niños, fueran a besar las manos de piedra de nuestros patriarcas. Con esta estatua de Duarte debería organizarse un rito parecido. Todos los dominicanos deberían venir, cada cierto número de años, a tocar con sus manos estas piedras y a responder en silencio a las preguntas que el Padre de la Patria nos formule desde la mudez del bronce. Así sabríamos si hemos sido fieles al sembrador, si hemos o no menoscabado su cosecha inmortal, y si nuestra conciencia, cuantas veces comparezcamos ante él, no tiene nada que reprocharnos por habernos mostrado indignos de aquel varón excelso o por haber manchado o disminuido su herencia inmarcesible.

El mayor homenaje

El mejor homenaje que podría rendirse a Duarte consistiría, no obstante, en hacernos dignos de su obra y merecedores de su apostolado. Después de casi un siglo de haber desaparecido del escenario nacional, podemos preguntarnos si hemos sido fieles a su herencia y si su obra se ha menoscabado o no, en manos de quienes le han sucedido en la continuidad de las generaciones. Su figura parece en realidad que nos interroga desde la inmovilidad de la piedra estatuaría. ¿Qué hemos hecho para engrandecer el patrimonio moral y político que nos dejó santificado con su sacrificio ejemplar? Si examinamos la historia del país en los últimos cien años, tendríamos que sentirnos profundamente avergonzados ante este varón epónimo cuya vida se ofrece a nuestras miradas como un dechado de patriotismo y como un ejemplo de virtudes. La patria que él nos legó ha sufrido, en el curso de esa centuria, numerosas caídas, y ha experimentado grandes descabros, no por culpa del azar, sino por obra principalmente de nuestras propias concupiscencias y de nuestras propias flaquezas. En dos ocasiones hemos visto nuestro suelo pisoteado por una bota extranjera. Durante largos años pasamos por la vergüenza de ver nuestras aduanas intervenidas y nuestro patrimonio político mermado por intervenciones extrañas que no se diferencian de las que sufrimos en el curso del siglo XIX, cuando éramos aún una nación mediatizada por las grandes potencias colonizadoras. Hemos vivido, en realidad, de espaldas al ideario del Padre de la Patria y a todo lo que él representa en nuestra historia como paradigma de honestidad y como modelo

de pureza. No podemos rendirnos ante la simple evidencia de que nuestras guerras civiles constituyeron sólo la expresión de nuestra falta de cultura política y que nuestros extravíos son hijos de nuestra conciencia nacional aún en formación y en cierto modo embrionaria. Durante casi un siglo desoímos la voz del Fundador de la República que nos dijo: «Sed unidos, y así apagaréis la tea de la discordia». Durante ese mismo lapso no hemos tenido ni un solo día presente la admonición que él nos dirigió en el memorable discurso con que declinó en Puerto Plata la solicitud que se le hizo para que asumiera la Presidencia de la República que él mismo había creado, cuando expresó así su esperanza en una nación bien unida y en una sociedad mejor integrada: «Sed justos, lo primero, si quereis ser felices».



La sociedad nacional se halla hoy más desunida que en los días en que toda la fuerza física de la nación se hallaba concentrada en los sables de unos cuantos caudillos ambiciosos.



La enmienda necesaria

Las infidelidades que hemos cometido contra la obra y la figura del Padre de la Patria podrían sernos perdonadas si se advirtiera en el panorama nacional algún signo de arrepentimiento que nos hiciera dignos de esa indulgencia. No hay, infortunadamente, sin embargo, nada que nos permita creer que nos hallarnos en vías de enmendarnos y de seguir sus pasos desde lejos, a una distancia compatible con la diferencia que reina entre nuestra pequeñez y la grandeza moral de aquel dominicano inmenso que hoy parece que nos amonesta desde la severidad de estas piedras acusadoras. La sociedad nacional se halla hoy más desunida que en los días en que toda la fuerza física de la nación se hallaba concentrada en los sables de unos cuantos caudillos ambiciosos. La corrupción imperante en todas nuestras clases sociales es más grande que en la época en que Duarte retornó a su suelo nativo después de una larga permanencia en tierra extraña. Las instituciones republicanas que él dejó descritas en su famoso proyecto de Constitución, están lejos de parecerse a las que hoy hemos establecido y que se resienten por su falta de estabilidad y por su poca firmeza. Si dirigimos la mirada hacia el interior de nosotros mismos nos hallaremos, como hombres y como ciudadanos, menos dignos de la altura moral del Padre de la Patria que los mismos dominicanos que un día lo redujeron a prisión y escarnecieron sobre su inocencia la gloria de la República naciente.

Duarte y la plástica

Se ha escogido para vaciar la imagen de Duarte el más noble de todos los metales: el bronce. Ese material olímpico, más propicio que ningún otro para perpetuar la imagen de los grandes guerreros y de las grandes epopeyas, habría sido la forma plástica apropiada para recoger el semblante de Luperón, el titán que el 6 de septiembre de 1863 se batió en las calles de esta misma ciudad de Santiago, iluminado por las luces flamígeras de los edificios en llamas, pero no es el que mejor corresponde, en cambio, a este varón consular, esencialmente pacífico y virtuoso, el más dulce quizás de los hombres nacidos en esta tierra. Para hallar una representación que corresponda a su semblanza moral, a sus valores interiores de apóstol que estuvo en todo más cerca del cielo que de la tierra, más próximo de la divinidad que del hombre, hubiera sido preciso modelarlo en piedra labrada por las olas, esculpida, como las rocas, por los vientos y las espumas, y suspender después sobre sus hombros, no el manto imperial de los galanteadores de la historia, sino la propia túnica de los ángeles o el nimbo seráfico que la Iglesia coloca sobre la frente de los bienaventurados. Sólo así podríamos imaginarnos a Duarte como él fue, como un hombre sobrehumanamente puro que no mereció ni la dureza con que lo golpeó la vida ni la feroz ingratitud con que fue pisoteado y escupido por los mismos a quienes no solamente hizo libres políticamente sino a quienes se ofreció también como el Justo que siempre sirve para redimir en su persona los crímenes de los demás y para saldar con su sacrificio las culpas que sus coterráneos tienen pendientes con Dios y con la historia. Por eso la

sangre de este mártir tiene una doble virtud redentora: nos salvó a todos de la esclavitud y tuvo, además, para cada uno de nosotros, el mérito de redimir a su pueblo con un sacrificio que parece imitado del de Aquel otro Justo que hace más de veinte siglos se ofreció para la salvación de la humanidad en una humilde colina de Galilea. Sobre la cruz de Duarte se limpian cada día las culpas de todo un pueblo como se limpian sobre la cruz de Cristo, en cada amanecer, todas las culpas y todas las flaquezas humanas.

La última virtud

Así como se ha dicho que el Emperador Marco Aurelio fue la última virtud de Roma, también nosotros podríamos decir que con Duarte desapareció el último de nuestros ornamentos morales. Lo admirable, en su semblanza cívica, es que no fue la suya una virtud encaustrada, semejante a aquellas que Milton en su «Tratado de la Reforma» condena enérgicamente, porque no salen jamás de su retiro, porque no miran la cara a su adversario y porque «no participan de la carrera en que, entre el sudor y el polvo, los corredores se disputan la corona inmortal». Duarte, por el contrario, ejerció ampliamente su virtud y aun en el destierro siguió siendo un ejemplo de integridad cívica para sus compatriotas. El hecho de no haber intervenido en nuestras guerras civiles y de haberse mantenido alejado de las pugnas en que otros tantos adalides de la Independencia y de la Restauración empequeñecieron su gloria, no disminuye su estatura sino que lo coloca por encima de toda objeción y de toda crítica.

La formación de Duarte

Fue propia de todos los miembros de su familia esa actitud de abnegación casi inverosímil y sobremanera ilimitada. Su hermana Rosa Duarte conserva hasta el fin, aun en la vida privada, su postura de mártir y de heroína. Después de haber dado su corazón al patriota Tomás de la Concha, se conservó virgen hasta la muerte porque consideró que la amada de tal prócer no podía ofrecer su mano a nadie que no fuera digno de ella. Su caso recuerda al de Federica Brión, la novia de Goethe, abandonada luego por éste, que rehusó la mano del apuesto Reynold Lenz diciendo que quien había sido amada por Goethe no podía pertenecer a otro hombre. Vicente Celestino Duarte, hombre de formación eminentemente civil, arriesgó muchas veces su vida junto a Luperón en la Sabana de Guabatico, como Domingo Faustino Sarmiento, el gran educador argentino, expuso también la suya al lado del General Urquiza en la batalla de Caseros. El padre, a su vez, fue un modelo de hidalguía, y la madre una matrona cuyo perfil cabría en una medalla antigua.

La corrupción
imperante en
todas nuestras
clases sociales
es más grande.

Su virtud cardinal: la fe

Lo extraordinario en la figura de Duarte es la fe con que mantuvo sus ideales y la confianza que le inspiró su causa. Creyó en la República y no desmayó jamás en su empresa reivindicadora. Ese solo rasgo bastaría para elevarlo por encima de todos sus contemporáneos y de todos los que después, en la historia de nuestras vicisitudes civiles y militares, le han sucedido en el civismo, en el sacrificio, en el amor a la patria, en la fidelidad al ideal, en la inspiración y en la lucha.



Obra Escultórica por Robert Russin, 1976, Fuente: *La Faz de Duarte*, Iconografía por Julio Portillo.

Duarte y sus discípulos

Decía Renán, a propósito de la grandeza de Jesús, que para saber cuán grande fue El, bastaría recordar cuán pequeños fueron sus discípulos. También la grandeza de Duarte puede medirse por la pequeñez de sus émulos. Ningún otro dominicano, desde el propio Francisco del Rosario Sánchez hasta el último de los adalides que participaron en nuestras guerras libertadoras, resiste el parangón con el Padre de la Patria. Mella negoció con los Ministros de Isabel II la alternativa del reconocimiento de nuestra independencia política o la firma de un protectorado. Luperón no careció de ambiciones cuando cambió la chaqueta del soldado por la toga del repúblico o por la propia gorra del guerrillero alzado en armas contra la ley encarnada en los poderes legítimamente constituidos. Santana fue un anexionista vulgar y un hombre sin fe en sus ideas. Los otros héroes de la Independencia y de la Restauración permanecen por debajo de Duarte como las yerbas que brotan en las faldas de las montañas y se alimentan escasamente con el agua que baja de las cumbres. Muchos otros pasan ante él casi inadvertidos. El que tuvo don de mando y sobresalió como conductor de tropas, resultó ser a la postre un patriota a medias, y aun aquellos que osaron salir al foro para vestir en él la toga del repúblico, con pocas excepciones, flaquearon hasta comprometer, en un momento dado, el ideal de la independencia absoluta. La confianza sin quebrantos y sin vacilaciones en su ideal de patria libre, no es la menor de las virtudes de Duarte. Como el Cónsul romano vencido por Aníbal que mereció bien del Senado y del pueblo por no haber desconfiado de la salvación de la patria, Duarte

merecía ser considerado como el más grande de nuestros compatriotas y el más excelso de los forjadores de la república por no haber jamás vacilado en su lucha por la independencia nacional y por haber enseñado a sus compatriotas que el país podría sobrevivir a sus infortunios y renacer otra vez de sus cenizas con su personalidad sin desmedro y con sus glorias inmaculadas.

El hombre único

La vida, como el arte, no cesa en su actividad creadora, y aunque los modelos heroicos de hoy sean distintos de los pasados, y aunque no se vuelva a hacer la Venus de Milo ni el Hermes de Praxíteles, no por eso desaparecerá el molde en que se forjan los grandes caracteres ni por eso dejará la plástica de descubrir nuevos mundos de expresión ni de engendrar nuevos prodigios en mármoles eternos y en lienzos inmortales.

Pero sí podemos estar convencidos de que de nuestra tierra no brotará nunca otro dominicano tan perfecto como Duarte. Ningún otro ciudadano podrá igualarlo jamás en abnegación y en limpieza; ninguno podrá jamás sustituirlo como el modelo que debe ofrecerse a la juventud dominicana de todos los tiempos.

El desagravio

Pero Duarte, no obstante la perfección moral casi increíble que lo colocó muchos codos por encima de quienes le precedieron y de quienes le han sucedido en la sucesión de las edades, ha tenido y tiene aún sus detractores. Todavía hay dominicanos que se empeñan

en negar los méritos de nuestros próceres y en reducir sus dimensiones históricas. Mientras otros países forjan sus propios mitos y cuando carecen de héroes los crean, y cuando no tienen epopeyas las inventan, nosotros nos entregarnos al absurdo prurito de destruir lo que tenemos, empequeñeciendo aún a quienes forjaron la patria y fueron reconocidos en su propia época como nuestros genuinos libertadores. Contra ese crimen de lesa patria, hijo de nuestras menudas envidias y de un afán demolidor que se remonta a los mismos orígenes de nuestra historia, debemos reaccionar con energía y exigir, como lo exigen todos los pueblos agradecidos de la tierra, que se rinda a la figura de nuestros próceres la veneración a que su estirpe es acreedora.

Un día Esquilo presentó a Hermes, en uno de sus dramas, en forma grotesca y repulsiva. Los atenienses, escandalizados ante tal sacrilegio, acudieron apresuradamente a los templos para desagraviar al dios calumniado. No contentos con reunirse alrededor de sus santuarios, se inclinaron silenciosamente ante el ídolo y luego lavaron con aceite las estolas sagradas. Cada vez que un mal dominicano alce la mano contra Duarte o arroje un puñado de cieno sobre su memoria, nuestro deber no es limitarnos a repudiar en silencio el acto sacrílego, sino prosternarnos ante cada efigie del héroe para ratificarle nuestra fe en su ideario patriótico y nuestra irrestricta adhesión a su ideal democrático que no solo se limitó a crear una patria libre sino también a organizar institucionalmente la nación por él creada.

El modelo excepcional

Duarte, el más grande y el más ejemplar de los héroes que hoy ocupan la galería de nuestros próceres, debe quedar para siempre como nuestro ídolo intocable, como el espécimen insuperable, como el arquetipo del caudillo civil y del patriota sin mancha. Con esa actitud no sólo haremos justicia al más grande de los dominicanos, sino que también contribuiremos a que nuestra juventud se eduque en el culto al sacrificio y en el amor a la gloria.

Hay, en una comedia de Benavente, una anécdota que revela la influencia que la emulación puede ejercer sobre la conducta de los hombres. Hubo una vez un pintor que tuvo el cuidado, al hacer el retrato de una dama, de embellecer sus rasgos y trasladar al cuadro una perfección física que excedía ostensiblemente al modelo en gracia y hermosura. Al verse ennoblecida en esa forma por el artista, la mujer quiso hacerse digna del retrato y de la honra que le había sido dispensada. Puso entonces especial empeño en parecer hermosa, y a fuerza de perseverancia y de autosugestión, logró mejorar su tipo y adquirir la belleza que el pintor le atribuyó al ofrecerla a la contemplación de los hombres como a una beldad de facciones deslumbradoras. Es posible que también nuestra juventud, la de ésta y la de otras generaciones, sienta la atracción de Duarte y se empeñe en parecerse a él en perfección moral, en temperatura patriótica: que sienta el orgullo de contar entre sus antecesores con alguien que podría igualarse a los héroes de relieve universal más perfectos, a los que integran, en una palabra, la categoría excelsa de los hombres que más han engrandecido nuestra

especie y que con mayor nobleza han dignificado la civilización humana.

Duarte y las nuevas generaciones

Dominicanos: si nos falta el valor necesario para imitar a Duarte, figura excelsa cuyas dimensiones alcanzamos apenas a medir en la lejanía de la historia, tengamos al menos el de venerarlo como el dechado de todas las virtudes cívicas para que la simiente de su obra apostólica y de su abnegación ejemplar, fructifique con fuerza cada día mayor en el corazón de las generaciones venideras.

— Fuente —

✻ *Pedestales*. Joaquín Balaguer, Editora Corripio, Santo Domingo, 2000.

LA HONESTIDAD POLÍTICA. *Las cosas del Estado deben manejarse con honradez y la política debe ejercerse con desinterés económico, justicia y patriotismo.*

Enseñanzas cívicas de Duarte. Enrique Patín Veloz.



Juan Pablo Duarte y Díez. Por Abelardo Rodríguez Urdaneta.



La ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte

JUAN ISIDRO JIMENES GRULLON*

Orígenes y manifestaciones

Desarrollar el tema que los organizadores de este Seminario me han asignado no es tarea fácil, pues es bien poco lo que se conserva de lo escrito por el Padre de la Patria. Parece, sin embargo, que para el 1844, ya él había emborronado muchos papeles que su tío, José Díez, «tuvo arbitrariamente la ocurrencia de reducirlos a cenizas». Tal redacción la llevó a cabo durante «ocho meses», y desventura fue que la página en la cual su hermana Rosa —en sus célebres «Apuntes»— se refiere a su contenido, se extraviara.

Son precisamente estos «Apuntes», junto a la escasa correspondencia que de él o a él dirigida se conserva, y los documentos que aparecen en su «Archivo», la única cantera de la cual es posible extraer las esencias de su pensamiento político. Esas han sido, por cierto, las fuentes utilizadas tanto por

...es bien poco lo
que se conser-
va de lo escrito
por el Padre de
la Patria...

* Médico, historiador y político dominicano.

sus detractores como por sus apologistas. En cuanto a los primeros, es ocioso decir que sus afirmaciones han sido reducidas a polvo por la publicación de nuevos documentos y las argumentaciones de algunos de los segundos. Desgraciadamente, preciso es reconocer que muchos de estos últimos, impulsados por el afán apologético, se alejaron frecuentemente de lo estrictamente histórico para caer en generalizaciones absurdas, unidas a menudo a lo novelesco. Esta desorientadora corriente la inició Emiliano Tejera, y la continuaron, en los últimos tiempos, Joaquín Balaguer y Pedro Troncoso Sánchez. Débese al primero un panegírico de Duarte en el cual, en un párrafo relativo a la dominación haitiana, se dice lo siguiente: «Cuanto horror» ¡cuánta ruina! ¡cuanta amargura devorada en las soledades del hogar. Nunca la elegía animada por intenso y legítimo dolor produjo quejas más lastimeras que las exhaladas por las madres dominicanas en sus eternas horas de angustia». Lo particular, Tejera lo convierte así en general. ¿Ignorancia? ¡No! obró a sabiendas de que los sectores más importantes del país brindaban gustosos su apoyo al dominador. Se trata, por tanto, de una clara tergivesación de la historia... Balaguer, en su obra *El Cristo de la Libertad* cae también frecuentemente en esta tergiversación, y pinta a veces a Duarte con frases que el análisis de su psiquismo y su pensamiento desmienten. Habla de «la locura patriótica del joven repúblico» dando así a entender que el auténtico patriotismo es cosa de locos; y expresa que Santana, «severo como un familiar del Santo Oficio y sanguinario como un tártaro, sólo le resulta abominable cuanto trabaja

para menoscabar la Independencia de la patria o cuando de pie sobre su trono de despotismo vierte sangre, sangre inocente o culpable, pero sangre dominicana». Evidentemente, esta última afirmación se da de bruces con el profundo sentido humano que latía en el alma del patricio. ¡Y eso no es todo! Obedeciendo a un fervoroso racismo del cual ha dado múltiples pruebas, habla de la «raza maldita de Dessalines»... En cuanto a Troncoso Sánchez, su biografía de Duarte recientemente publicada es un novelón insólito en el cual las falsedades históricas –a algunas de las cuales habré de referirme luego– corren parejas con la cursilería literaria de la mayor parte de las escenas que su imaginación inventa.

Al falsear la realidad, todos estos autores han contribuido a presentar a un Duarte que cae dentro de lo mítico. Por ventura, los documentos ya mencionados y sobre todo los referidos *Apuntes* permiten descubrir al hombre de carne y hueso. Pero insisto: llegar a este descubrimiento es empresa ímproba, pues forzoso es atar cabos sin alejarse de la mayor objetividad. Ya lanzado en esta vía, el investigador lamenta que la base documental más importante –es decir, los recién citados *Apuntes*– se aquejan –tal como afirma el notable buceador de nuestra historia, licenciado Emilio Rodríguez Demorizi– de errores cronológicos. A ello agrego que pasan a la ligera sobre dos épocas fundamentales para el debido conocimiento de la formación del ideario político del apóstol: me refiero al período de su infancia y su adolescencia y al que, finalizada ya ésta, cubre los inicios de la edad adulta. Hoy, todos los psicólogos insisten en la importancia fundamental que tienen estos dos períodos en la

concreción definitiva del psiquismo y el desarrollo de lo que Pavlou llama los «estereotipos dinámicos». Durante el primero de estos períodos es cuando los factores externos –o paratípicos– comienzan a influir, a través de la sensibilidad extero–ceptiva, sobre lo genotípico, contribuyendo así a la formación del fenotipo. Ha quedado demostrado, además, que determinadas influencias paratípicas pueden a veces resaltar –brindándole vías y contenidas de expresión– ciertos rasgos genotípicos; pero a menudo sucede lo contrario: bajo la presión de lo paratípico, estos rasgos tienden a desaparecer y el proceso culmina en la enajenación plenaria.

Los datos que Rosa Duarte brinda sobre la infancia del Padre de la Patria imponen la conclusión de que había en éste, como factores genotípicos, una refinada sensibilidad –que se traducía en su carácter «dulce y amable»– y prendas intelectuales que se manifestaban fundamentalmente, en la capacidad memorística sobre tales condiciones psíquica congénitas gravitó el ámbito familiar y profesoral, típicamente burgués, y en cuya superestructura ideológica primaba la cosmovisión sustentada por el colonialismo hispánico. Esta primacía explica la preferencia por lo religioso en la enseñanza que él recibió cuando su intelecto despertaba. Su hermana expresa, al respecto, que a los «seis años sabía leer, y de memoria recitaba todo el catecismo», y que sus maestros de entonces fueron dos clérigos: el Pbro. José Antonio de Bonilla y el Pbro. doctor Gutiérrez. Afirmo, además que «los pocos conocimientos que adquirió fueron debidos a su amor al estudio, estimulado por el laudable propósito de ilustrarse para poder libertar a su patria».

Indudablemente, esta última afirmación es incorrecta. Pues nunca se ha dado el caso de que en el primer decenio de la vida alguien tome conciencia –pese a la gravitación de prédicas ambientales– del contexto de realidades políticas imperantes en el sitio donde vive. Es más: si bien hay pruebas de que para entonces el padre del apóstol, Juan José Duarte, era hostil a la dominación haitiana, lo más probable es que alentara –como tantos otros emigrados españoles residentes, durante esos años, en el país, la idea de sustituir dicha dominación por la colonia española, sin ni siquiera sospechar que su hijo abrazaría con el tiempo, e ideal nacionalista. Más aún: nada indica que cuando él lo envió bajo la tutela del ex-Juez Pablo Pujol– a los Estados Unidos y a Europa, lo impulsara otro afán que la formación cultural de su hijo. Juan José Duarte era comerciante importador, lo que lo ubicaba dentro de la clase social burguesa, y como buen burgués, deseaba que Juan Pablo aprendiera bien idiomas, contabilidad y otras materias que, dominadas por este, bien podría contribuir al desarrollo futuro de su negocio. Ello hace ver que la infancia y la adolescencia del futuro Padre de la Patria se diferenció de las de Bolívar y Martí. Bolívar nació y se crió en el ámbito familiar pseudo-aristocrático de la burguesía atípica venezolana; pero tan pronto adquirió los primeros conocimientos elementales, cayó bajo la tutela intelectual de Simón Rodríguez, figura ganada por las corrientes de la ilustración y, fundamentalmente, por el pensamiento de Rousseau. Gracias a la influencia de este preceptor, muchos de sus estereotipos dinámicos iniciales fueron substituídos por los que prevenían del otro, que indudablemente se ajustaban más a lo genotípico del

psiquismo de su discípulo. En lo que respecta a Martí, nace en un ambiente pequeño-burgués, políticamente adaptado a las realidades coloniales cubanas. Sus primeros estereotipos dinámicos van a ser, por tanto, un producto de este ambiente. Pero bajo la influencia de su primer maestro, Rafael Mendive, hombre solidarizado con el nacionalismo y el liberalismo en auge entonces en Europa y en nuestra América, se siente rápidamente dominado por las prédicas que aquél hacía de dichas doctrinas. Puede, pues, afirmarse, que ya en plena juventud, Bolívar y Martí eran figuras que habían roto con los moldes ideológicos que encuadraron sus respectivas infancias; y se convirtieron en abanderados de las citadas doctrinas.

El caso de Duarte fue distinto... Aún cuando su padre y sus maestros sintieran cierta aversión por el dominio que ejercía sobre el país la vecina República y trataran de desarrollar en él este sentimiento, no hay el menor indicio de que ninguno de ellos considerara que el problema se resolvía mediante la creación de una nación independiente, libre y soberana. Hasta prueba en contrario, forzoso es convenir en que la paternidad de esa idea corresponde al hijo y discípulo, que comenzó a difundirlo tan pronto regresó de su viaje a los Estados Unidos y a Europa.



«Duarte en París». Dibujo de Gonzalo Briones, en el libro *Episodios Duartianos* por Pedro Troncoso Sánchez.

Existiendo pruebas concreta de que el señor Pujols ya no era juez en el año 1828 forzoso es convenir que dicho viaje tuvo lugar en ese año o en el anterior. Para entonces, Duarte era un adolescente –había nacido en 1813– y bien se sabe que en esta época toda inteligencia alerta comienza a desarrollar su sentido crítico. Por cierto, su hermana Rosa expresa que el capitán del buque que lo conducía a Norteamérica le preguntó si a él «no le daba pena decir que era haitiano». Juan Pablo le contestó: –yo soy dominicano; a lo que con desprecio le contestó el capitán: –tú no tienes nombre, porque ni tu ni tus padres merecen tenerlo, porque cobardes y serviles inclinan la cabeza bajo el yugo de sus esclavos». Ante ello –según le manifestó el hermano– este juró «probarle al mundo entero que no tan sólo teníamos un nombre propio, dominicanos, sino que nosotros (tan cruelmente vilipendiados) éramos dignos de llevarlo». La confesión es reveladora: demuestra que hasta entonces, Duarte veía probablemente con naturalidad la dominación haitiana; y lo más interesante del caso es que, al renunciar a esta visión, no se le ocurrió, siendo hijo de español, propugnar por un retorno al coloniaje hispánico: ¡tal vez en esos momentos gravitó sobre su mente el recuerdo de las gestas emancipadoras de los pueblos de nuestra América!

Ya en Nueva York, «siguió aprendiendo el inglés, y empezó a estudiar Geografía con Mr. Davis, que le daba clases a domicilio». Esto es todo lo que su hermana dice respecto a su estancia en dicha urbe. Desgraciadamente, la escasez de datos propició la creación y difusión de una leyenda que presenta al estudiante como un conocedor de la historia política de los Estados Unidos.

Esta leyenda la recoge en su ensayo «Reflecion sobre el Pensamiento Político de Duarte», el licenciado Joaquín Salazar quien en este trabajo afirma que el joven Duarte le debió «seguir con máximo interés» las pugnas políticas norteamericanas de entonces, y, sobre todo, la tesis democrática sustentada por John Quincy Adams en el sentido de que el Congreso tenía «la obligación, más que la facultad, para dirigir su atención y para dictar disposiciones de aplicación general en todos aquellos asuntos que pudieran reconocerse como de interés general para el país». Ningún documento avala estas afirmaciones, y es de toda evidencia que Duarte –que era entonces un mozalbete– carecía de la cultura política necesaria para captar ese problema. En cambio, lo que sí tuvo que impresionarlo fue la grandiosidad de la urbe neoyorquina y el mantenimiento de la esclavitud en aquella «democracia» entregada al desarrollo del capitalismo. A estos puntos no se refiere el licenciado Salazar; y si el doctor Balaguer menciona el primero, termina diciendo que el joven viajero se sintió «feliz en aquel ambiente donde los hombres parecen circular impelidos por ambiciones desmesuradas y donde cada persona se siente dueña de un imperio como si en su fuero íntimo oyera fermentar las energías de una individualidad poderosa». Claro está: al escribir esto, el autor no tuvo en cuenta que si bien en la aludida ciudad los esclavos eran poco numerosos, existía una población negra, víctima del más inhumano discrimin racial. Es más: en otro párrafo de su libro da a entender que Boyer no abolió la esclavitud de nuestro país, pues expresa –sin establecer diferencia entre esta última y un régimen político semi-dictatorial impuesto

por una fuerza extraña— que la bandera de Haití flotaba «sobre la fortaleza colonial (de Santo Domingo) como un símbolo de esclavitud y de ignominia».

Se ignora el tiempo que pasó Duarte en los Estados Unidos; pero lo más probable es que la estancia fue breve, pues el máximo interés de Pujol era ver de nuevo a sus familiares de Cataluña. Desde Nueva York, ambos partieron hacia Inglaterra, país que contrariamente a lo afirmado por Salazar, no atravesaba entonces un período de «gran tensión», como el que vivió en la época napoleónica. Por eso, no hay razón para sostener que la política dual de Canning —que murió en el 1827— impresionara al futuro prócer. Félix María Del Monte, despreciable tránsfuga del ideal trinitario e intelectual corrompido y perverso —tal como lo demuestro en el primer tomo de mi *Sociología Política Dominicana*— pero a quien Troncoso Sánchez presenta como hombre de «reconocida probidad», manifiesta que en Londres, dicho futuro prócer «asistió a las célebres sesiones del Parlamento», cosa que hay que poner en duda en virtud de quien viene, y llega al colmo del dislate al ver en el Estado inglés de esa época un organismo «monopolizador de las industrias» lo que significa que ya existía allí —¡oh laudable anticipación! un capitalismo monopolista de Estado.

De Londres, el prócer en ciernes pasó a París, y allí sí pudo darse cuenta —pues no se necesitaba para ello amplia cultura y madurez intelectual— de que, pese a que Francia se hallaba sacudida por el espíritu revolucionario que nació al calor de la gran Revolución de 1789, este espíritu apenas podía manifestarse, en razón del dominio —ya decadente pero aún ejercido— por la Santa Alianza. Tal

vez no pudo captar el fondo del problema y comprender así que la Francia derrotada seguía siendo el máximo exponente de la Revolución democrático-burguesa. Pero es indudable que –dada su inteligencia alerta– todo aquello repercutió en su intimidad provocando meditaciones que lo llevaron a analizar el sentido de las corrientes políticas en pugna y sus variantes.

Es entonces –a nuestro juicio– cuando el ámbito comienza a crear en su espíritu nuevos estereotipos dinámicos, que van a entrar en pugna con algunos de los que presidieron sus actuaciones anteriores. Pero iba a ser más tarde, al llegar a Barcelona y permanecer allí hasta el 1831, cuando estos nuevos estereotipos se desarrollarían con amplitud, llegando a ejercer sobre su ánimo una función dominante.



José Gabriel García (1834-1910). Padre de nuestra historiografía tradicional.

No es posible adentrarme en ese mundo íntimo sin una incursión más amplia en las realidades y corrientes políticas de la Europa occidental y central de entonces, y fundamentalmente, en las existentes en España. El ya citado señor Del Monte expresa que en Londres, Duarte se sintió asordado por «los rumores del comercio y de la industria fabril; en Francia, por el ruido de las discusiones y a veces de los motines. En España, había visto una nación sin unidad de idioma, de usos, costumbres y legislación: «aquella desmembración histórica malamente incrustada a un todo más bien que restringida por la política, posee únicamente un punto de asimilación... iba a decir que la religión, pero no quiero hacer injuria al dogma católico, diré mejor el fanatismo y la intolerancia». Obedeciendo a su rancio hispanismo, Troncoso Sánchez rechaza estas últimas afirmaciones: a su juicio, parecen «contener elementos objetivos», e indudablemente los contiene, al igual que las relativas a Inglaterra y Francia. Pero el problema es inmaterial: lo que importa es poner al desnudo que toda Europa –incluyendo, por tanto, a España– se sentía entonces agitada por diversas corrientes políticas, y que algunas de éstas influyeron poderosamente en el espíritu del joven viajero, despertando y estimulando el desarrollo de sus nuevos estereotipos dinámicos.

Es evidente que para ello no bastaba una estancia de pocas semanas. José Gabriel García, considerado generalmente como el padre de nuestra historiografía tradicional, estima que su permanencia en Barcelona duró «años» y lo mismo sostiene Del Monte. Si se recuerda que inició el viaje en los finales del 1827 ó en el curso del 1828 –partiendo del dato ofrecido por la renuncia de Pujol– hay

que admitir la corrección de tales afirmaciones, lo que aparece avalado por Rosa Duarte cuando afirma que sus conocimientos de Derechos instaron al licenciado López Umeres y al doctor Montolío a recomendarle –cuando llegó a Caracas; huyendo a la persecución de Herard– que «repasara– lo que había estudiado, (y) que ellos lo presentarían a la Universidad para que lo examinaran y se recibiera de Doctor en Derecho». Ocioso es decir que tales conocimientos jurídicos requerían varios años de estudio. Pese a estos datos, en su fantástica novela, Troncoso Sánchez afirma que «su ausencia en el exterior no fue tan larga como él y sus padres lo propusieron. Pasado un año en el extranjero, su creciente deseo de regresar lo movió a considerar que era suficiente lo aprendido en la capital catalana, y así se lo comunicó a su tutor... Su ambición no era ya tanta la de cultivar su espíritu como la de dedicarse en cuerpo y alma a la redención de su pueblo».

De este criterio se infiere que los contenidos del ideario del prócer brotaron de su hontanar anímico casi por generación espontánea, pues no era posible que en pocos meses las nuevas corrientes políticas –algunas de las cuales se proyectaban sobre todas las regiones ideológicas– brindaran aquellos contenidos. ¿Cuáles eran estas nuevas corrientes? El romanticismo, el liberalismo, el nacionalismo y el socialismo utópico. Con la excepción de la última, cada una de ellas penetró en su espíritu brindándole las esencias de su actuación futura.

Pero el caso no puede ser estudiado a la ligera, pues tales corrientes, pese a que respondían al común denominador de la libertad, ofrecían contradicciones dialécticas

recíprocas y a menudo internas. Es más: sobre todo el romanticismo y el socialismo evolucionaron de tal modo que en gran parte perdieron mucho de sus concepciones originarias. El ideario de Duarte no estuvo ajeno a dichas contradicciones, lo que me dispongo a exponer someramente de inmediato, a fin de que pueda captarse con facilidad la raíz de algunas de sus actitudes.

Comienzo con el romanticismo... Se trata de un movimiento que sosteniendo la tesis de una libertad individual plenaria, dio primacía a lo afectivo sobre lo racional, y en vez de enfrentarse al futuro haciendo tabla rasa del pasado, exaltó lo tradicional e histórico. Se enfrentó, pues al culto de la Razón, que, en términos generales, dio la tónica al pensamiento de llamado Siglo de las Luces. Asomó, por tanto, con un carácter reaccionario. Y ofreció tres vertientes: una filosófica; otra artística, que dio origen a una amplia literatura y una música nuevas; y otra política, rica en contradicciones. Tales contradicciones se extendieron a la totalidad del movimiento, que en Alemania fue «hasta mitad del siglo», estrictamente conservador; en Italia se abrazó al liberalismo, al igual que en España; en Inglaterra fue liberal y reaccionario; y en Francia, siguiendo las huellas alemanas, tradicionalista y monárquico. Pero después de esa etapa –llamada la del romanticismo histórico– la vertiente política evolucionó por dondequiera hacia el liberalismo, y la burguesía, que sobre todo en Francia había sido hostil al conjunto de la doctrina, la incorporó –al menos parcialmente– a su ideología: El inicio del vuelco lo produjo en París, en el 1830, la representación del drama de Víctor Hugo intitulado *Hernani*. En nuestra América, tal evolución no

hubo apenas de observarse. Como señala Engels, desde temprano hubo allí un «romanticismo y su exaltación amorosa, pero sobre una base burguesa y con fines en último término burgueses». Nos anticipamos, por tanto, a lo que aconteció en Europa en los precisos momentos en que Duarte se encontraba en Barcelona.

Paso ahora al nacionalismo... Entro en el tema señalando que este movimiento estuvo estrechamente enlazado al desarrollo del capitalismo, y por tanto, de la revolución democrático-burguesa. Con razón Lenin sostiene que la época estudiada es la de «la bancarrota del feudalismo y del absolutismo, (y) los movimientos nacionales adquieren por primera vez el carácter de movimientos de masas, incorporando de uno u otro modo a todas las clases de la población a la política». En el fondo, el nacionalismo respondió al afán de liberación de los pueblos sojuzgados por una nación extraña a ellos. Esto explica que el factor precipitante del auge de la doctrina fuera la expansión napoleónica. Lenin expresa al respecto: «Las guerras de la Revolución Francesa comenzaron con guerras nacionales, y lo eran efectivamente. Eran revolucionarias pues tenían como objetivo defender a la gran revolución contra la coalición de las monarquías contra-revolucionarias. Pero cuando Napoleón fundó el Imperio Francés, y avasalló toda una serie de Estados nacionales de Europa... entonces las guerras nacionales francesas se convirtieron en guerras imperialistas, que a su vez dieron origen a guerras de liberación nacional contra el imperialismo francés». Se dio así el caso de que pese a que el movimiento tenía, en última instancia, un origen esencialmente económico –La Revolución Francesa– se

vió, forzado por la dialéctica histórica, a enarbolar la bandera romántica del historicismo. Aquellos Estados sojuzgados tenían, en efecto, su historia, y respondían a rasgos culturales propios. ¡Fue sobre estas realidades que se levantó el nuevo nacionalismo!

El movimiento comenzó a cobrar vida en la lucha del pueblo español contra el dominio napoleónico. Todo el esfuerzo se orientó, en sus inicios, a destruir al invasor y restaurar así la nación. Al acercarse el triunfo, la unidad nacional se vio sacudida por la pugna dialéctica entre los absolutistas y los liberales. Sin embargo, había entre ellos un común denominador de origen romántico: el respeto a la historia, sentimiento que en el orden político se manifestó en el establecimiento de la monarquía. El liberalismo español de entonces, a pesar de que se inspiraba en determinados principios de la Revolución Francesa, no fue republicano. Fernando VII se hizo de nuevo cargo del poder, y después de algunas concesiones a las tendencias liberales, restauró el absolutismo. Luego adivino el paréntesis del «trienio constitucional»; pero el rey, ayudado por campesinos tradicionalistas y la llegada de 90,000 franceses –los célebres «cien mil hijos de San Luis» –restauró una vez más la plenitud de su poder en el 1823, y la plana mayor del liberalismo español –que no constituía una partido político– se vio obligada a emigrar.

No produjo entonces España un hombre que –como Mazzini en Italia– hermanara el nacionalismo con la convicción liberal-republicana y la idea de la «eminente dignidad del pueblo». Claro está: el gran insurgente italiano veía al pueblo como el conjunto de la comunidad,

lo que pone al desnudo su fondo romántico, como también lo hace su tesis de la inseparabilidad de la religión –elemento tradicionalista– y la política.

Me detengo ahora en el liberalismo... Fue éste, indudablemente, la más nítida expresión de la revolución democrático-burguesa en el campo de la política y la economía. Ello ha impulsado a algunos autores a ver en él a «uno de los elementos originarios de la filosofía de la burguesía», cuando más bien se trata de una de sus expresiones ideológicas. La doctrina acusó variantes –derivadas de los países en los cuales logró desarrollarse– y contradicciones. Pero giró alrededor de una idea central: la libertad o las libertades propias de cada ser humano. Hubo así un liberalismo económico –fundado en la tesis del «laissez-faire» y el respeto de la propiedad privada–, que se oponía a toda intervención estatal en la actividad económica de los ciudadanos; un liberalismo político, opuesto al despotismo y del cual surgiría la democracia representativa; y un liberalismo intelectual, que sustentaba la necesidad de la tolerancia y la conciliación. Todo ello fue admirablemente sintetizado por Benjamín Constant al decir que abogaba por «la libertad en todo, en filosofía, en industria, en política; y (que) por libertad entiendo el triunfo de la individualidad, tanto sobre la autoridad que pretende gobernar mediante el despotismo, como sobre las masas que reclaman el derecho de sojuzgar a la minoría. En un conocido texto de *Historia de las Ideas Políticas*, dirigido por Touchard –que al igual que sus colaboradores no puede ser calificado de marxista– se expresa que, dentro de las contradicciones ofrecidas por la doctrina, hállese la siguiente: «Los

liberales consideran, como regla general, que ni al Estado ni a los patronos corresponde mejorar la suerte del obrero. El obrero es el principal responsable de su miseria; corresponde a la beneficencia privada su remedio». En otro párrafo, el texto dice: «Pero en la misma medida en que el liberalismo aparece como la filosofía de la clase burguesa, no asegura más que la libertad de la burguesía, y los no-burgueses, por ejemplo Proudhon, trata de establecer la libertad frente al liberalismo», mediante la aplicación de los patrones del socialismo utópico.

Fue en Francia e Inglaterra donde este tipo de socialismo surgió. En Inglaterra, la figura más destacada del movimiento fue Owen; y en Francia lo fueron Saint-Simón, Fournier, Cabet y Dezamy. En lo que respecta a Proudhon, sus ideas ofrecen una mezcolanza de socialismo utópico y anarquismo, y fueron objeto de una demoledora crítica de Marx.

Naturalmente, la aristocracia aún gobernante en la mayor parte de los países europeos, vio en aquella doctrina –menos en la del romanticismo histórico –un grave peligro...– De esta visión surgió la mencionada Santa Alianza, que se consideró con autoridad para intervenir, mediante la acción armada, allí donde se produjera una sublevación inspirada en una de ellas. Es más: donde dicha aristocracia apenas pudo obtener apoyo en la burguesía, se impuso el férreo absolutismo. Ello obligó a los dirigentes liberales, nacionalistas y socialistas utópicos a recurrir a la organización clandestina o a refugiarse en las Logias Masónicas. Las sociedades de «Carbonarios» que, nacidas en Italia, se extendieron a todos los países meridionales, brindaron el más señero ejemplo



“La Trinitaria”. Óleo inconcluso por Radhamés Mejía Esteves, Colección Instituto Duartiano.

de organización clandestina. Pero España no se quedó atrás... Allí surgieron, obedeciendo al mismo patrón, las sociedades «Los Comuneros», «Los Hijos de Padilla», y «Los Templarios». Todas respondieron, en términos generales, a una estructura celular.

No puedo afirmar que una de éstas naciera con anterioridad a la de los «Carbonarios»; pero es probable que así fuera, pues en España, el romanticismo histórico se convirtió en romanticismo liberal –pese a que conservó rasgos del primero– antes de que tal acontecimiento tuviera lugar en Francia y en Italia. Es más: la guerra nacional española contra Napoleón ha sido considerada por casi todos los historiadores, como el movimiento inicial de «todo proceso revolucionario que... quedará ultimado en la cuarta década del siglo XIX». Este proceso, cargado de múltiples pugnas, condujo, en el 1820, al levantamiento militar de Riego y al ya referido «trienio Constitucional», que puso determinadas «trabas legales al mantenimiento

e incremento de los bienes eclesiásticos», amplió el marco de las libertades públicas, suprimió de nuevo el Tribunal del Santo Oficio y procuró «poner orden» en la hacienda mediante, entre otras cosas, una reforma del sistema monetario. Bien cabe afirmar que España dio entonces la pauta al mundo europeo. Más aún: tuvo tanta importancia el liberalismo español de la época, que pese a que Balzac afirma que la palabra liberal fue lanzada por Madame de Staël y Benjamín Constant, Marx –conocedor a fondo de la historia universal y sobre todo de la de su época– expresa que dicha palabra salió de «España para difundirse por toda Europa».

Duarte llegó a Barcelona en los precisos momentos en que asomaba en el horizonte la consumación de la revolución democrático-burguesa a «escala nacional» y la guerra civil entre los liberales y los absolutistas españoles. José Gabriel García afirma que durante su estancia en aquella ciudad, hizo un recorrido por los Pirineos, y las dificultades que palpó en «los pueblos fronterizos le surgieron... la patriótica idea separatista». Evidentemente, con ello este autor da a entender que mucho más que los insultos a los dominicanos proferidos por el Capitán del barco que lo llevó a Nueva York, fue este recorrido lo que determinó su futura actuación. A lo recién citado, García agrega que, en la gran urbe catalana el futuro prócer encontró «un vasto campo para inspirarse en las doctrinas liberales que sirvieron de origen a la forma de Gobierno del Estatuto Real de 1834».

¿Qué decir de estas citas? Pues bien: la primera es inaceptable, pues no hay un solo documento firmado por Duarte en el cual aparezca la palabra «Separación».

Fue en el Manifiesto del 16 de enero de 1844 donde por primera vez se usó esta palabra... En cuanto a la segunda, es taxativa: no fue en efecto, exclusivamente el liberalismo, sino también el romanticismo y el nacionalismo las doctrinas que influyeron decisivamente en la integración de su ideario. Es más: no hay ningún dato que permita sostener que él se familiarizó con la obra de los enciclopedistas y de los más destacados liberales de su época. Nada revela, por otra parte, que estuviera al tanto de las doctrinas filosóficas entonces en boga. Estas doctrinas apenas habían llegado a España, donde la filosofía seguía obedeciendo a los cánones de la escolástica, y es poco probable que durante su corta permanencia en Inglaterra y Francia, pudiera estudiar las concepciones de un Locke, un Hume, un Condillac y las de los materialistas mecanicistas franceses. Era para entonces demasiado joven y carecía de las bases culturales imprescindibles para dicho estudio.

En lo que respecta a la visión del hombre y su historia, hay que admitir que la corriente que más influyó en él fue la del romanticismo. Para la captación de éste lo preparaban sus iniciales estereotipos dinámicos y la evidente primacía que en su psiquismo tenía lo afectivo. Es más: esta primacía explica –al menos parcialmente– que se solidarizara con la concepción de la libertad individual propugnada por el liberalismo.

Profundizo –dada su importancia– en lo uno y lo otro.

En lo concerniente al romanticismo, ya dije que acusó una evolución. En su primera fase, «fue un elemento de choque contra el racionalismo de la Enciclopedia, y en

este sentido constituyó una de las plataformas ideológicas de la Restauración. Muchos de los liberales veían en esa corriente una actitud espiritual aliada de la Santa Alianza y la política contrarrevolucionaria de Metternich. Pero en su fase final, marchó al lado del liberalismo». ¿Por qué? Según el historiador Vicens Vives, porque ponderó en demasía lo irracional y lo individual, la revuelta del espíritu contra toda norma; cayó, en definitiva, en una disgregación caótica de los valores clásicos, de la misma manera que lo liberal hendía los bloques aún resistentes de la tradición». De hecho, si el primero se disgrega y anarquiza en virtud de que su irracionalismo le impide señalar metas concretas, el segundo aboga por la liquidación de las viejas convenciones sociales y, simultáneamente, por el nacimiento de un nuevo orden, bajo la égida de la burguesía. Pero insisto en que entre ambos hay —en la esfera estrictamente teórica— un punto central común: el postulado de la libertad, del cual surgirá «el regionalismo, y aún el nacionalismo literario, precursor del nacionalismo político de la época posterior». El romanticismo inicial, reaccionario y tradicionalista, desemboca así en un nacionalismo que se fundamenta en el «espíritu» de cada pueblo (Volkgeist), cuya existencia «se manifiesta en su lengua, en su cultura, en su historia, en las costumbres». Schlegel, convirtiéndose en el portavoz literario y filosófico del movimiento, llega a ver en la poesía romántica «un mundo en sí» derivado del «principio fichteano de lo infinito», y lanza la tesis de que en Europa hay cinco culturas nacionales de categoría excepcional de las cuales dos son «esencialmente clásicas» porque clásico es el genio nacional de los pueblos que las crearon (Francia e

Italia), y tres culturas «románticas» (Alemania, Inglaterra y España). Tal concepción, carente indudablemente de asidero, pero que pretende basarse en la historia, repercute en la península hispánica, donde es introducida por Juan Nicolás Bohr de Faber, despertando en sus primeros líricos románticos el sentimiento de la nacionalidad, al cual las masas populares ya habían obedecido cuando se lanzaron a la guerra contra la invasión Napoleónica. Pero aconteció que al dársele a este sentimiento –que se proyectó a lo racional produciendo la revalorización del Siglo de Oro– una determinada orientación, correspondió al liberalismo brindada, lo que a las claras negó el irracionalismo propio de aquella corriente. A la postre, el culto de la tradición fue reemplazado por el afán de progreso, en base al nacionalismo cultural sobre el cual las nuevas nacionalidades habrían de levantarse.

¡Nada pudo ofrecer una mayor prueba de la dialéctica histórica: el romanticismo –que dio primacía al sentimiento– llevaba en su seno a su contrario: el fervor por la razón! Naturalmente, el recién citado nacionalismo dio origen a empeños separatistas: comunidades pequeñas, pero culturalmente homogéneas, se consideraron con los mismos derechos a la vida política independiente que las grandes naciones. Ello tiende a explicar las desigualdades que ofrecieron aquellos empeños. En efecto, mientras en Italia los nacionalistas se inspiraron en el romanticismo liberal, en los Balcanes y en Cataluña obedecieron fundamentalmente al romanticismo histórico. Las ideas de Schlegel se difundieron rápidamente en Barcelona, y el novelista Walter Scott –defensor del historicismo– devino allí el ídolo de los jóvenes intelectuales románticos,

que se expresaron en determinadas revistas, como «El Europeo» y «El Vapor». Luego, muchos de estos jóvenes evolucionaron hacia el romanticismo liberal. Pero el auge de este último fue efímero: los hermanos Milá y Fontanals se impusieron sobre el liberalismo en auge arrastrando a casi todos los románticos más destacados con la mística del «Resurgimiento Catalán».

Cuando esto sucedió, ya Duarte había partido de Cataluña. Pero Rodríguez Demorizi tiene razón al insistir en el impacto que en su ánimo provocó el romanticismo. Es más: de su estudio al respecto se infiere que fue el romanticismo liberal el que más contribuyó a brindar los elementos románticos de su ideario. No me parece que este criterio sea acertado. Es cierto que las poesías de Duarte –pobres, por lo común, en hechos poéticos– acusan marcadas influencias de los poetas románticos españoles de aquella época. Empero, la historia enseña que no puede ser vista como una regla la identificación del romanticismo literario con el liberalismo. Touchard y sus colaboradores dicen al respecto: «No hay que confundir el romanticismo con los escritores románticos», máxime cuando dicha corriente acusó –como se ha visto– una importante evolución, especialmente en su vertiente política. Valgan estos ejemplos: en Alemania, Holderling y Novalis fueron románticos tradicionalistas –o históricos; en Inglaterra, también lo fueron Coleridge y Young; y en España, Mariano José de Larra y Martínez de la Rosa. El propio Duque de Rivas –a quien Rodríguez Demorizi menciona– escribió el drama «La conjuración de Venecia», obedeciendo a los cánones románticos historicistas. En cuanto a Espronceda, el caso es distinto: perteneció a

una nueva generación, y fue un romántico liberal tanto en la literatura como en la praxis.

Debe tenerse en cuenta, por otra parte, que el romanticismo histórico, al exaltar el sentimiento colocándolo por encima de la razón, propició la apología de lo religioso. Tal fue el caso del alemán Schleiermacher, quien llegó a afirmar que «las diversas religiones se justifican todas, porque todas en conjunto constituyen la religión infinita». Por ventura, tan absurda tesis fue luego sometida a una severa y destructora crítica por Feuerbach y Marx.

Ya se dijo que en Duarte, entre sus estereotipos dinámicos iniciales se encontraba el religioso. Y cierto es que éste no fue suplantado por el que originó su adhesión al liberalismo. Prueba de ello es que, habiendo sido víctima de la expatriación por obra de la reacción colonialista que se impuso cuando Santana surgió como mandón supremo de la recién nacida República, el Pbro. San Gervi, después de haberle dado clases de «historia sagrada», quiso que se dedicara a la Iglesia, proposición que el otro rechazó porque «los asuntos de mi patria que esperaba concluir, me impedían tomar estado». Había en éste, por tanto, un auténtico fervor católico, que, por cierto, se tradujo en la constante lealtad a los principios evangélicos, lo que obliga a decir que mucho más que católico, se sentía cristiano y que este sentimiento influyó en su postura espiritualista.

La fuerza que en él tuvo el romanticismo histórico aparece además, en otros hechos, a los cuales me referiré de inmediato.

Cuando regresó al país, declaró que lo que más lo había impresionado durante su estancia en Europa fueron

«los fueros y libertades de Barcelona». Pues bien: se trata de conquistas logradas por Cataluña durante el medioevo, y que los «carlistas» –muerto ya Fernando VII– defendieron, al igual que hicieron con la monarquía y la religión católica. Historiadores contemporáneos precisan, refiriéndose a este punto, que en la guerra civil desatada por el «carlismo» entonces, sus consignas básicas fueron: «Dios, Patria, Rey, Fueros», principios político-religiosos de tipo tradicionalista que las masas campesinas sustentaban con fervor. Al fundar «La Trinitaria», Duarte hizo uso de los dos primeros en calidad de lema, agregando los de libertad y República Dominicana. Evidentemente, el agregado era un producto del romanticismo liberal que él también sustentaba, pero el hecho de que apareciera junto a los otros demuestra que el lema respondió tanto a este último como al romanticismo histórico. Voy más lejos: estimo que lo que más contribuyó a que en su mente surgiera la idea de la nueva República fue precisamente el tipo de romanticismo recién citado.

Demostrar esta afirmación me obliga a incursionar una vez más en la historia europea y americana, e inicio la incursión señalando que si bien el nacionalismo surgió en la época del Renacimiento, encontró un vibrante eco en la Reforma y permaneció en latencia hasta la emancipación norteamericana, fue a raíz de la Revolución Francesa cuando comenzó a cobrar vigor y

Cuando regresó al país, declaró que lo que más lo había impresionado durante su estancia en Europa fueron «los fueros y libertades de Barcelona»

a extenderse. Al proclamar los Derechos del Hombre y del Ciudadano, el trascendental suceso despertó el afán de liberación de los pueblos oprimidos, y dio así origen la rebelión de los esclavos en Haití y a la ulterior creación del nuevo Estado haitiano. Es más: influyó –al igual que la emancipación norteamericana– en las guerras de Liberación Nacional de nuestra América. Reitero, sin embargo, algo ya dicho: fue la expansión napoleónica en Europa lo que dio auge al movimiento. Los pueblos subyugados por Napoleón despertaron... Duarte siente los vagidos de este despertar, y pensando en su tierra, se da cuenta –y así se lo dice poco tiempo después de su regreso al país, a José María Serra– que «entre los dominicanos y los haitianos no es posible una fusión». ¿Qué lo lleva a esta conclusión tan categórica? Sobre todo el concepto de que ambos pueblos responden a culturas diferentes, de que en cada uno de ellos late un «espíritu» peculiar, que hacía imposible una simbiosis, ¡Ocioso es decir que el concepto respondía al romanticismo histórico!

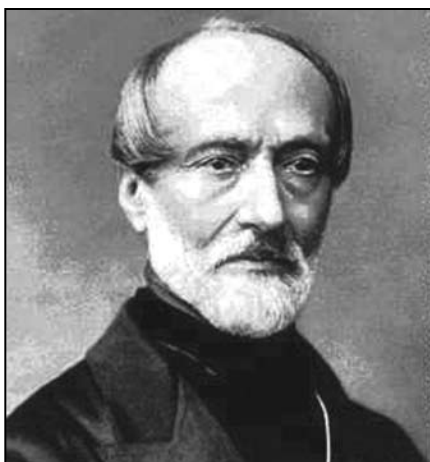
Convertido en un nacionalista radical, se lanza a propagar esta doctrina... Pero –punto de sumo interés– tal radicalismo no implica *chauvinismo*... Llegó a decir: «Yo admiro al pueblo haitiano desde el momento en que, recorriendo las páginas de su historia, lo encuentro luchando desesperadamente contra poderes excesivamente superiores y veo cómo los vence y cómo sale de la triste condición de esclavo para convertirse en nación libre e independiente. Lo reconozco poseedor de dos virtudes eminentes; el amor a la libertad y el valor»... Su nacionalismo no revela, pues, anti-haitianismo: sólo sustenta el derecho de nuestro pueblo a constituirse en nación

libre e independiente, pues poseía, por naturaleza, las condiciones para ello.

Es incontrovertible que de la prédica de ese nacionalismo radical nació nuestra República. El haberlo sentido y predicado constituye, pues, la mayor gloria del prócer. Pero esta gloria es reafirmada por la esencia de dicho nacionalismo y las dificultades que él encontró para su difusión. Dada su importancia, debo detenerme en ambos puntos, a reserva de volver sobre algunos de sus aspectos.

Lo primero sobre lo cual considero imprescindible insistir es en el contenido republicano-liberal que incorpora a la tesis. No se trataba, por tanto, de un nacionalismo monárquico, que era el que más en boga se hallaba entonces en Europa. Además, —obedeciendo a los principios de la Revolución Francesa antes de ser traicionada por Napoleón— se fundamentaba en la confianza en el pueblo, visto éste como una totalidad indivisa cuyo atributo básico e inalienable es la soberanía. Duarte hizo así suyo el concepto de que —como afirma Kohn «la patria es superior a los reyes y a los magistrados, comprende a todas las clases sociales, a toda clase de gente, al rico y al pobre, tanto al grande y al famoso como a la multitud desconocida, a los fieles de todas las religiones y sectas» y, por tanto, a los hombres de todas las razas que en su suelo conviven. Es indudable que fue en Europa, a raíz de la Revolución Francesa, donde esta idea —de la Patria— alcanzó difusión, y si bien es cierto que en nuestra América eminentes figuras de la guerra emancipadora la hicieron suya, en la mayor parte de las naciones nacidas de esta guerra fue imposible materializarla, pues al igual

que en los Estados Unidos, en muchas de ellas persistió durante largo tiempo la lacra de la esclavitud. Es más: no me parece que el pensamiento de aquellas figuras ejerciera una marcada influencia sobre el de Duarte, pues en la época en que éste dio concreción a su ideario, es



Giuseppe Mazzini. Contribuyó a definir el movimiento europeo en pro de una democracia popular en un estado republicano.

poco probable que tuviera noticias precisas de los ideales que alentaron los creadores de las naciones frateras, en plena infancia entonces. Estimo, por tanto, que mayor fuerza tuvieron en la aludida concreción, determinados prohombres del nacionalismo y el romanticismo liberal europeo. Y me inclino a creer que entre éstos, el que más gravitó sobre su espíritu fue Mazzini.

¿Por qué sustento esa creencia? Porque el análisis del pensamiento político-social del uno y del otro revela casi una identificación. Ambos no concebían la lucha de clases y consideraban que en sus respectivos pueblos latía un afán de libertad y de progreso. Es más: recogieron y alentaron principios tanto del romanticismo histórico como del romanticismo liberal. Y fueron nacionalistas integrales. Más aún: impulsados por el más puro ensueño, tuvieron fe —siguiendo las huellas de Rousseau—, en la bondad ingénita del hombre... Este humanitarismo llevó a Duarte a enfrentarse a los remanentes del prejuicio racial;

declaró –según afirma su hermana Rosa– que «la unidad de raza» constituía «uno de los principios fundamentales de nuestra asociación política». Su concepción política tuvo, pues, en cuenta nuestra realidad demográfica, pero chocaba al mismo tiempo con la posición asumida al respecto por nuestra burguesía, clase social de la cual él aún formaba parte. En efecto, pese al duro golpe que el dominio haitiano infligió al referido prejuicio, esta clase seguía manteniéndolo en su intimidad. Es más: pese a que ella se colocó, en términos generales, al lado del dominador y medró a su sombra, su máxima aspiración fue siempre convertir al país, una vez más, en colonia –de una gran potencia–. La preferida era España. Pero si otra se anticipaba en el respaldo al propósito, no había reparos para iniciar con ella las correspondientes gestiones y llegar a un concierto. En suma: el colonialismo era la tesis sustentada por la burguesía criolla como único camino para liberarse del dominio de la nación vecina.

Hay bases suficientes para sostener que la labor realizada por el Pbro. peruano Gaspar Hernández –quien llegó al país en el 1839– contribuyó a reafirmar este colonialismo en los burgueses que escuchaban sus prédicas. Desgraciadamente, la historiografía tradicional y la novelística duartiana se han empeñado en presentar a este clérigo –que fue un defensor fanático de la religión católica y de la monarquía absolutista española– como un abanderado del ideal independentista y como uno de los «maestros» que más contribuyó a afianzarlo en el espíritu de Duarte y de otros trinitarios. Félix María Del Monte –quien confiesa que debió a dicho cura cavernícola «sus primeras y más notables aspiraciones»– lo presenta

como un profesor «liberal y patriota» que discurría ante sus alumnos «sobre los derechos imprescindibles del hombre, sobre el origen del poder en las sociedades, sobre las formas de gobierno, sobre la índole de las Constituciones, sobre el sufragio de los pueblos, sobre el principio legítimo de la autoridad»...

A su vez, Joaquín Balaguer, en su obra ya citada, afirma que el personaje de marras fue «un activo animador de la idea separatista». Y Pedro Troncoso Sánchez, en su novela también ya citada, llega a decir que Hernández, después de escuchar una fervorosa apología de la independencia hecha por Duarte, respondió: «Aquí me quedará por siempre a compartir vuestra lucha».

Todo esto es una clara distorsión de la Historia; y la mejor prueba de ello la ofrece el propio clérigo en su obra «Derechos y Prerrogativas del Papa y de la Iglesia», publicada en el 1853. En ella afirma, entre otras cosas, lo siguiente:

Ojalá que los hombres emplearan su tiempo en las Américas en estudiar y conocer bien su religión, y no en leer obras impías y revolucionarias... Entonces compararían el tiempo presente con el año de 1810; recordarían lo que fueron y lo que hoy son: y de esta comparación inevitable, productora sin duda de nuevos y más arreglados deseos, resultaría a vista de tanto infortunio, el anhelo de depender más bien de su antigua Metrópoli, antes que experimentar tantas y tan repetidas oscilaciones políticas con daño y detrimento de toda la sociedad.

Y al referirse a los abanderados de la independencia, los

sofistas llenos de ideas revolucionarias contra el altar, contra los Reyes, y contra toda autoridad...

expresa:

De estas plagas están libres los gobiernos monárquicos absolutos o moderados, los que aseguran garantías; y no los democráticos de la América Española, que prometen mucho y nada cumplen; al contrario, destruyen libertad y derechos sociales.

Bastan estas citas para poner al desnudo lo que fue entonces la prédica de este cuya cabeza era una inagotable cantera de delirios oscurantistas. ¡Y para comprender cómo estos delirios debieron influir en el colonialismo de nuestra burguesía, clase social sobre la cual cae la responsabilidad de la anexión a España y de las desventuras del Padre de la Patria, a los pocos meses de nacida! Claro está: no pudo éste prever tales desventuras. Su romanticismo le hacía ver en cada dominicano a un auténtico patriota y, por tanto, a un celoso colaborador de su empeño; abstracciones brotadas exclusivamente del sentimiento le impedían captar las corrientes en pugna en el país y sus orígenes económico-sociales. A diferencia de Martí, tuvo escasa visión de lo concreto. El Apóstol cubano fue –y así lo he afirmado en otra parte– un espiritualista realista. Duarte, en cambio, vivió y murió dominado por el espiritualismo. Evidentemente, no tuvo el genio del otro. Vivieron, además, en épocas distintas. Pero hay que reconocer que ambos se destacaron por la firma lealtad a los nobles ideales que sustentaron y la inmaculada pureza de sus vidas.

Siempre se ha dicho que en Duarte había un trasfondo místico. Y Balaguer y en parte Troncoso Sánchez, –cuyas trayectorias públicas durante el trujillato obliga a ver en ellos a señeros exponentes del anti-duartismo– lo han

divinizado. Estimo –y así lo expresé en uno de mis libros– que ese trasfondo existió y brindó una base genética a su religiosidad y a su concepción providencialista de la vida. Pero no se consagró, como los auténticos místicos, al culto de las cosas llamadas «divinas». Bien visto el punto, si en el lema de la proyectada República figura en primer término la palabra «Dios», fueron los conceptos de «Patria» y «Libertad» –los que dieron el sentido y la tónica a sus actividades. En efecto, la creación y consolidación de la patria –propósito que revelaba un profundo amor a su pueblo –fue su máximo empeño–. «Por desesperada que sea la causa de mi Patria –dijo– siempre será la causa del honor y siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre». Ello explica su oposición radical al «bando traidor y parricida» que la había entregado a España y que, después de la Restauración, se la ofreció, por unas miseras monedas, a los Estados Unidos. Jamás tuvo su patriotismo la menor flaqueza o un ínfimo desvío. Vió un enemigo en todo aquel que tendiera a «menoscabar en lo más mínimo nuestra Independencia Nacional y a cercenar nuestro territorio o cualquiera de los derechos del Pueblo Dominicano».

Estos derechos aparecen consignados en el proyecto de Constitución que escribió y el cual pasó, incompleto, a la posteridad. Fue redactado en las semanas siguientes al nacimiento de la República: así lo prueba el Artículo 6º; en el cual se dice que ésta fue proclamada el 27 de febrero de 1844; y es en su contenido donde más se manifiesta el liberalismo del autor. Para entonces, el triunfo de esta corriente política sustentada por la burguesía «progresista» de otros países, apuntaba en la Europa occidental y devino

un hecho con el movimiento revolucionario del 1848. Quedó así consolidada en dichos países la revolución democrático-burguesa y esta consolidación sirvió de base al desarrollo del imperialismo. Los vaivenes iniciales del proceso –que tuvo su punto de partida en Francia– Marx los describió magistralmente en su obra *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Además, historiadores no marxistas –como Hauser, Maurain, Benaerts y L’ Huillier– han dedicado importantes obras al estudio de dicho proceso, que apenas tuvo repercusión en nuestra América. Esto último es explicable: el liberalismo se impuso en los países capitalistas que habían alcanzado la etapa indus-

trial, hecho que apenas se dio en los nuestros, lo que evidentemente confirmaba la ley del desarrollo desigual del capitalismo.

Cuando luchaba por la creación de la República, el romanticismo de Duarte le impidió darse cuenta de que nuestra burguesía, en vez de haberse solidarizado con el liberalismo –y, por tanto, con el afán de progreso técnico– sustentaba la tesis colonialista, que era entonces el



Duarte regresa al país. Duarte en los Dibujos de Allosa 1944, del libro *Historia gráfica de la República Dominicana* de José Ramón Estella.

exponente máximo de la reacción política. Puesto que dicha tesis traducía una concepción antipatriótica, Duarte chocó con su propia clase social, y pese a que la primera Constitución de la República, votada en noviembre de 1844, recoge principios que aparecen en el proyecto que él hubo de redactar, bien, se sabe que los hechos ulteriores dieron un constante mentís a tales principios.

Considero importante detenerme en algunos puntos del mencionado proyecto.

En su Artículo 6º; –ya parcialmente citado– expresa que «siendo la Independencia Nacional la fuente y garantía de las libertades patrias, la Ley Suprema del Pueblo Dominicano es y será siempre su existencia política como nación libre e independiente de toda dominación, protectorado, intervención e influencia extranjera»... Tal Artículo traduce un nacionalismo intransigente y opuesto, por tanto, a cualquier concesión colonialista. Este anticolonialismo aparece con mayor énfasis en el Artículo 18º, cuyo texto afirma: «La nación dominicana es libre e independiente, y no es ni puede ser jamás parte integrante de ninguna otra potencia, ni el patrimonio de familia ni persona alguna propia ni mucho menos extraña».

Por otra parte, en el Artículo 21º el autor afirma que «son dominicanos los que obtienen esta cualidad o por nacimiento o por haber obtenido del Gobierno cédula de nacionalidad con arreglo a la ley». Ello implica, evidentemente, la exclusión de la esclavitud y de toda diferencia jurídica basada en el prejuicio racial. Además, un Artículo no numerado establece el sistema «republicano» de gobierno, y señala que este último «es y deberá ser siempre

popular en cuanto a su origen, electivo en cuanto al modo de organizarle, representativo en cuanto al sistema, y... responsable en cuanto a sus actos». Podría decirse que estos; conceptos aparecían consignados en Constituciones de otros países y que la Constitución norteamericana de Filadelfia había trazado al respecto la pauta. Sin embargo, importa destacar esta última, –al ratificar el Artículo 4º del Acta de Confederación– Artículo que limitó el ejercicio de los derechos humanos a «los habitantes libres de cada uno de los Estados», aprobó tácitamente la institución de la esclavitud, razón por la cual la «democracia» que existió allí hasta el fin de la guerra de Secesión, se asemejó –tomando en cuenta las diferencias de épocas– a la que imperó en determinadas *polis* de la Grecia antigua. En consecuencia, al fijar Duarte en su proyecto los aludidos conceptos, dio un importante paso de avance que implicaba el reconocimiento del sufragio universal.

El punto segundo del Artículo 13º; bis expresa lo siguiente: «Todo poder dominicano está y deberá estar siempre limitado por la ley, y ésta por la justicia, la cual consiste en dar a cada uno lo que en derecho le pertenezca». En su citado ensayo, licenciado Salazar lo encomia diciendo que en este texto «no se enuncia únicamente un postulado jurídico de cuestionable [¿incuestionable? J.G.] aplicación en el mundo de la realidad, sino que contiene, por encima de eso, un principio de convivencia que no se funda en abstracciones ni deficiencias históricas, sino, antes bien, en verdades concretas, efectivas, mensurables y negociables». Fundamenta el autor tales afirmaciones en el principio de que no existe «ningún valor más elevado que la justicia, para fundar en él el criterio de la

validez de la ley». No voy a entrar en disquisiciones sobre el tema... Me limito a decir que el postulado jurídico a que el licenciado Salazar se refiere es, dentro del Derecho burgués, una insólita mentira y que el «principio de convivencia» que él deriva del texto constituye una típica abstracción cuya supuesta verdad aparece negada por la naturaleza del sistema capitalista, que el aludido Derecho consagra. A mi entender, Duarte expresó en este caso un juicio filosófico que cae dentro del campo del deber-ser, pues da por sentadas la inexistencia de las clases sociales y del afán de poder y lucro de las clases dominantes. Estimo que expuso ese juicio impulsado por su fervor romántico, que lo hacía ver en cada hombre una cantera de bien y un cotidiano exponente de pureza.

Pero hay algo más: contrastando con las disposiciones a que acabo de referirme, el aludido proyecto consigna que «la religión predominante en el Estado deberá ser siempre la Católica, Apostólica, sin perjuicio de la libertad de conciencia y tolerancia de cultos», lo que indudablemente revela que pese a la riqueza de pensamientos liberales contenidos en el documento, Duarte no había podido liberarse –pese a que visitó países protestantes– de todos sus estereotipos dinámicos iniciales y sustantivos. Acentúa su determinación al respecto fijando, en el Artículo 23º; el ordenamiento de lo eclesiástico, con lo cual daba a entender que veía en la Iglesia Católica una institución estrechamente vinculada al Estado. En el ámbito de libre-pensadores existente para entonces en nuestra América –tal como lo confirman las citas del Pbro. Hernández– es evidente que aquello constituía un lastre tradicionalista repudiante.



Juan Isidro Pérez

Pedro Alejandrino Pina

Pero insisto en que tales fallas tenían su origen, fundamentalmente, en la heterogeneidad y relativa unilateralidad de la formación intelectual del Prócer. Su visión de la realidad político-social de la época era la que sustentaban casi todos los grandes románticos, en quienes latía, pese al reaccionarismo de los primeros tiempos, pureza de actuación y ansias de bien común. Por eso, el hecho de que Duarte se solidariza con ellos, de ningún modo desmedra su gloria.

De todos modos, tal visión era falsa. Es más: chocó con el colonialismo burgués, y del choque surgieron sus mayores tribulaciones. Salvo el de la creación de la patria, sus demás propósitos se frustraron... La respuesta a sus nobles afanes y sacrificios fue el destierro. Y con éste, el más hondo dolor, la ruina. Declarado traidor a la patria, sólo dos de los antiguos compañeros –Juan Isidro Pérez y Pedro Alejandrino Pina– siguieron manifestándole amor y lealtad. ¿Valía acaso la pena emprender, en tales condiciones una lucha? ¡No! Hubiera sido un suicidio.

Prefirió esperar. Y como buen romántico, buscó un momentáneo consuelo en la naturaleza agreste. ¡Pero no renunció a su ideario! Y cuando llegó la hora de poder servirle de nuevo a la patria, entonces mortalmente herida por la anexión a España, regresó a ella. Pese a su edad avanzada y a los padecimientos físicos de que era víctima, quiso dar su vida en la contienda restauradora. Pero su requerimiento no encontró en el gobierno de armas la acogida por él esperada... Aceptó entonces una misión patriótica en el exterior. Y desde allí, cuando no había aún terminado aquella guerra desigual –pues era entre un gigante y un pigmeo– escribió a Félix María Del Monte, de cuya deslealtad al ideal trinitario probablemente no había tenido noticias, una carta histórica en la cual lanza duros dictiones contra los traidores a la patria, y, no obstante su desgarramiento anímico, reitera su fe en la providencia.

En la misiva se pregunta: «¿Qué más se quiere del patriota? ¿Se quiere que muera lejos de su patria, él, que no pensó sino en rescatarla?... Pues no, no... El buen dominicano tiene hambre y sed de justicia ha largo tiempo, y si el mundo se la negare, Dios, que es la suma bondad, sabrá hacerla cumplida y no muy dilatado, y entonces, ¡ay de los que tuvieron oídos para oír y no oyeron, de los que tuvieron ojos para ver y no vieron... la eternidad de nuestra idea! Porque ellos habrán de oír y habrán de ver entonces lo que no hubieran querido oír ni ver jamás!».

Con tales palabras habló, evidentemente, su trasfondo místico. Pero hay en ellas algo significativo: el prócer habla de buenos y malos dominicanos. La carta, fechada el 2 de mayo de 1865, reitera así conceptos que semanas

antes había emitido en la que dirigió a Manuel Rodríguez Objío, a la sazón Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Restaurador. En ésta decía: «En Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera, y una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra esta ley, contra este querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos adueñarse de la situación... esa facción o mejor diremos esa facción ha sido, es y será siempre todo menos dominicana». Juzgaba, pues, la dominicanidad, en base al sentimiento patriótico. En consecuencia, quienes pertenecían a aquella «facción» o «fracción», eran miembros de «un bando traidor y parricida,... que no tienen, ni merecen otra patria sino el fango de su miserable abyección». La carta se destaca —como se ve— por la categoría reafirmación de su anticolonialismo. Dice además en ella; «Si me pronuncié dominicano independiente desde el 16 de julio de 1838, cuando los nombres de Patria, Libertad, Honor Nacional [no habla de Separación. J.G.] se hallaban proscritos como palabras infames;... si después en el año 44 me pronuncié contra el protectorado francés decidido por esos facciosos y cesión a esta Potencia de la Península de Samaná, mereciendo por ello todos los males que sobre mí han llovido; si después de veinte años de ausencia he vuelto espontáneamente a mi Patria a protestar con las armas en la mano contra la Anexión a España, llevada a cabo a despecho del voto nacional por la superchería de ese bando... no es de esperarse que yo deje de protestar (y conmigo todo buen dominicano) cual protesto y protestaré siempre, no digo tan sólo

contra la anexión de mi Patria a los Estados Unidos, sino a cualquiera otra potencia de la tierra, y al mismo tiempo contra cualquier tratado que tienda a menoscabar en lo más mínimo, nuestra independencia Nacional y cercenar nuestro territorio o cualquiera de los derechos del pueblo dominicano».

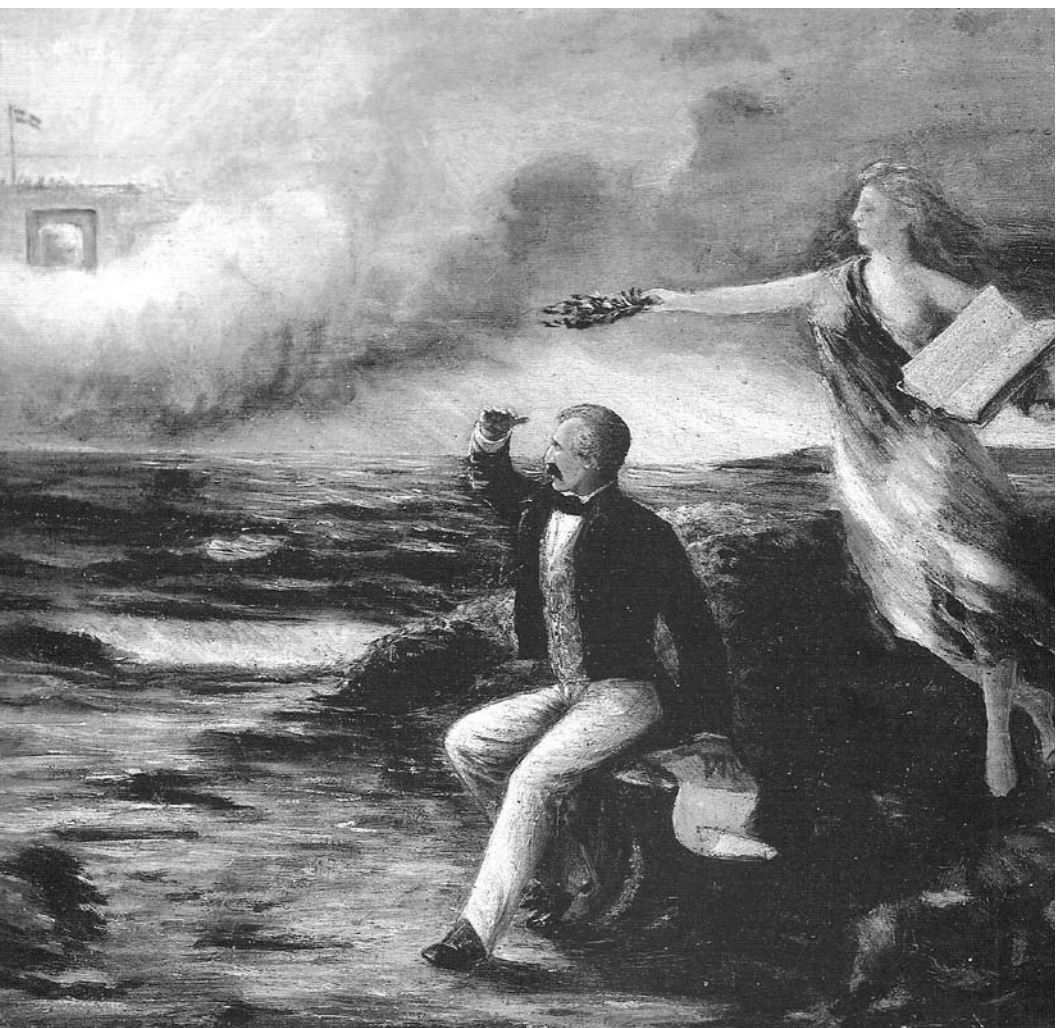
De estas afirmaciones se infiere que su concepción romántica sobre la bondad ingénita del hombre se sintió golpeada tan pronto él inició su lucha por la Independencia Nacional, y que al regresar al país, ya nacida la República, y ser luego víctima de aquel «bando traidor y parricida», renunció a dicha concepción. Claro está: su formación intelectual le impedía comprender que aquel «bando» estaba integrado fundamentalmente por burgueses cuyo colonialismo se sirvió de la palabra «Separación» para alcanzar sus proditorios fines.

Es sabido que al finalizar la guerra restauradora, su misión en el exterior terminó. ¿Quiso entonces regresar al país? Semanas antes de producirse la desocupación española, alentó indudablemente el propósito, pues en la citada carta al tráfuga Del Monte le dice: «Esta situación, aunque no lo parezca, es violenta y no promete un desenlace tan suave y natural como lo esperan los necios que representan en esta comedia... Y mientras... se agita y bulle el malo, ¿qué hace el bueno? Se estará quedo... Sería un crimen del cual se nos podría acusar ante la Historia, a nosotros... los individuos de la Sociedad Filantrópica. Félix, no hay reposo ya para nosotros sino en la tumba, y que pues el amor a la patria nos hizo contraer compromisos sagrados para con la generación venidera, necesario es cumplirlos o renunciar a la idea

de aparecer ante el tribunal de la Historia con el honor de hombres libres, fieles y perseverantes».

¿Por qué no cumplió ese compromiso? Porque prematuramente envejecido y con la salud en quiebra, volvió a sentirse totalmente solo... ¡Y con el ánimo terriblemente abatido por la dolorosa evolución de los acontecimientos nacionales! Báez, el exmariscal español, había trastornado «el juicio del pueblo» y a su lado se arremolinaba, gozosa, la burguesía anexionista. El propio Del Monte se incorporó, una vez más, a su carrera de infamias. Y pese a que cuando escribió a éste la referida carta, el Apóstol pensaba que «Dios ha de concederme bastante fortaleza para no descender a la tumba sin dejar a mi Patria libre, independiente y triunfante», la vida fue gradualmente desvaneciendo este pensamiento... Hay, sin embargo, testimonio de que nunca cayó en un total derrotismo. Pues pese a que llegó a la conclusión de que su hora había pasado, confió en el porvenir, pues «todo es providencial... y los providencialistas son los que salvarán la Patria del infierno a que la tienen condenada los ateos, cosmopolitas (?) orcopolitas». Claro está: tales palabras, nacidas de su religiosidad, carecen de sentido. Pero eran una expresión de confianza en el triunfo final del alto propósito a que consagró su vida.

Cierto es que su ideario no contiene reivindicaciones sociales. A diferencia de Bolívar, que en su Decreto de Trujillo, promulgado en 1824, quiso proteger a «los indios del Perú y reordenar allí el sistema de la propiedad agraria», ó de Morelos, que se lanzó a la lucha por la emancipación mexicana para llevar a justicia a las grandes masas desposeídas o hambrientas; o de Artigas, que



Sueño de Duarte por Luis Desangles Sibilly, 1892.

decretó la expropiación de las tierras de «los malos europeos y peores americanos», Duarte elaboró su proyecto de Constitución en base a la visión ideal del hombre que impulsaba entonces sus actuaciones. Es más: de cuanto abrazó su ideario lo único que cobró vida –menguada, precaria y varias veces traicionada– fue la Patria.

¿Queda algo en pié de ese ideario? La respuesta se halla en relación directa con las realidades político-sociales del mundo de hoy y la neo-colonia dentro de la cual vivimos... El romanticismo fue sepultado por la Historia: de él sólo queda el recuerdo; y –como afirma Grouzet– en todas partes «se acentúa el retroceso del liberalismo y se amplían las atribuciones del Poder Ejecutivo». Más aún: la crisis actual del capitalismo ha hecho añicos los sueños de los neo-liberales. Pero el capitalismo no se suicida... Amenazado de muerte, ha acentuado, con el apoyo de las burguesías de los países neo-coloniales, su derivación imperialista. Nuestra República, al igual que las demás neo-colonias, es víctima de dicha actuación. Frente a esta tragedia no hay otro camino que luchar a brazo partido por la Liberación Nacional, como primer paso hacia el establecimiento de una Patria Socialista. Ello hace ver que del ideario de Duarte algo tiene aún vigencia: su nacionalismo radical, su anticolonialismo. ¡Pregonémoslo con fervor, convirtámoslo en bandera de la lucha inmediata! Procedamos así conscientes de que los errores del insigne Prócer respondieron a su momento histórico y de que la pureza de su vida brinda ejemplo a los que hoy riegan la simiente de futuro.

— Bibliografía —

- Alberto L. Merani. *El despertar de la inteligencia*.
- Alcides García Lluberes. *Duarte y otros temas*. Colección Peuples et Civilisations. Tomo XVII.
- Carlos Marx. *El brumari o de Luis Bonaparte*.
- Carlos Max y Federico Engels. *Materiales para la historia de América Latina*.
- Educardo Galeano. *Las venas abiertas de América Latina*.
- Félix María Del Monte. *Reflexiones históricas de Santo Domingo* Citada in extenso por Alcides García Lluberes. Obra citada.
- Gaspar Hernández. *Derechos y prerrogativas del Papa y de la Iglesia*.
- Guido Despradel Batista. *Duarte y el aporte de la familia Duarte Diez a la independencia dominicana*.
- H. Kohn. *Historia del Nacionalismo*.
- I. P. Pavlov. *Typologie et pathologie de l'active nerveuse superieure*.
- Joaquín Balaguer. *El Cristo de la libertad*.
- Joaquín E. Salazar. «Reflexión sobre el pensamiento político de Duarte» (*Boletín del Instituto Duarteiano*, año IV, No. 8, enero-diciembre 1972).
- José María Serra. *Apuntes para la historia de los Trinitarios*.
- José Martí. *Obras completas*. Tomo I
- José Gabriel García. *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*.
- Juan Isidro Jimenes Grullón. *La filosofía de José Martí*.
- J. Vicens. *Historia moderna*. Tomo II.
- Manuel Arturo Peña Batlle. *Emiliano Tejera*.

• M. Crouzet y colaboradores. *Historia general de las civilizaciones*. Tomo 7.

• Pedro Troncoso Sánchez. *Vida de Juan Pablo Duarte*.

• Rudolf Rocker. *Nacionalismo y cultura*.

• Ubieto Reglá, Jover, Seco. *Introducción a la Historia de España*

• Vetilio Alfáu Durán. *Ideario de Duarte*.

• V. I. Lenin. *Obras Completas*. Torno 22.

— F u e n t e —

✱ Este trabajo forma parte de una serie de conferencias que fueron pronunciadas por eminentes y distinguidos intelectuales dominicanos en el recinto universitario del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) en fecha de julio del año 1976, con motivo del centenario del fallecimiento de Juan Pablo Duarte, Fundador de la República Dominicana, bajo el título **Juan Pablo Duarte y la Independencia Nacional**.

EL AMOR A LA PATRIA. *La Patria debe ser amada con amor invariable, con entrega total y con el absoluto empeño de beneficiarla en todo lo posible.*

Enseñanzas cívicas de Duarte. Enrique Patín Veloz.



Canto a Duarte

*Juan Pablo Duarte fue un hombre excepcional,
apóstol del ideal patrio y del sacrificio heroico,
cuya vida fue un ejemplo de patriotismo y ejemplar
entrega a los fueros de su patria.*

José Ángel Buesa

El Instituto Duarteño agradece a la señora Juana Ávila viuda Buesa y José Ángel Buesa hijo, la gentileza de cedernos el derecho de publicar este poema del gran poeta cubano del amor «Homenaje a Santo Domingo».



José Joaquín Pérez Saviñón
Presidente del Instituto Duarteño.

Juan Pablo Duarte,
óleo de Abelardo Rodríguez
Urdaneta.

CANTO A DUARTE¹

No he dejado ni dejaré de trabajar a favor de nuestra santa causa haciendo por ella, como siempre, más de lo que puedo, y si no he hecho todo lo que debo y he querido, quiero y querré hacer siempre en su obsequio, es porque nunca falta quien desbarate con los pies lo que yo hago con las manos.

Juan Pablo Duarte.

Del Canto a Duarte

En 1976, y en ocasión de conmemorarse el centenario de Juan Pablo Duarte, José Ángel Buesa escribió y publicó este extenso canto, considerado por muchos como uno de los mejores textos épicos escritos en nuestra historia literaria. Y no es raro que su autor sea un cubano.

República Dominicana era para Buesa, no sólo su segunda patria, sino la gran mitad de su corazón.

El poeta no se cansaba de repetir que Duarte era el José Martí nuestro, cuya obra y acción debía ser difundida y estudiada con afán especial. Desde el punto de vista formal, el poema tiene varias aristas insospechadas.

Canto a Duarte es uno de los pocos poemas épicos de su extensa obra. De ahí que su admiración hacia el gran patricio sea más sentida que entusiasta.

El metro y rima (sus más eficaces armas estéticas), aquí van relegadas a un plano externo: La gran poesía está incluida como categoría literaria dentro de los acontecimientos históricos y humanos que se resaltan del héroe.

1. (Editorial de Tertulia, separata No. 2 del periódico *La Nación*, 29 de enero de 1998).

Canto a Duarte

JOSÉ ANGEL BUESA

*A mi amigo,
el Dr. Guarionex López,:*

J.A.B.

I 1822

Sopló un viento de espanto en las Antillas,
y, en esta tierra triste que tan alegre fue,
se puso en pie una tribu que estaba de rodillas
para ir arrodillando las que estaban en pie.

Así triunfó el más fuerte, no el más bravo;
así el alud del odio fue incontenible alud;
pero nunca merece ser libre quien fue esclavo
y le impone al que es libre su antigua esclavitud.

Así el amanecer se ensombrecía
con un luto de nubes en su oscuroo confín;
y eran los nuevos amos: anocheciendo el día,
sin pensar que las noches amanecen al fin.

Pero en la oscuridad a toda hora,
sin llama en; la bujía,, sin fuego en el crisol,
hay un niño que crece presintiendo la aurora,
hay un niño que sueña con un rayo de sol.

II El viaje

Es un viejo navío de remendadas velas,
navegando en la ruta de las tres carabelas.

Y acodado en la borda de ese viejo navío,
con los ojos abiertos, sueña un joven sombrío.

Noches de luna llena, tardes de cielo gris;
pero a él sólo le importa que vuelve a su país,

y que siente en su rostro la huella de un ultraje
por aquel pasaporte con que emprendió su viaje.

Allá atrás, en la bruma, donde todo es lejano,
dejó en las nobles aulas los signos de su mano;

allá, donde la gente se asoma a las ventanas
sin ver nunca el desfile de las tropas haitianas.

Allá atrás, en la bruma, quedó tal vez un beso.
Tal vez. Pero a él le importa solamente el regreso.

Y qué más da la espuma que salpica la borda,
ni el golpe de las aguas con su música sorda,





ni el rayo que rubrica de pronto el firmamento,
ni el misterioso pacto del capitán y el viento.

Aquel joven regresa con los ojos seguros
de quien entra a una cárcel para romper los muros.

III

La conspiración



Gentil el porte, comedido el gesto,
con la alabanza justa para el arte,
en la mansión y en el hogar modesto
se escucha el nombre de Juan Pablo Duarte.

Y ése, es Juan Pablo Duarte por afuera,
con su, apostura y su palabra fina,
de calle en calle, como si no viera
un uniforme hostil en cada esquina.



Pero hay otro Juan Pablo que se afana
y que recorrer cautelosamente
los callejones de la Atarazana
susurrando su prédica insurgente.

Y donde el más resuelto siente espanto
él va tranquilo, a cara descubierta,
y ante cada balcón entona un canto
mientras da una consigna en cada puerta.

Es para todos el doncel de damas,
a la mesa de pobres y de ricos,
que adorna con su firma los programas
y el varillaje de los abanicos.

Es el mismo galán de diestra mano
que ofrece rimas a la par que flores,
y aprende a usar, en el cuartel haitiano,
las propias armas de los invasores.

Y, aunque hay cierto rumor de cierta fecha
y cierta intriga revolucionaria,
Desgrotte; el negro astuto, no sospecha
quién es el jefe de «La Trinitaria».

Ya Juan Pablo es el guía,
el hermano de todos y el maestro también;
y mientras pasa el viento por la calle vacía
hay un fulgor de estrellas en el viejo almacén.

Ya está próximo el día
de la sangre y el fuego contra la iniquidad;
ya se fijó la fecha para la rebeldía,
para gritar de pronto: «¡Dios, Patria y Libertad!»

Pero llegó primero
la patrulla nocturna contra el conspirador,
contra aquel que ocultaba su firmeza de acero
con una intrascendente frivolidad de flor.

Descubierta la trama,
deshecha a culatazos la puerta de su hogar,
Juan Pablo, en un navío que zarpa del Ozama,
enfrenta nuevamente su corazón y el mar.





Allá, en las brumas de lejano puerto,
loco Simbad, desesperado ausente,
se le enlutan los ojos por el padre que ha muerto
con su nombre en los labios, sin su beso en la frente

Y hay sangre de la patria en esa herida;
y aunque la vida solamente es una,
aquel que por su patria quisiera dar la vida
da algo más que la vida cuando da su fortuna.



Y, al darla, con igual desprendimiento
la dan los suyos, como les ordena;
y es pólvora abnegada para inflamar el viento
y volar en pedazos la infamante cadena.

IV **1844**

Muy pocos saben cuándo. Muy pocos saben dónde.
Y al fin resuena el grito de la Puerta del Conde.



El nombre de Juan Pablo brilla como una estrella
en la espada de Sánchez y el trabuco de Mella.

No importa que esté lejos, como la lejanía
cálida y; esplendente del sol de cada día.

Y él impulsa las manos con sus manos lejanas
desplegando banderas, repicando campanas.

Y allí está todavía: Las piedras del Baluarte
repiten con un eco sin fin: «Juan Pablo Duarte».

Ya va a llegar. La multitud lo espera
y en un aplauso unánime lo aclama.
Y allí está la bandera, su bandera,
con el color del cielo y de la llama.

Y allí está el, sin comprender acaso
la magnitud triunfal de aquel tributo,
de aquel obispo de solemne paso,
de sus hermanas sonriendo el luto.

Así llega, sin prisa y sin demora,
con su voz suavemente autoritaria;
y desde aquel instante nadie ignora
quién era el jefe de «La Trinitaria».

Ahora son realidades las quimeras
en el latido de los corazones,
y se cubren de rosas las aceras
y se engalanan todos los balcones.

No es sólo el Padre de la Patria: Ahora
será el más joven general que existe,
un general que ante su madre llora,
un general con la mirada triste.





La Patria es libre. Pero todavía
se alarga amenazante en la frontera
el último estertor de la agonía
y el último zarpazo de la fiera.

Y allá va el general, pero va en vano,
pues regresa sin triunfo y sin derrota,
con la amargura de extender la mano
hacia el reflejo de una estrella rota.



Y es que en la oscuridad, al ras del suelo,
ante aquel resplandor que lo acompaña,
tiende su lazo hipócrita el recelo
y la envidia su innoble telaraña.

Alguien ha dicho: «Presidente, Duarte».
Alguien repite: «Duarte, Presidente».
Y eso es ya suficiente para odiarte,
pobre Juan Pablo Duarte, es suficiente.



Y ya amasan el lodo que mancilla,
secretamente, en su traición villana,
la mano desleal de Bobadilla
y el despótico puño de Santana.

Llegó tu hora, General Juan Pablo:
Aquí está el cáliz negro; bébelo gota a gota.
Resígnate a tu suerte, para que goce el Diablo
viendo que te encarcela un compatriota.

Vete a soñar tus sueños por países distantes;
ve donde nadie sepa si camina en tus pies
el Padre de la Patria, como seis meses antes,
o el Traidor a la Patria de seis meses después.

V El exilio

El mar, de nuevo el mar, y luego el río,
el terrible Orinoco interminable,
como una religión para el impío,
como, una redención para el culpable.

Fauces de horror en la fangosa playa,
zarpa esperando en la intrincada selva,
fiebre mortal para que nadie vaya,
y, si alguien fue, para que nadie vuelva.

Murciélagos de pérfida sangría
o viscoso dogal de las serpientes
agua turbia en que acecha noche y día
el minúsculo pez de enormes dientes.

Tribus de carne cruda y torpe idioma,
mujer común del que la vio primero,
extrañas flores de funesto aroma
y una lluvia fatal de enero a enero.

Horrendas noches con hogueras tristes,
con los pumas en diálogos huraños.





Y nadie sabe cómo lo resistes
por tantas noches y por tantos años...

Allá va el Río Negro, rodando hacia el olvido,
como las añoranzas del Gran Desconocido.

Allá va, con el lento rumor de su corriente,
que parece el responso del General Ausente.



Allá va, porque el agua no recuerda el pasado,
y se muere por dentro como el Gran Desterrado.

Allá va el Río Negro, que se da y se reparte
con las manos vacías, como Juan Pablo Duarte...

VI 1864



Y de repente, como a los reflejos
de un brusco sol en medio de la sombra,
sueña que alguien lo llama desde lejos,
que todavía hay alguien que lo nombra.

Hecha jirones la bandera extraña,
ahora flota de nuevo su bandera,
nunca más la de Haití ni la de España,
sino la única suya y verdadera.

Y el mar, el mar de nuevo, con espumas de nardo,
el mar que no envejece como la juventud,
como la gallardía del general gallardo
que es ya un desconocido para la multitud.

Juan Pablo Duarte ha vuelto. —«¿Quién es Juan
Pablo Duarte?»

Ya están rotos los puentes entre el ayer y el hoy
y Dios está muy lejos o mira hacia otra parte
cuando un anciano dice, simplemente: «Aquí
estoy».

Ya han muerto sus amigos. ¿Para qué volvería?
Nadie aclama su nombre. Nadie sabe quién es.
Y un gesto indiferente puede herirnos un día
como puede humillarnos una frase cortés.

Aquel que lo dio todo, febrero 27,
ya perdió la esperanza: nada le queda ya.
Y hay una voz ambigua que le aconseja: «Vete».
Y él baja la cabeza, tristemente, y se va.

VII

Caracas. 1876.

Viejas calles nocturnas, tapias de enredaderas,
parques para los niños, rejas para el doncel.
Y hay un hombre vencido que va por las aceras
recordando una patria que lo ha olvidado a él.





Allá, en su hogar humilde, sin la humilde alegría
de quien mece una cuna, de quien riega una flor,
sólo tiene un hermano con el alma vacía
y dos hermanas tristes viviendo sin amor.

Ya lo han perdido todo pero no hay un reproche
por el feliz pasado ni el hosco porvenir.
Y él no le dice a nadie lo que piensa de noche,
ni dice lo que sueña cuando logra dormir.



Lentas lluvias de otoño, muriendo a su manera,
sin fragancia de rosas ni sombra de laurel;
y la, tos por las tardes, al derretir la cera
que en sus manos de santo recupera la miel.



Y, al fin, silencio y frío,
frío y silencio de la ingratitud,
y nada más que un poco de rocío
y cuatro tablas para el ataúd.

Tuvo la sed sagrada
de la justicia y se murió de sed,
con un golpe de mar en la mirada
y un viejo crucifijo en la pared.

Al morir sonreía
como quien cuenta un cuento sin final,
como muere la tarde de otro día
en el agua de un pozo de cristal.

Murió de muerte entera,
como quien cumple el último deber,
o como si de pronto amaneciera
y nunca más volviera a anochecer...

VIII

La resurrección

Es necesario, a veces, ver un cauce vacío,
para saber entonces qué profundo era el río.

Una lámpara, a veces, cuando deja de arder,
nos recuerda en la noche cuánto brillaba ayer.

Y a veces, ante un árbol con las ramas felices,
nadie piensa en, la oscura labor de las raíces.

Pero también, hay hombres que, de alguna manera,
saben nacer por dentro cuando mueren por fuera;

como hay pueblos, a veces, que salen al encuentro
de alguno de esos hombres que renacen por dentro,

y a veces hay quien muere, de tanto darse en vida,
y un pueblo que lo ignora parece que lo olvida.

Hubo un hombre muriéndose de frío
que echó raíces en el desamparo;
pero era un hombre con rumor de río,
que convirtió su lámpara en un faro.





Y fue como una estrella que fulgura
lentamente en la sombra, lentamente,
como un árbol se adueña de la altura,
como forma su cauce una corriente.

Y su pueblo, ante aquel desconocido
que sangraba en la cruz de la bandera,
oyó su voz llegando del olvido
y por segunda vez supo quién era.



Alguien dijo de nuevo: «Es nuestro guía».
Alguien volvió a decir: «Que Dios te guarde».
Y aquel hombre fue un sol que amanecía,
pues para el sol que muere cada día
nunca amanece demasiado tarde.

IX

El regreso 1884



De nuevo el mar, Juan Pablo, y el gentío en el
puerto,
y: las mismas campanas de aquel remoto ayer:
Ya nadie ha de envidiarte, porque regresas muerto;
ya nadie ha de temerte, pues vuelves sin volver.

Todavía habrá un odio con la saliva amarga;
todavía, en la sombra, se emboscará un rencor;
pero saldrás ileso de la postrer descarga,
con cada plomo injusto convirtiéndose en flor.

Y al fin serás la aurora de una noche sombría,
la bandera de todos en tu mano leal,
con tus ojos insomnes hacia la lejanía
y un pueblo sin cadenas ante tu pedestal.

X

La estatua

Ya estás de pie en el tiempo, con tu mirada pura,
detenido en el mármol que crece en tu estatura.

Estás de pie en el tiempo, frente a la eternidad,
como el viento y la lluvia, que no tienen edad.

Yo sé que perdonaste, porque, para el perdón,
hasta dentro del mármol te sobra corazón.

Y ahora son tus dos fechas, padre dominicano,
las dos fechas de un hombre que no ha vivido
en vano.

Y adivino en tus ojos, ante tu monumento,
lo que la lluvia, lo que no dice el viento:

pues tú, más que el anciano que al morir te bendijo,
fuiste el padre de todos, sin tener nunca un hijo.

General de la aurora: con el paso seguro,
tu pueblo de hombres libres avanza hacia el futuro;





y, estremeciendo estrellas en el confín lejano,
la antorcha de tus sueños pasa de mano en mano.

Ya podrás, para siempre, sentirte satisfecho
de haber, envejecido sin compartir tu lecho,

pues te rejuvenecen los años sin olvido
y la Patria, es la esposa que lleva tu apellido.

Y así, de pie en el alba, gloriosamente así,
pasarás por el tiempo que no pasa por tí.



XI

El centenario –1976

Juan: Pablo Duarte, general del viento:
Te estoy cantando para merecerte,
y canto que no hay muerte en una muerte
que resucita en otro nacimiento.



Y ante tí, que te fuiste y no has ido,
sólo ha de ser el canto del poeta
como el lento rumor de una carreta
por los cañaverales del olvido.

Y tú estarás de pie, limpia la frente,
luminoso en la luz, Juan Pablo Duarte,
pero no lejos, en un mundo aparte,
sino como uno más entre tu gente.

Así estás, primavera de otro modo,
plenitud germinal que no descansa,
así, de pie, con tu sonrisa mansa,
con tu ademán de bendecirlo todo.

Y ante tu bendición todo florece,
con su fe simple y su virtud sencilla,
como crece por dentro la semilla
sin saber que es semilla ni que crece.

General de la pena que se calla,
cristianamente pobre en el camino;
general del pupitre campesino
que es tu más noble campo de batalla.

Yo estoy contigo, apóstol trinitario,
yo, que tengo de luto mi bandera,
y te ofrezco un laurel, a mi manera,
para la gloria de tu Centenario.

Y para ser igual que el campanero,
que repica lo triste y lo entusiasta,
con mi 20 de mayo a media asta
canto tu 27 de febrero.

¡Y canto la alegría de cantarte
bajo este cielo tuyo y casi mío,
general de la lluvia y del rocío,
hermano de Martí, Juan Pablo Duarte!

SANTO DOMINGO 1976.





Un ser humano inimitable

FABIO R. HERRERA MINIÑO*

Pasado mañana [sábado 24 enero] se celebrará el 194º aniversario del nacimiento de un ser humano excepcional, que se convertirá en el siglo XXI en el acusador de lo que no han podido ser las subsiguientes generaciones de dominicanos que han pululado en este territorio, sembrándolo de intrigas, asesinatos, ambiciones, violencia, incapacidades y de una grave pasión por el dinero fácil, y más si proviene del erario público, estancando en cada generación el desarrollo armónico de la sociedad.

Juan Pablo Duarte, en sus prédicas, representa todo lo que no quieren oír los dominicanos de las presentes generaciones, embriagados como están en arrollar contra los que se oponen a sus metas de enriquecerse y ser parte de esa sociedad del bienestar, que tan profundamente caló cuando el mundo se volvió unipolar con el capitalismo triunfante norteamericano y el estrepitoso derrumbe del imperio soviético en 1991.

—◆—
Duarte en sus prédicas representa todo lo que no quieren oír los dominicanos.
—◆—

* Ingeniero Civil, economista y Periodista.

Todos los apologistas del patricio se han empeñado por décadas en presentarnos a un hombre inmaculado, casi como un profeta o un Mesías. Duarte ha sido elevado a los cielos y colocado en un sitio inalcanzable y no asimilable que para encontrar algo de la verdad de su vida, es necesario leer entre líneas la historia y deducir cuáles fueron sus metas, grandezas y debilidades.

La grandeza de Duarte fue confirmada y consolidada por la acción que asumieron los restauradores en 1864 para expulsarlo del país con una simbólica designación diplomática. La fama de lo que había Duarte sido en 1844 le precedía y esos nuevos héroes dominicanos tuvieron temor de su prestigio que los desplazaría ya que estaban inmersos en consolidar la victoria sobre las fuerzas expedicionarias de España.

Las prédicas de Duarte, después de su retorno al país desde Europa en donde había vivido, viajando y conociendo por más de tres años la efervescencia de un continente que se reponía de la era napoleónica, que había consolidado el grito de la revolución francesa de libertad, fraternidad e igualdad. Las cortes generales de Barcelona y el liberalismo de Europa calaron hondo en las mentes de los jóvenes compañeros de Duarte, ávidos de sacudirse del tutelaje haitiano que desde 1822 habían ocupado la parte oriental de la isla y empeñados en borrar todos los rasgos de hispanidad de una menguada población afectada del severo éxodo de numerosas familias a los países cercanos.

Las consecuencias de la separación de 1844 y el despojo de la gloria de que fue objeto Duarte, afectaron emocionalmente su ánimo. Por causas de su respetuosa

personalidad lo hicieron abandonar su protagonismo después de su retorno triunfal en marzo de 1844, y más cuando en el Cibao lo habían proclamado como presidente, que lo hubiese consolidado como líder indiscutible de su nación. Lo que logró por su negativa fue su destierro de por vida a Venezuela, arrastrando en las inhóspitas selvas sus amarguras y vacilaciones.

Los restauradores en 1864, por sus celos y ambiciones que ya arrastraban, vieron en Duarte un peligro para sus planes y sus deficientes liderazgos. Una de las pocas acciones que adoptaron, bajo la influencia de Ulises Francisco Espaillat al actuar como un ente colegiado, fue expulsar diplomáticamente a Duarte, mancillando de esa manera su hazaña de ser el forjador de la dominicanidad.

— Fuente —

✱ Periódico *Hoy*. 24 de enero de 2009.

EL RESPETO A LA LEY. *La ley es la regla a. la cual deben acomodar sus actos tanto los gobernantes como los gobernados y debe ser protectora de la propiedad, la vida, la libertad y el honor.*

Enseñanzas cívicas de Duarte. Enrique Patín Veloz.

El 9 de Junio

JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ SAVIÑÓN



Desde el regreso de Duarte a su nación el 15 de marzo, se dio cuenta que no todo era gloria y que algunas cosas eran bien complicadas. Por los informes de Sánchez y sus compañeros se enteró de lo serio que era el papel que desempeñaba el cónsul francés Saint-Denys, para conseguir un protectorado de la naciente República y la cesión de por vida de la península y bahía de Sarnaná.

Juan Pablo sabía lo difícil de la situación para repeler las agresiones haitianas y su formidable ejército y las carencias de condiciones bélicas de un ejército improvisado de los dominicanos, carentes de personal, armas, disciplina, experiencia y todo lo necesario para triunfar en combate.

Pero aún así, Duarte tenía fe en el dominicano, aunque comprendía que era necesaria la ayuda que se pudiera conseguir de cualquier lado.

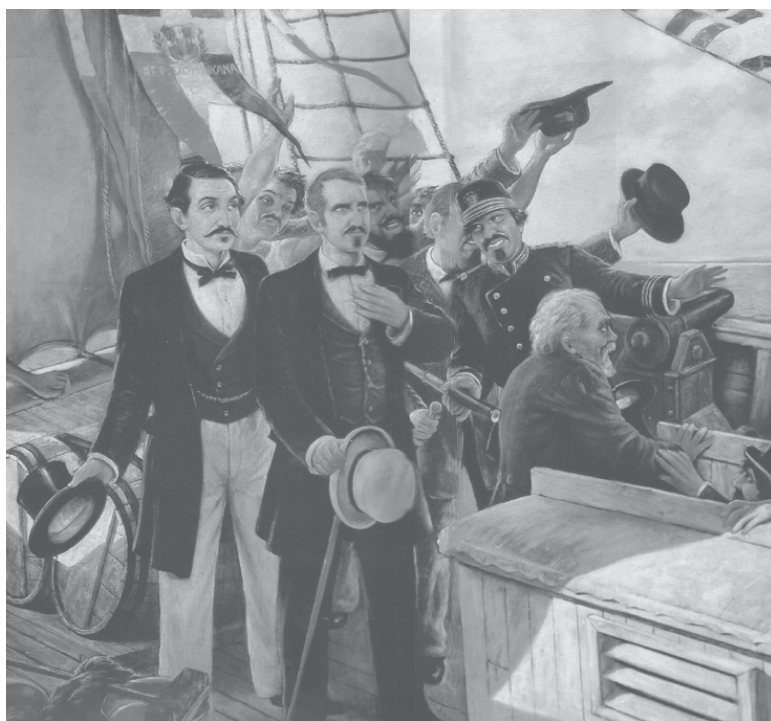
En la reunión del 26 de mayo de 1844, Bobadilla habló claramente de un gravoso acuerdo que se debía firmar con los franceses y a Duarte le fue muy difícil evitar la enajenación del territorio nacional, pero ya estaba claro que las intenciones del protectorado tenía el apoyo de Santana, líder militar del ejército del sur y de la Junta Central Gubernativa.

Los franceses no ocultaban su deseo de recobrar su prestigio en el Caribe y ese protectorado era un primer paso para conquistar su antigua colonia de Haití que tanto enriqueció a Francia. Por eso Juan Pablo Duarte y los trinitarios no tenían otro recurso que una acción militar contra la Junta Central Gubernativa, para desalojar los anexionistas e instalar un gobierno patriótico y honesto. Un gobierno que siguiera los ideales trinitarios.

Duarte se reunió secretamente con Sánchez, Pina, Pérez, Valverde, Jacinto De la Concha y el General José Joaquín Puello, Comandante de Armas. Al rayar el alba del día 9 de junio con las tropas de la fortaleza Ozama, rodeados de una multitud entusiasta y el apoyo incluso de las fuerzas africanas de antiguos esclavos, resolvieron desconocer la traidora Junta Central Gubernativa y hacer presos a sus integrantes, cosa que no pudieron conseguir porque estos se refugiaron en el consulado francés.

En la sede del gobierno se instaló por primera vez un auténtico gobierno de patriotas presidido por Francisco del Rosario Sánchez, propuesto por Duarte para la presidencia y él se reservó la Comandancia del Departamento. Asimismo fueron integrantes de ese gobierno Pedro Alejandrino Pina, Manuel María Valverde, siendo Juan Isidro

...se instaló por primera vez un auténtico gobierno de patriotas presidido por Francisco del Rosario Sánchez, propuesto por Duarte.



Regreso triunfal de Duarte a la patria liberada. Óleo por Enrique García Godoy, Colección Instituto Duarteano.

Pérez el secretario, evitando así la gran traición a la Patria recién nacida y frustrando para siempre los planes de esa gran potencia colonial que fue Francia.

LA JUSTICIA SOCIAL. La justicia es el primer deber del hombre y el fundamento de la felicidad social.

Enseñanzas cívicas de Duarte. Enrique Patín Veloz.



Instituto Duartiano

Miembros Activos

Actualizado a marzo, 2010

No.	NOMBRE
1.	Prof. José Joaquín Pérez Saviñón
2.	Dr. Wilson Gómez Ramírez
3.	Daniel Nicanor Pichardo Cruz
4.	Prof. Carlos Aníbal Acosta Piña
5.	Lic. Víctor César Zabala Sánchez
6.	Prof. Irmgard Despradel
7.	Gral. Dr. Rafael L. Pérez y Pérez, E. N.
8.	Dr. Abelardo Jiménez Lambertus
9.	Dra. Zoraida Heredia Vda. Suncar, Fundadora del Instituto
10.	Doña Miriam Brea de Miniño
11.	Dr. Julio Manuel Rodríguez Grullón
12.	Lic. Nelly García
13.	Gral. (r) Héctor Lachapelle Díaz
14.	Dr. Manuel de Regla Pérez Saviñón
15.	Dr. Antonio Thomén Acevedo
16.	Arq. Jacinto Esteban Pichardo Vicioso
17.	Dr. Jorge Tena Reyes, Fundador del Instituto
18.	Dr. Darío Bencosme Báez
19.	Dra. Rosa Lebrón Saviñón de Anico
20.	Don Oscar Marión Landais
21.	Prof. Daniel Hernández Ozoria
22.	Mayor Gral. (r) Ramiro Matos González
23.	Coronel C.B. Luis Enrique Elseviff
24.	Prof. José Ramón Rotellin

Continuación Miembros activos...

No.	NOMBRE
25.	Dr. Ernesto Ugoná
26.	Ing. Camilo Yaryura Boneta
27.	Ing. César Arturo Abréi
28.	Dr. Gustavo Wiese Delgado
29.	Lic. Reyna Guzmán
30.	Dra. Diana Cordero
31.	Lic. Francisco Evelio Hilario Liz
32.	Lic. Rubén Sánchez
33.	Ing. Manuel Bolívar Patín Veloz
34.	Arq. Amado Hasbún
35.	Arq. Luisa María Wiese
36.	Lic. Oscar López Reyes
37.	Gral. Lic. Luis Fco. de León Rodríguez
38.	Lic. Pelegrín Castillo Semán
39.	Cnel. Lic. Justo Orlando Del Orbe Piña
40.	Licda. Rosanna Félix Obregón
41.	Licda. Sarah Castillo de Francisco
42.	Licda. Civelys Claudia Arias Almonte
43.	Doña Teresa Brea de Rayó
44.	Licda. Rosa Natalia Miniño Brea
45.	Gral. (r) Julio César Ramos Troncoso
46.	Lic. Robinson Cuello
47.	Gral. Lic. Demóstenes Félix Paniagua
48.	Lic. Luis Camacho
49.	Licda. Olga Gómez Cuesta
50.	Lic. José Pilía Moreno Duarte
51.	Dra. Elba Nidia Brito Henríquez
52.	Embajador Andrés Moreta Damirón
53.	Dr. Luis Fernández Martínez
54.	Lic. René Ogando Alcántara
55.	Dr. Ricardo Koenig

Continuación Miembros activos...

No.	NOMBRE
56.	Dr. Gabriel Read
57.	Dr. Armando Armenteros Estrems
58.	Dra. Emma Valois
59.	Dr. Rafael E. González Tirado
60.	Dra. Rafaela Mesa Vda. de Peña
61.	Lic. Osiris Ascanio de Óleo y de Óleo
62.	Cap. de Navío Lic. Juan Gilberto Núñez
63.	Lic. Miguel Balaguer.



Instituto Duartiano

Centros Duartianos

PROVINCIA	PRESIDENTE
Andrés Boca Chica, S. P. M.	(en formación)
Azua de Compostela, Azua	Lic. Obed Martínez
Baní, Peravia	Lic. Joaquín Bautista Guerrero
Bánica, Azua	Prof. Geraldino Ramírez
Barahona,	Dr. Sucre A. Muñoz Acosta
(Santa Cruz de Barahona)	
Boca Chica,	(en formación)
Santo Domingo Este	
Bonao, Monseñor Nouel	Lic. Oscar Santiago Batista
Constanza, La Vega	Líc. Ramón Cosma Delgado
Cotuí, Sánchez Ramírez	Lic. Francisco Rincón
Comendador, Elías Piña	(en formación)
	Francisco Paulino
Dajabón, Dajabón	(en formación)
Duvergé, Independencia	Lic. Petronilo Antonio Peña
El Seybo,	Lic. Luis Marte Leonardo
(Santa Cruz de El Seybo)	
Fantino, Sánchez Ramírez	Licda. Felicia Méndez Rosa
Guayacanes,	(en formación)
San Pedro de Macorís	
Jarabacoa, La Vega	Prof. Petra Abréu
Las Matas de Farfán, San Juan	Lic. Bienvenido Romero Boció
La Romana, La Romana	Dr. Rafael Polanco A.
La Vega,	Ing. César A. Abréu F.
(Concepción de La Vega)	
Los Llanos (San José de S.P.M.	Dra. Bolivia Jiménez de Matos
Luperón, Puerto Plata	Rosa Berquis Casilla
Maimón, Monseñor Nouel	Dr. Milton de Js. Frías Rodríguez
Mao, Valverde	Dr. Antonio Mateo Reyes

Continuación Centros Duartianos...

PROVINCIA	PRESIDENTE
Miches, El Seibo	(en formación)
Moca, Espaillat	Arq. Marién Peña Gómez
Monte Cristi, San Fdo. de Monte Cristi	Sra. Olga Morel
Nagua, María Trinidad Sánchez	(en formación)
Neyba, Bahoruco	(en formación)
Pedernales, Pedernales	Lic. Paco Pérez Rabour
Pedro Brand, El coco de Villa Altagracia	Dr. Juan Rodríguez
Piedra Blanca, Monseñor Nouel	Prof. Martina Mateo
Puerto Plata, S. Felipe de Pto. Plata	Sr. Porfirio Rodríguez
Salcedo, Hermanas Mirabal	Dr. Manuel A. Reyes Kunhardt
San Cristóbal, San Cristóbal	(en formación)
San Francisco de Macorís, Duarte	Lic. Herminio Padrón
San José de Ocoa	Prof. Blanca Kais Barinas
San Juan de la Maguana	Dr. Luis J. Báez del Rosario
San Pedro de Macorís	Lic. Ángel Arias
Santiago de los Caballeros, Santiago	Lic. Carlos V. Castillo Mateo
Santo Domingo Este	Dr. Fermín Álvarez
Tamayo, Bahoruco	Dr. Salomón Jorge
Villa Altagracia, Monseñor Nouel	(en formación)
Villa Tapia, San Francisco de Macorís	(en formación)
Villa Vásquez, Monte Cristi	(en formación)



Instituto Duartiano

Filiales Duartianas

PAÍS	PRESIDENTE
Barcelona, España	Lic. J. Alberto Fernández
Bruselas, Bélgica	Sr. Darwin Castillo
Caracas, Venezuela	Dr. Gustavo Wiese Delgado
Curazao, Curazao	Licda. Carmen V. Cardona M.
Guadalupe, A. Menores	(en formación)
	Sra. Andrea Medina
Guatemala, Guatemala	Licda. Cosette Álvarez
Hamburgo, Alemania	Lic. Ramón Félix Peña
Haití, Puerto Príncipe	(en formación)
	Ing. Miguel E. Martínez Abréu
Madrid, España	Dr. Frank Félix Bencosme G.
Miami, Florida (EUA)	Lic. José Álvarez Vallejo
New Jersey, N. J. (EUA)	Lic. Freddy Gómez
New York, N. Y. (EUA)	Teófilo Antonio Santiago
Panamá, Panamá	Lic. René Santana
Philadelphia, Pa. (EUA)	Lic. José Joaquín Mota
Portugal, Lisboa,	Licinia de Pihno e Almeida
Rhode Island, Providence (EUA)	Esmeralda San Andrés
Roma, Italia	Dra. Tamara Suazo de Soldati
St. Martin, Antillas Menores	Lic. Andrés V. Montero
San Juan, Puerto Rico	(en formación)
	Lic. Frank Nicomedes Pérez
Tokio, Japón	Lic. Carlos Cepeda



Instituto Duartiano

Duartianos Fallecidos

NOMBRE

Lic. Porfirio Herrera Billini.
Dr. Víctor Manuel Soñé Uribe.
Dr. Antonio Guerrero Peynado.
Dr. Vetilio Alfau Durán.
Dr. Manuel Ramón Ruiz Tejada.
Sr. Efraín Fuertes Duarte.
Sra. Nelly Dominici Vda. Carías.
Sr. Luis Fernando Martínez.
Sr. Luis Conrado Miniño Simó.
Sr. Manuel Marino Miniño Rodríguez.
Sr. Plácido Vicente Castillo.
Sra. Amada Nivar de Pittaluga.
Dr. Joaquín Salazar.
Sr. Mario Fuertes Duarte.
Dr. Alfredo Mere Márquez.
Dr. Julio Jaime Julia.
Prof. Joaquín (Pilo) Lugo.
Sr. Alfredo Vorsheing.
Dr. Ramón Font Bernard.
Prof. Abro Paulino.
Lic. Mario Álvarez Dugan.
Prof. José Joaquín Priego.
Dr. Julio Genaro Campillo Pérez.
Dr. Virgilio Hoepelman.
Dr. Carlos Federico Pérez.
Sr. Jaime A. Lockward.

Continuación Duartianos Fallecidos...

NOMBRE

Sr. George Lockward.
Dr. Alexis Rodríguez Licairac.
Dr. Pedro Troncoso Sánchez.
Prof. Manuel Marino Miniño Marión-Landais.
Dr. Frank Molina.
Dr. Enrique Patín Veloz.
Lic. Sergio Olivares.
Dr. Eligio Mella Chavier.
Sr. Teódulo Aquino.
Sr. Manuel Valverde Castillo.
Gral. E. N. Ing. José Joaquín Hungría Morel.
Dr. Antonio Frías Gálvez.
Lic. Rodolfo Coiscou Weber.
Dr. Francisco Henríquez Vásquez.
Lic. Rafael Pumarol Prestol.
Dr. Washington De Peña.
Sr. Isidro Santana.
Contralmirante César D' Windt Lavandier.
Dr. Fernando Morbán Laucer.
Dr. José Duquela Morales.
Dr. Octavio Amiama Castro.
Dr. Frank Roca.
Coronel CB Fernando Arturo Schotborg.
Lic. Miguel Ramón Bona Rivera.
Lic. Sergio Ruíz Valdez.
Dra. Nelly Rodríguez.
Doña Nidia Serra.